

Marcelo Caruso

Los años perdidos



Marcelo Caruso

Los años perdidos

ALFAGUARA



A Susana Guerra, mi compañera, que soñó conmigo esta historia.

*Ciertamente llevó él nuestras enfermedades,
Y suspiró nuestros dolores;
Y nosotros le tuvimos por azotado,
Por herido de Dios y abatido.*

Isaías 53, 4

I. Éxodo

Soñé que estaba solo en el desierto. Mi pie derecho se hundía en la tierra. La voz que suele hablarme en el silencio murmuraba episodios de mi infancia. Yo esperaba ver el perfil de Dios sobre la línea de los montes, cuando debajo de mi sandalia comenzó a brotar una vertiente. Pensé que moriría entre esas piedras abrasadas por el sol, pero la vertiente se expandió a mi alrededor y anegó el desierto, hasta transformarse en el mar de Galilea.

Abrí los ojos. Madre y hermanos dormían, velados por la lámpara. José, el hombre al que le digo padre, ya había salido a nuestro trabajo. No suele llamarme para que vayamos juntos. No suele esperar a que su mujer, mi madre, lo desayune. Mastica un trozo de pan, bebe una cazuela de agua y sale al descampado, aún con las últimas estrellas. Descarga el cuerpo y se encamina a lo que le manda su día. Yo busco sus huellas; en ocasiones las cubro con las mías y me incorporo al trabajo en silencio. Durante años hemos colocado vigas, cavado acequias, levantado muros de piedra y adobe y, sin necesidad de clavos, hemos encastrado tablas hasta transformarlas en mesas o en lechos para la gente rica. Pero solo hablamos dos veces en total, y fue acerca de cómo usar una azuela y cómo afilarla en la piedra. Él no quiere pensar en su vida, ni en la de mi madre ni en la mía. Se adelanta al sol para ganar el grano y el aceite y la leche de cabra que beben sus hijos, y alarga el regreso por las afueras del poblado para llegar a la casa cuando ya el paño de la noche borrona los contornos de las cosas. Alguna vez, hace muchos años, usó un murmullo afectuoso con sus hijos, al bendecirlos antes del sueño. Pero era algo incomprensible, como si los sentimientos le hubieran brotado en otro idioma. Entiendo que no pueda quererme del mismo modo que a mis hermanos: no soy su hijo, y su mujer, mi madre, nunca le otorgó el poder de un padre verdadero sobre mí.

Salí al descampado aún con la sensación del agua en los tobillos. El amanecer era frío, pero me saludó con una luminosidad amable, que fluyó por la calle como un polvillo resplandeciente. Bajé la cuesta de la casa. Uno de mis vecinos estaba abriendo con dificultad la puerta de su corral. Deseé que me pidiera ayuda. Pero miró hacia mí como si no me viera, por lo que no me saludó. Sus animales atravesaron la pequeña barda de la casa y comenzaron a seguirme con las cabezas bajas. El vecino debió silbar tres veces para que volvieran al redil. Pensé en mi madre. Aunque me llevó en su vientre y me parió entre lágrimas de dolor, es tanto o más extraña para mí que el resto de la gente del poblado. Baja los ojos ante José como si comprendiera su secreta mortificación. Y ya casi no habla. Sin embargo habló, y por demás. Habló de mí, de episodios que no recuerdo porque era demasiado niño, o porque solo sucedieron en su imaginación. Esos

relatos sirvieron para que los vecinos me vieran crecer con desconfianza, cuando no con resentimiento. Nuestro pueblo tiene poco más de doscientas almas. Y todos se conocen. Todos saben la historia de José. En algún momento han compartido con él la casa de oración y la lectura, y han visto cómo la aflicción fue marchitando su lengua y su mirada hasta reducirlo a lo que es hoy. Parece más viejo que los hombres más viejos del poblado. A ella, a mi madre, la escucharon en el mercado y en la fuente. La vieron perder la sensatez cuando se hizo madre conmigo, y, más tarde, reprobaron las escandalosas diferencias que manifestaba entre su hijo mayor y el resto de la familia. Con los años también mis hermanos se sumaron a esto y, aun sin entender, se vieron inclinados a responsabilizarme.

Al llegar al final de la calle vi a José con un tablón sobre la espalda. Marchaba a paso parejo hacia el cruce de caminos de las afueras y el promontorio donde un saduceo construye su casa. Comprendí que ese era un nuevo trabajo. Me apresuré a bajar la cuesta y corrí hasta quedar a su lado. Al verme se detuvo y apoyó el tablón sobre la tierra. Supuse que lo hacía para repartir el peso conmigo el resto del camino. Sin embargo, lo vi mirar hacia mí como si no me viera, igual que el vecino, y luego girar la cabeza.

—Esta mañana soñé —dijo.

Debí esperar a que pasara el estupor de oírlo. Su voz sonó a metal corroído. Hacía diez, once años, que no escuchaba una palabra de su boca. Y me dio miedo. Tenía mi pie derecho sobre el camino que desemboca en el desierto y recordé mi sueño.

Él repasó el canto del tablón con una mano.

—Soñé que soltabas una viga y un techo me aplastaba.

—No he soltado nada, padre.

—Desperté con aire de muerte esta mañana.

Los dos miramos hacia el este.

—Yo también he soñado —dije—. Soñé que estaba solo en el desierto, y debajo de mi pie brotaba una vertiente.

Él murmuró:

—Decídete a ser quien debes.

En lo profundo de su garganta, como ahogada por los años de abandono, reconocí la voz que había usado en mi infancia. Murmuré con pena:

—No sé quién debo ser.

Sus ojos se anegaron. Yo conocía esa expresión y esa postura de agobio. Las había visto por años a la luz de los candiles, en el interior de nuestra casa, mientras mi madre derramaba sus visiones.

—Vete —ordenó, y fue como si descargara un golpe de mazo.

Vi cuando alzaba el tablón y se dirigía hacia la casa del saduceo.

Ya soy un hombre, es cierto, he pasado la primera juventud hace tiempo (veinticuatro fueron las veces que mi madre, contra toda costumbre, conmemoró mi nacimiento); sin embargo, ante el mandato de José, me sentí como un pájaro que cayera abruptamente de su nido. Porque hasta esa mañana tenía un techo sobre mí y era su ayudante. No es que hubiera sido particularmente feliz en el poblado, pero al menos había alguien a quien llamaba padre. Ahora estaba solo, de cara a mi orfandad. Y sentí que el miedo, como el agua de mi sueño, se abría camino subiendo desde mis pies. Era la hora en que mi madre calentaba los panes para el desayuno de mis hermanos. Pensé volver a la casa, tomar alguna prenda, algún alimento, pero la imaginé desgarrándose la ropa y rodando en el polvo, agobiada de dolor ante la noticia de mi partida, y tomé el camino del desierto sin despedirme de ella. No sé llorar. Es algo que no ha venido a este mundo conmigo. Según me fue dicho, ni siquiera en el momento de nacer logré emitir nada que se pareciera a un sollozo. Tampoco a lo largo de mi vida, aun en las peores circunstancias. De haber sabido, creo que lo habría hecho al ver el poblado a mis espaldas. Con paso inseguro dejé atrás un olivar y un rebaño y me lancé al camino. José, como todos en tierras de Israel, cree que el desierto es casa de demonios. Que habitan en cuevas, en las grietas de los árboles partidos por el rayo y en las llagas de lo que amanece muerto. En cambio mi madre los ve en todas partes. Desde mi parición los combate en el dintel de las puertas y en los ojos de los chivos sin castrar. Y reza una plegaria distinta en cada hora del día para impedir que se me acerquen. A lo largo de mis veinticuatro años ha encontrado cientos de demonios debajo de mi estera, dentro de la tinaja del agua o en los pequeños gusanos de las frutas que estaba por morder. Siempre me vio a merced del Mal. Le pregunté al desierto si el Mal es no saber cómo se es, cómo se debe ser. El desierto hizo caer algunas piedras de una pared de roca pero no me atemorizó. Me dirigí hacia su entraña más honda y no fue, como podría pensarse, la tierra del zorro, de la serpiente y el lagarto. Fue el reino de un cielo límpido y manso, que se dejaba tocar por mi mano como un animal deseoso de ser acariciado. La voz que me había hablado en el sueño, esa voz a la que llamo *del silencio*, dijo en tono suave: *El cielo baja a lavar las piedras de la tierra*. Esta voz, que no está dentro de mi mente ni en mi espíritu, viene sencillamente del silencio y golpea mis oídos como un timbal. Lo comprobé hace años, cuando su irrupción aún me tomaba desprevenido y yo giraba la cabeza, creyendo que me había hablado alguno de los que estaban junto a mí. Su primera aparición coincidió con el día en que José dejó de hablar, si no para siempre, por lo menos hasta esta mañana, cuando me contó su sueño y me expulsó de su lado. Yo acababa de cumplir mis doce años. Corría el mes de Sivar y los labradores del poblado lo buscaban para acondicionar las herramientas y los carros, próximos a la cosecha de trigo. Hacía tiempo que José se había transformado en un hombre de pocas palabras, apenas un saludo o una aclaración inevitable, y, en nuestra casa, algún monosílabo o la bendición a los hijos. Pero fue en esos días que directamente cayó en un pozo de mutismo, y se sirvió de las manos o los ojos para darse a

entender, porque con la garganta a lo sumo lograba emitir un rumor de ahogo que inquietaba al que lo oía. Varios vecinos buscaron a mi madre. “Tu marido ha quedado mudo”, dijeron. “Llévalo a la ciudad, a casa de Isajar, el médico”. José regresó cuando la luz se perdía tras los montes y mi madre nos convocó a todos sus hijos para que le habláramos en conjunto. Apoyé las razones de mis hermanos, me condolí del llanto de las niñas y el lamento de mi madre. Pero cuando fue mi turno de hablar (pensaba decirle: “Padre, no nos prives del sonido de tu amor”), la voz del silencio sentenció: *Calla, Siervo sufriente y Señor soberano*. Busqué a mi alrededor. Mis hermanos se miraban. “¿Qué has dicho?”. “¿Fuiste tú?”, le pregunté al que estaba junto a mí. “Recitaste una frase de Isaías”. Negó perplejo, y lo mismo hicieron los demás. “Pero oyeron, ¿verdad?”. “Oyeron la voz”. Todos volvieron a mirarse sin responderme. Mi madre me observó aterrada. Se arrojó al suelo y elevó una plegaria llorosa. José bajó la cabeza y no buscó jamás el auxilio de un médico. Desde entonces, de manera impredecible, la voz del silencio entra en mis oídos. Tardé en comprender que me hablaba solamente a mí. Jamás tuve visiones, pero, con más resignación que pánico, pensé que la sangre alucinada de mi madre también corría por mis venas, y que ese era el principio de una locura inevitable.

El cielo baja a lavar las piedras de la tierra, repetí. Miré hacia lo alto. Una bandada de cigüeñas volaba en formación rumbo al norte. No supe cómo interpretarlo, pero caminé con ánimo sereno y sentí el roce del polvo en mis sandalias. Estaba lejos del silencio de José; de las palabras de mi madre, de mis hermanos y los vecinos que no me reconocen, y me sentía feliz. Quizá en el desierto comprendiera y lograra ser quien debía. Me deslicé entre unas peñas, donde el sol permitía algo de sombra, y escuché por primera vez el eco de mis pasos rebotando y volviendo hasta mí. Pero allí descubrí que no estaba solo.

—Si tu carne es de hombre —dijo una voz—, date por muerto.

—Si es de demonio —dijo otra—, te serviremos.

Vi salir a dos ladrones de sus escondrijos. Uno era tuerto. El otro tenía la cara partida por una larga cicatriz de fuego. Estaban descalzos, vestían harapos. El tuerto acercó una espada a mi garganta.

—No sé lo que soy —dije temblando—. Vengo a averiguarlo.

El hombre de la quemadura alzó las cejas y comenzó a reír.

—Este ya les ha respondido a varios —dijo, señalando al compañero—. Respuestas filosas. Ayer nomás separó la cabeza de un hombre, bebió la sangre de su pequeño hijo y rebanó los pechos de su mujer.

—Tú —agregó el otro— no eres ni por lejos mejor que yo.

El miedo produjo víboras dentro de mis piernas. Murmuré:

—Si muero en tu espada, si me seco y me transformo en casa de demonios, habrás visto solo la mitad de mí.

El quemado hizo una mueca, que se dividió a lo largo de la cicatriz.

—Es la verdad —agregó, mirando al otro—, porque eres tuerto.

Luego se dirigió a mí:

—¿Te he visto alguna vez?

Negué en silencio.

El hombre palideció.

—Sí te he visto —dijo, quitándole la espada al compañero y amenazándome—. En Perea, del otro lado del Jordán.

—Nunca estuve en Perea.

El hombre se dirigió al tuerto.

—Lo vi allí, me acuerdo bien. Había como cincuenta personas, junto al loco que bautiza, el que vive en el desierto y se viste con cueros y come alimañas. Me había escondido detrás de unos arbustos. Esperaba que terminara la función para conseguir algo. Pero escuché la voz del loco clamando con tal furor que tuve deseos de que me lavara las culpas. Entonces me mezclé entre la gente, y poco faltaba para que el loco me hundiera en el Jordán y me hiciera digno de su reino cuando este apareció en la orilla.

Iba a repetir *Nunca estuve en Perea*, pero el hombre se me adelantó.

—El loco salió del agua, se echó en el barro y te besó los pies —me dijo—. Y luego de eso dejó de bautizar.

Esas palabras me recordaron a mi madre. Ella había mencionado el Jordán. Estaba frente al fuego, horneando como cada día, y su boca habló sin que pudiera dominarla. *Tierra de Zabulón y tierra de Neftalí*, recitó. Uno de mis hermanos preguntó: “¿De qué hablas, madre?”. *Galilea de los Gentiles, al otro lado del Jordán*, respondió ella, *el pueblo asentado en tinieblas verá una gran Luz*. “Repites palabras de profeta”, dijo mi hermano. Ella parpadeó como si despertara. “Dije que hace falta más harina”, agregó. Y luego a mí: “Tráela, hijo, tú que ya has estado allí”. “Yo no estuve, madre”, murmuré. Ella volvió a parpadear. “Sí, estuviste. Y eras el pan, el honor y el consuelo”.

El quemado hizo brillar la espada.

—¿Me bautizó a mí, al menos? —pregunté, siguiendo su juego.

Negó con la cabeza.

—Dijo que no era digno de ese honor.

—¡O sea —le gritó el tuerto, con una gran carcajada— que la bolsa de tu vida sigue llena de maldades!

El de la quemadura arrugó la frente.

—Lo que dijiste entonces —balbuceó— me mostró todo el daño que hice.

—Nunca estuve en Perea.

—Anunciabas un reino nuevo.

—¡El desierto te cocinó el seso! —dijo el tuerto.

Miré al de la quemadura con pena.

—¿Qué predicaba el hombre en el Jordán?

Él se mordió los nudillos. Observó un punto vago por encima de mi cabeza.

—Arrepentimiento.

—¿Te arrepentiste?

El hombre afirmó con la cabeza.

—Pero el loco ya no quiso bautizarme.

—Cuando mi sombra se esconda debajo de mi pie —dije, por decir algo consolador— estarás entrando en un nuevo reino.

—¡Yo no sé de reinos! ¡A mí me basta con tu túnica! —dijo el tuerto.

—¡Déjame ser tu esclavo! —gritó bruscamente el de la quemadura—. ¡La sombra de tu sombra!

—¡Me llevaré también tus sandalias! —dijo el tuerto.

El quemado blandió la espada.

—¡Vivirás en pecado!

—¡No hay problema! ¡Después iré al Jordán a que me lave el loco!

—¡No te bautizará!

—¡Entonces le cortaré la cabeza!

—¡Matarás a un santo! —el hombre de la quemadura volvió a mirar por encima de mi cabeza—. Aunque sin loco y sin santo ya no hay culpa.

El tuerto hizo una pausa.

—¡No te entiendo!

El quemado bajó la mirada hasta mi pecho.

—¡El culpable es este! —gritó, señalándome.

—¿Culpable de qué? —preguntó el tuerto.

—¡De que exista el Mal! ¿No comprendes?

—¡El Mal eres tú!

Los vi tomarse a golpes y revolcarse en la tierra. Gruñían como fieras. Aproveché la confusión para esconderme en la base de una peña. No me atreví a mirar. Me pregunté con pánico qué parte de mí había generado aquello. ¿Había inflamado la sangre del Bien, del Mal, del Arrepentimiento y la Furia en esos criminales? ¿O los delirios de mi madre vagaban a mi alrededor como un incienso malsano, como una nube de avispas, para atacar a los que se me ponían cerca? Mi solo nombre, tan común, tan compartido por miles de judíos, parecía transformarse en algo peligroso cuando le agregaban “hijo de José” o el lugar de donde provenía. ¿Y el hombre del Jordán? ¿Ante quién se había postrado?

Al mediodía, cuando mi sombra se sumergió debajo de mi pie, subí hasta la cúspide.

Abajo, el hombre de la quemadura yacía en el polvo. El tuerto le había cortado la cabeza.

Blandía la espada frente a la cara muerta y gesticulaba, como dando una explicación.

Supuse que vendría por mí, pero al verme en lo alto soltó la espada y cayó de rodillas.

Lo vi llorar y reír. Lo vi alzar los brazos al cielo.

El que yacía muerto sería casa de demonios. Su destino de carroña me oprimió el pecho. La muerte no era el nuevo reino al que yo había aludido. Le pregunté al silencio cuántas caras era capaz de mostrar el Mal. Le pregunté si la mía, aun sin quererlo, podía ser una de ellas. Su fina voz dijo: *Atiende*, mientras el sol caía como un incendio sobre los montes lejanos.

Atendí. Era la misma sangre regando los cielos.

Salí a la llanura de Esdrelón con el ánimo abatido. ¿Por qué estaba triste? ¿Por el hombre que pudo haberme asesinado? El muerto no dejaba nombre sobre el mundo. Su vida se había apagado después de un breve estrépito y un poco de polvo, igual al que podía hacer una piedra cayendo al suelo. Los sueños, las ambiciones, las maldades de ese hombre ya eran nada en la nada. ¿Estaba triste por mí, quizá? Mis sueños y mis ambiciones eran sombras arrojadas de cabeza en la duda, carbonizadas en la hoguera de visiones de mi madre: quería saber quién era mi verdadero padre, hallarlo de una vez. Dejé el desierto, crucé la llanura y atravesé sus bosques, y cuando casi anochecía escuché la voz del silencio diciendo: *Sube al monte Tabor*. Su tono imperativo reverberó a mi alrededor y me atemorizó. Mi madre también había desvariado con este monte. Habló de túnicas resplandecientes y de profetas suspendidos en el aire junto a mí, y recitó la extravagante salmodia de las generaciones que el tiempo había derramado desde Abraham hasta las que llegaban al presente y, según ella, terminaban en José. “¡Sangre se hará de la inocencia!”, gimió después, mezclando reyes de las distintas listas. Sonido a sonido, muerto a muerto, en una superposición desordenada de osamentas que la hizo agradecer y llorar alternadamente, porque unas visiones eran de gloria pero otras eran de sangre. “Joram, Fares, Esrom, Aram, Aminadab, Roboam, Asaf, Jeconías, Salatiel, Eliud, Jacobo, Eleazar”. Toda la noche repitió esos nombres, hasta que se nos grabaron a fuego en la memoria. ¿De dónde manaba ese saber? Ella había crecido sin escuela, apenas entendía el hebreo y de ningún modo el griego. Y sin embargo era erudita en profecías y sentencias. Aquella noche José la sujetó sobre la estera y le refrescó la frente con paños húmedos, mientras uno de mis hermanos buscaba ayuda entre los vecinos. Dos mujeres la asistieron hasta el amanecer; así sus relatos se esparcieron por el poblado, y yo, su hijo mayor, otra vez fui el comentario de todos.

Sin embargo esta vez el monte no era el monte de mi madre. Se redondeaba hacia lo alto como el pecho de una mujer. El camino de ascenso parecía una palabra escribiéndose al revés. Pensé que solo desde la cumbre se me revelaría, y subí por los faldeos que se alejaban de la luz. El cielo, antes íntimo y apacible, se retiró de pronto a sus vacíos. Y mi tristeza me rodeó en la forma de una nube. “No veo nada fuera de mí”, murmuré. La voz dijo: *nube has sido, nube serás*. Y

vaya a saber de dónde, apareció una oveja en plena noche. Luego otra, y otra, y nueve más. Tomé un desfiladero que me alejaba de ellas, sospechando que me seguirían como habían hecho siempre los animales del poblado. Pero estas permanecieron todas a baja altura, temerosas e indecisas, hasta que solo pude reconocer sus ojos brillando intermitentemente contra la negrura de las piedras. Pensé que la palabra que esperaba leer quizá fuera el nombre de mi verdadero padre. Sin embargo, para cuando llegué a la cumbre todo se había ahogado en la tiniebla. Cerca del lado norte, donde las rocas se erguían más agudas, encontré dos tiendas. De una de ellas salió un anciano de aspecto patriarcal.

—Soy Adad, descendiente de la casa de Ishkur —dijo.

Tenía las barbas trenzadas con tiras de cuero y zarcillos de plata. Una gruesa faja sujetaba su túnica y un alfanje con empuñadura de marfil, que no tardó en mostrarme. Al comprobar que no venía armado, dijo:

—Perdona mi rudeza.

Explicó que había acampado allí como defensa contra los bandidos.

—No soy bandido —respondí—. Me desviaré para no molestarte.

El anciano caminó hasta la tienda. Con gesto solemne plegó los cueros de la entrada y me invitó a pasar.

Alfombras, taburetes, jarras y vasos de metal.

—Eres de Oriente —dije.

—Donde brilló la orgullosa Babilonia.

Me preguntó de qué casa era yo y cuáles mis méritos. Respondí lo mejor que pude.

—Respetaré las razones de tu disfraz —dijo, con una suspicacia que me dejó perplejo—, pero tus modos y tu habla delatan otro origen. La ley me prohíbe presentarte a mi hija, mi única joya verdadera, que habita en la otra tienda. Está prometida y en vísperas de boda. No obstante, te brindaré una hospitalidad acorde a tu virtud.

Batió palmas y tres criadas ingresaron en la tienda. Una me quitó las sandalias y me lavó los pies. Otra me frotó las manos con aceite y la tercera humedeció mi pelo con agua perfumada. En los platos abundó el carnero y en las copas el vino de dátiles con sésamo que hizo famosa a Babilonia. Adad habló toda la noche de dos ríos cuyas aguas eran el oro azul que enriquecía su tierra. Desde aquel lejano triángulo fértil había peregrinado como un verdadero devoto de la luna, arrastrando consigo familia y bienes, para casar a su hija con un alto señor de Judea. Llenó más de diez veces mi copa, mientras enumeraba las hazañas de sus ancestros remontándose hasta los días posteriores al Diluvio. Para el momento en que me ofreció un lecho, el vino me había arrojado una lápida sobre el cuerpo.

Soñé que una voz de mujer me decía: “Hoy se ha escondido Sin, la luna, la del vestido refulgente, para que la Virgen se muestre ante Zipaziana, el verdadero Pastor Celeste. Tú eres ese Pastor”. La voz de mujer agregó: “Veo allí tu casa, y tu largo y poderoso cayado, ante el cual se

agrupan los rebaños del cielo. Moras allí desde siempre, desde el tiempo en que solo había dos árboles en el jardín del mundo, y el hombre y la mujer recién llegados se veían a sí mismos como frutos, a veces de un árbol, a veces de otro, y la vergüenza aún dormía dentro de la ignorancia de sus almas”.

No supe si era sueño o vigilia, pero la voz se transformó en una mujer tendida junto a mí.

—Los dioses te nombran con agrado —dijo.

Olía a flores nocturnas, abiertas en luna llena. Supuse que era la hija de Adad. Colocó una mano sobre mi boca y se quitó el velo para mostrarme unos grandes ojos de obsidiana. Dijo que la Virgen de los Cielos regía sus horas de mujer en esta tierra, y había establecido hogar en la estación del Surco de la Siembra, para que su sangre temblara bajo los espasmos del Pastor Celeste. “No sé de estrellas”, respondí. “No creo ser Pastor Celeste”. Ella explicó que se trataba de un designio divino. La Virgen, la Venus de los romanos, cuidaba las aguas de su vientre, llenas de tibieza. Mi congoja debió serle evidente. Dijo: “Ya no sufras. Dame tu aceite, abre para mí camino de vida”, y llevó sus manos a mi pubis. Me estremecí. “Es solo un sueño”, le dije, “y tú estás por desposarte”. Ella se apretó contra mí, murmurando: “La noche de la Virgen nunca se cancela”. La alejé de mi cuerpo y llevé los harapos de mi alma hacia otros sueños, pero no tuve paz. Desperté sobresaltado. Mi miembro era una verga, bañada en sus propias leches. Estaba solo, aunque a mi lado el tálamo aún conservaba algo de calor. Me alcé con la fragilidad de un arbusto y salí de la tienda. Amanecía. Un tropel de pastores reunía los rebaños al borde de la ladera. Sus silbidos punzaban el aire. Adad estaba a medio vestir, tumbado sobre el polvo, frente a la tienda de la hija. Tenía la cabellera y la barba revueltas. Era dos veces más viejo que el viejo de la noche anterior. Al verme bajó la mirada.

—He tratado de ser digno —dijo—, pero ahora, mísero de mí, no puedo mirarte a los ojos.

—Has sido digno y espléndido —dije—. ¿Acaso te ofendí?

Él balbuceó unas palabras en su idioma y luego se tiró de las barbas.

—He visto a mi hija, mi lirio, la joya de mi vejez, por toda Samaria y Judea, deshonrando la casa de Ishkur como una prostituta.

Temí que la hubiera descubierto junto a mí.

—Pero ella está en la tienda, según dijiste.

—He ido hasta el fondo de sus oscuridades, y ya no tengo consuelo. Sé cómo será la boda con el judío. Vi las joyas que adornarán su frente y sus orejas. Sentí el hedor del aliento de su cónyuge.

Busqué entre la niebla de sus ojos.

—¿Cómo sabes?

—Sé que llorará desde la primera noche, mientras los invitados aún estén danzando en los patios de su nueva casa. Lo he visto.

Por decir algo consolador, agregué:

—No la cases.

Adad se desmoronó en un quejido.

—He dado mi palabra.

—Quizá —pensé en voz alta— entraste equivocado en el destino que nunca será.

—El destino que no será no es destino —replicó él, llorando—. La llevaré a Judea. Pero ruego al cielo se haga eco de tus palabras. Porque si algo prende en su vientre será la madre de todas las abominaciones de la tierra.

Lo ayudé a incorporarse.

Él acercó su boca a mi oído.

—¡Llévatela tú! ¡Róbamela! —murmuró—. Así no romperé mi promesa. Vi que estabas en sus sueños. Tú eres digno de ella como nadie. Hazle una nación entera de hijos. Que se desparramen por la faz de la tierra, que sean tantos que no se reconozcan entre sí, y que hagan guerra y paz como desconocidos.

La confusión selló mi boca. ¿Adad había visto los sueños de su hija? ¿Ella había entrado en mi sueño? ¿O yo había sido soñado por ella, y en su sueño era una sombra que la soñaba? ¿Nada había sucedido en la vigilia? Ahora el anciano quería que la raptara, que me convirtiera en nómada, en un perseguido de la tierra.

—Quizá lo que me pides suceda en el tiempo justo, sin mi intervención —murmuré.

—¡No te humilles así, padre! —gritó una voz desde la tienda—. ¡Los corderos solo sirven para el cuchillo!

Sentí las palabras como clavos en mi carne. Era la misma voz que había escuchado en la noche. De Pastor Celeste en la sombra a cordero en la mañana.

Adad inclinó la cabeza.

—Toda la casa de Ishkur se me ha caído encima —sollozó.

Pensé imponerle una mano de consuelo, como hacía José con sus hijos, pero recordé su sueño y una súbita angustia me vació de aire el pecho. Sin despedirme, tomé el sendero que bajaba el monte.

Llevé mi pie por el camino a Tiberíades. Piedras judías, pasaje de romanos. Durante el trayecto, algo se había puesto en guerra bajo mis costillas. José, los bandidos, Adad, todo parecía atravesado por el venenoso arpón de mi presencia. ¿Era yo el responsable? Algo de mí, un velo invisible me rodeaba y me hacía intensamente perturbador para la gente, e incluso para mí mismo. Algunos lo tomaban a burla y a desprecio. Otros trataban de ignorarme, mirando hacia mí como si no me vieran. Y a medio camino de ambos, como un hierro profundamente clavado en la tierra, como algo que señala el límite entre dos reinos, las palabras y visiones de mi madre. Quizá por eso, pensé, José nunca logró quererme. Desde siempre lo vi callado, aceptando su vida

como una piedra sobre la espalda y manteniendo la aflicción en su corral. Pero sus ojos delataban el torrente amargo que le arrasaba el pecho cuando me veía junto a mi madre y, sobre todo, cuando yo le decía: padre. ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué asumió ese compromiso? Sé que nos sacó del poblado para que su mujer, mi madre, me pariera sin vergüenza entre desconocidos. Que cumpliero con la ley presentándome en el templo y que, la vez que me extravié, salió a buscarme como si hubiera sido su verdadero hijo. Pero por más que su sangre descendiera de reyes, como aseguraba algún familiar, era voz corriente en el poblado que solo él —pobre, viudo, entrado en años y con hijos por criar— podía aceptar a la que aún hoy es su mujer. Sé también que calladamente se esforzó por quererla, esperando que el tiempo sazonnara sus juicios y aplacara sus arrebatos de delirio para convertirla en una madre, no solo mía, sino también de sus hijos. Pero en ocasiones todo me parece de puertas hacia afuera, como si en el fondo, y desde el principio, él hubiera creído en las alucinaciones de mi madre, y por consiguiente le hubiera resultado impensable ejercer autoridad sobre mí.

Cuando llegué al mar de Galilea hundí los pies en el agua y me sentí infinitamente pequeño. Bebí su frescura en el cuenco de mi mano, vi las barcas de los pescadores, las observé rolando con el viento y escuché voces y risas atravesando la distancia. Después reparé en un bote que movía su remo hacia donde estaba yo y avancé más adentro, hasta que el agua me dio en el vientre. Uno de los hombres me gritó:

—¿Qué quieres?! ¿Ahogarte?! ¡No pretendas que te demos comida, porque no hemos pescado nada esta mañana!

Mi pie se movió hasta donde el agua parecía un vidrio azul. Era el agua de mi sueño.

El pescador miró a sus compañeros; luego se inclinó sobre la proa.

—¡Por mí, ahógate tranquilo! ¡Saldrán más gordas las sardinas!

Los otros no rieron.

Yo seguí avanzando. El agua me llegó al cuello.

El hombre se rascó la cabeza con violencia.

—¡Por los callos de Moisés! —aulló—. ¡Detente, loco suicida!

Se arrojó en dirección a mí. Tardó una eternidad en salir a la superficie. Cuando por fin emergió, sacudía los brazos y escupía agua con desesperación en medio de un torbellino de burbujas. Era evidente que no sabía nadar. Su cabeza desapareció y reapareció con los cabellos en la cara, la boca abierta y los ojos desorbitados. Entre tanto caos y gritos, desde el bote alguien nos arrojó una red y fuimos subidos a bordo.

Cuando se acabaron las exclamaciones, las toses y las preguntas, el hombre se puso de pie y permaneció mirándome en silencio, con el ceño arrugado. Los demás parecían esperar un arranque de furia. Pero él desató lentamente su ropa y la dejó caer a sus pies. Mientras los compañeros giraban las cabezas para no ofenderlo ni ser ofendidos por su desnudez, volvió a mirarme y sus ojos se llenaron de lágrimas. Después retorció la ropa para escurrirla, se vistió, se

alisó el pelo y se sentó frente a mí.

—¿Qué hacías en el agua? —preguntó.

Yo miré el lejano perfil de las escarpaduras, en la otra ribera.

—Terminaba de soñar, despierto, un sueño que comencé dormido.

El hombre se rascó la cabeza.

—¿Como una visión?

—Puede decirse.

Él fijó la mirada en el agua.

—Tuve una visión cuando me estaba ahogando. Vi ovejas en un monte. Vi que te seguían. Vi que yo mismo era una —hizo una pausa y arqueó las cejas en una expresión más cercana al espanto que al asombro—. Vi que ascendías envuelto en resplandores.

Le pregunté al silencio qué, o quién, confundía a la gente forastera con visiones de mi madre. Por qué deformaba momentos de mi vida.

El pescador extravió la mirada por encima de mi cabeza.

—No sé nadar —dijo, y su tono sonó a perplejidad—. No entiendo por qué me tiré al agua.

—Eres un hombre justo. Quisiste salvarme —dije.

Su tono sonó más perplejo aún.

—Mi único pensamiento fue salvarme a mí.

—¿Tienes una buena vida? —pregunté.

El hombre sonrió con expresión triste.

—Solo puedo decirte que no tengo otra.

—Y esta que tienes, ¿es tuya?

Él hizo una pausa.

—Sacando la parte que han tomado los romanos, la que reclama Herodes y la que se lleva el demonio que tengo por esposa, diría que hay un cuarto, bastante desgraciado, que es mío por entero.

Yo me pregunté qué parte de mi vida era mía enteramente. Me vi entre pastores, me vi visitado por señores de Oriente y también dejando sin palabras a algunos sacerdotes en el templo. Esos recuerdos hablaban de mí, pero no eran míos. Los míos eran cotidianos y modestos, mostraban la espiral que formaba la viruta de cedro al emparejar una tabla o el humo que bailaba sus olores sobre una vasija con guisado.

Bajé la mano derecha hasta acariciar el agua. Mi gesto coincidió con un extraño hervor en la superficie. Los hombres lo vieron y de inmediato echaron las redes, y entre risas y voces de esfuerzo las alzaron repletas. El fondo del bote se hinchó con cientos de sardinas, y una nueva redada los hizo remar hacia la costa hablando de milagros.

El pescador me miraba con asombro e incredulidad.

—No sé quién eres —dijo, arrastrando las palabras—. Pero siento que nunca más podré

dejarte.

Volví a mirar el perfil de los montes.

—En lo primero, al menos, somos dos —respondí.

II. Cafarnaúm

El pescador me llevó a su casa, en Cafarnaúm. Puso ante mí a su esposa, a su suegra y a sus hijos. Luego de acomodar el pescado en el secadero se sentó en familia a compartir los víveres. Encomendó sus panes al Señor con un murmullo torpe y comió con los ojos perdidos en el resplandor del fogón. Las mujeres se interesaron por mí. Hablé de José como si fuera mi padre y evité comentarios acerca de mi madre. La suegra abundó en sonrisas sin dientes mientras rellenaba los cuencos. Los niños rieron con las bocas llenas de comida. La esposa, en cambio, parecía estudiar con preocupación a su esposo.

—Me han cambiado al pescador —dijo en un momento.

El hombre se tomó su tiempo para contestar. Al fin respondió, mirándome:

—Mujer, me he convertido en pescador de hombres. Hoy me arrojé al agua. En más de un modo he nacido de nuevo.

—El marido que salió a pescar esta mañana era duro como piedra —soltó su esposa.

—Y el yerno que volvió es blando —agregó la suegra— como la lana de la oveja.

El hombre salió a los patios, a reparar sus redes. Lo seguí.

—Quizá ellas tengan razón —dijo—, pero eso no cambia nada.

Habló de su casa natal, en Betsaida, y reflexionó acerca del destino. Su padre había sido pescador como su abuelo, y este a su vez como su padre, y aquel a su vez también, en una sucesión que se hundía hasta el tiempo en que los huesos ya no tienen nombre. Y como todos ellos, él solo había pescado, en definitiva, sudores y pobreza.

—Veo algo más —dije—. En las redes de tu casa abunda la alegría.

—Lo sé —respondió—. Pero he saltado del bote. Y aunque me rescataron, algo de mí se hundió allí para siempre.

—Quizá era ese cuarto de vida al que te habías resignado.

—Quizá —reflexionó; luego me miró a los ojos—. Pero desde hoy mi vida está en tus manos. Habría deseado no oír esas palabras. Me puse de pie.

—Vuelve —murmuró, mientras me alejaba—. Esta es tu casa.

Cafarnaúm era apenas más grande que mi poblado, pero, a diferencia de aquel, las calles parecían patios; los patios, mercados, y los mercados, oratorios. Y la gente vivía al aire libre, en bullicio, y me deseaba la paz aun sin conocerme. La recorrí de sur a norte, y al revés, sintiendo

que mi ánimo tenía labios nuevos, ávidos de sonreír. Vi a otros pescadores sacando los botes hasta la playa, vi repartir la pesca con justicia y a los publicanos cobrándose su cuota. Supe que al mar de Galilea también le decían, por su forma, lago de Genesaret, lago del arpa. Y que Cafarnaúm se inclinaba sobre el agua como una muchacha tañendo ese instrumento. Caminé incluso hacia occidente, hasta donde las casas raleaban y solo quedaba el camino de los filisteos y la guardia romana que controlaba las caravanas que bajaban de los montes. Dije: “Gracias, sueño, por traerme hasta aquí”. Y el sueño se me reveló en toda su belleza. Yo era infinitamente pequeño, así volví a verme, pero estaba lejos del dolor que conocía, y el dolor desconocido aún no había amasado su máscara.

Esa noche regresé a la casa del pescador. La esposa dijo con pesar que la mojadura de la mañana seguía empapando el cuerpo del marido, pero con altísimas fiebres y dolores en los miembros.

Lo encontré tendido en su estera, con un fuego húmedo en los ojos.

—¿Qué tienes? —pregunté.

El hombre giró lentamente la cabeza.

—Vacío —respondió.

—¿Tienes miedo?

—No es miedo. Es como si hubiera muerto y resucitado, allá en el lago, pero recién ahora mi cuerpo se da cuenta.

Le impuse una mano de consuelo sobre la frente, como hacía José con sus hijos. Le dije: “Mañana serás un ser nuevo”. Y esperé a que se durmiera. Su esposa y su suegra acostaron a los niños y compartieron conmigo una cazuela de caldo. Dejaron las lámparas encendidas para evitar que algún demonio, hijo de las tinieblas, atacara al hombre enfermo y se despidieron. Yo dormí en la azotea, al sereno. Multipliqué las estrellas con mis ojos hasta formar miles de cielos posibles. La noche me embriagó y me dejó plácidamente en el portal de los sueños. Me vi habitando una modesta casa. Tenía patio y un taller, y en él una pared bendecida con la noble honradez de las herramientas. Azuelas, martillos, sierras y una vasija de alquitranes olorosos con los que salía a calafatear los barcos del poblado. Caminaba por la orilla hasta un pequeño recodo que oficiaba de astillero. Llevaba mis rollos de cáñamo y mis punzones y mazos, y trabajaba botes para Andrés el de Gadara, para Jonás el corpulento, para Marcos y Mateo, los recién llegados desde Tagba. Todo Cafarnaúm me conocía. Y muchos pescadores de Betsaida cruzaban el lago para contratar mi trabajo. Cuando no estaba en la playa había sido buscado para reparar los cabios de un techo, para reforzar un puntal o corregir la curva de un dintel. Volvía a mi modesta casa con un pan horneado en la tahona de Absalón y una jarra de leche del corral de la viuda de Isaías. Observaba el sábado como todo el mundo; pagaba mis tributos al imperio.

La mañana, barredora de sueños, se encaramó sobre los montes del este. Cuando abrí los ojos encontré a la mujer del pescador haciendo harina de pescado en su piedra.

—¿Cómo está tu esposo? —pregunté.

—Se ha ido con el alba —murmuró angustiada—. Pero no llevaba su red.

Tomé la calle que desemboca en el mar. En el extremo norte del pueblo se veían los mástiles de una veintena de barcos anclados cerca de la orilla y una multitud de hombres que se movía entre la playa y las primeras casas. Me mezclé con ellos. Además de la de Cafarnaúm, había gente de Tiberíades, de Magdala, de Betsaida, incluso de Corozain. Todos rodeaban a un anciano de ojos rugosos y extrañamente inubicables, que se sostenía, de un lado, con un palo, y del otro con el brazo de un muchacho. A pocos pasos de él descubrí al pescador. Se veía pálido. Estaba con sus compañeros de barco, y al verme me fijó una larga mirada, en cuyo fondo volví a encontrar el húmedo fuego de la noche. Escuché que el anciano, ciego de casi toda su vida, había sido curado días atrás por un hombre en Betsaida. El muchacho que lo sostenía dijo que el anciano era su abuelo, que había hecho promesa de recorrer todas las tierras de la creación para llenarse los ojos, y que esta era su primera parada. El viejo, por su parte, no cesaba de hablar. Miraba a lo alto y decía: “cielo, nubes, pájaros”. Miraba hacia adelante y decía: “árbol, sendero, muros, perro, niño”. Sonreía y agregaba: “verde, azul, marrón, amarillo”. Todo lo que cruzaba por sus ojos se transformaba en palabras, como si la visión las señalara, pero solo el lenguaje les diera realidad.

—Cuéntanos el milagro, anciano —dijo alguien.

El viejo giró la cabeza hacia la voz. Luego encaminó los ojos y vio al hombre que había hablado.

—Cabello, cara, ojos, nariz —dijo—. Barba, boca, labios —hizo un gesto de contrariedad, asintió y se preparó para continuar—: Cuello, pecho, vientre...

—Quizá ahora vea —dijo un segundo—, pero casi no puede hablar.

—Que venga el del milagro y lo corrija.

Alguien bromeó:

—Milagro con milagro se compone.

—Prueba cerrando los ojos —dijo el pescador.

El anciano giró su cuello de lagarto.

—Lengua, dientes... —bajó los párpados y, al volver a su familiar ceguera, sonrió con una boca despoblada—. Ahora que tengo vista, digo que veo más en la tiniebla.

—Entonces cuéntanos así tu milagro —insistió el primero.

El anciano volvió a girar la cabeza, pero mantuvo los ojos cerrados.

—¡Bendito el que haya sido tocado por él! —exclamó, y su emoción estremeció a los presentes—. Mi hijo, el padre de este que me trae, me había dejado en la plaza de Betsaida porque trataba de cerrar un negocio y no quería retrasarse con mi paso tan lento. Yo escuché los

chillidos de las aves en sus jaulas, escuché las voces de los tenderos, los regateos de las mujeres, el frotar de sus túnicas y el golpe de sus sandalias. Escuché el berrido de los animales y las carcajadas de un borracho que fastidiaba a una prostituta en el otro extremo de la plaza. Falto de luz, yo era capaz de escuchar todo, pero no lo escuché llegar a él. ¡Bendito el que haya sido tocado, como lo fui yo!

El anciano abrió los ojos, se llevó un dedo a los párpados.

—¡Lágrimas, dedo, lágrimas...!

—Cierra los ojos, abuelo —susurró el muchacho.

El anciano obedeció.

—Escuché también el ruido de unas monedas, pasando de una mano a otra, y la respiración satisfecha del mercader. Y de pronto una voz cercana a mí dijo: “Has escuchado todo lo que te rodea, sabes lo que sucede como si tus oídos fueran ojos, pero no me escuchaste llegar”. Su voz fue tan dulce que me empujó a decir: “Entonces duélete de mi doble desgracia, señor; ya que, amén de no verte, esta miserable vida no me premia siquiera con el ruido de tus pasos”. Él dijo: “Volverás a ver”; me escupió en un ojo, y vi el cielo, las nubes, los montes, el verde del pasto y la distancia brumosa... Y me escupió en el otro ojo, y pude verlo a él, en todo su esplendor.

Hubo un largo silencio sobre la playa.

—¡Por las barbas de Elías! —exclamó uno al fin—. ¡Cuenta cómo es!

El anciano sonrió.

—He sido ciego casi toda mi vida. Ya no. Pero quedo mudo a la hora de describirlo.

Entonces vi lo que no habría querido ver. Vi al pescador y a sus compañeros acercarse al anciano. Vi que con los brazos desplazaban a la multitud hasta abrir un corredor que terminaba precisamente donde estaba yo. Y vi que el pescador tomaba de un brazo al anciano y lo ayudaba a caminar. Oí la voz del viejo enumerando las cabezas de cada uno con sus rasgos y sus pelos y los cuerpos y los miembros y las telas de sus ropas hasta que estuvo delante de mí, alzó su apariencia de reptil y sus ojos resecos me enfocaron.

—¿Es él? —preguntó el pescador.

El anciano describió mi frente detalle a detalle, dijo mi nariz aguileña, la curva de mis labios y las ondas de mi barba. Pero al cerrar los ojos narró un sombrío resplandor en los cielos de Judea, habló de desiertos salvajes y de algo pavoroso a lo que llamó balbuceando “una huida de la sangre en noches de matanza”. Todas palabras que recordaban a mi madre. Luego habló entre sollozos de un hombre que moría aplastado por el techo de un templo en ruinas. Mientras la multitud trataba de adivinar los enigmas y mencionaba a Sansón, yo no tuve dudas: recordé el sueño de José y gemí por su muerte. El anciano habló también de un rebaño de ovejas que ascendía y una piara de cerdos que bajaba, pero no pudo explicar hacia dónde, en ninguno de los casos. Habló de redes y de agua. Y se arrojó al piso, diciendo que ya no quería ver.

—Entonces es él —murmuró el pescador.

El anciano se cubrió la cabeza con su manto.

—Es y no es —dijo llorando.

—Explícate. ¿Es o no es? —insistió el pescador.

El anciano gimió debajo de la ropa.

—Merezco la ceguera nuevamente —dijo al fin, con un hilo de voz— porque lo sé y no lo sé.

El nieto le acomodó el manto sobre los hombros y lo ayudó a incorporarse.

—Es solo un anciano —murmuró, llevándolo hacia la zona de los barcos.

La muchedumbre los siguió. El pescador permaneció en silencio frente a mí, con la misma expresión ceñuda que había tenido en el bote. Sus compañeros nos rodearon.

—Tú hablaste de ovejas —le dijo uno—. Tú eras una oveja, lo dijiste.

—Las redes y el agua —dijo otro.

—Es cierto. Él tocó el agua y las redes se llenaron.

—Lo encontramos en el agua.

—Tu suegra dijo que anoche delirabas de fiebre, él te puso una mano en la frente y dormiste de inmediato, y hoy no tienes enfermedad.

Este que soy, el que creció con las historias de mi madre, dijo:

—Nunca estuve en Betsaida, ni pude haber estado.

—Pudiste haber estado en dos lugares al mismo tiempo.

—Pudiste sanar a nuestro hermano y al ciego de Betsaida.

—Quizá ahora mismo estés obrando en otra parte.

—En Siqué de Judea.

—En Jericó.

—En Emaús.

—Tal vez seas tú el que resucita a los muertos.

—Quisiera el cielo que eso fuera cierto —dije, y lo dije ahogado de congoja, mientras me alejaba—. Porque resucitaría al hombre al que le decía padre.

¿Qué me llevó a decirlo? ¿Por qué me resultó natural descreer de los resplandores de los cielos y de la mención de la huida de una matanza —tan hermana de la huida que atormentó a mi madre incontables noches—, pero no sucedió lo mismo con la muerte de José? ¿Por qué no lograba eliminar esa certeza del rincón donde mi mente deposita las verdades? ¿Qué revelaba, por debajo de las palabras? ¿El impulso de regresar al poblado, de asistir a mi madre y ocupar el lugar de carpintero que siempre fue prerrogativa de José? Había convivido veinticuatro años con los delirios maternos. Sabíamos todos en la casa que el exceso de humo en el fogón, o la llegada de los vientos del desierto, o la simple vista de un atardecer majestuosamente coloreado propiciaban noches angustiantes. Sabíamos que si veía soldados romanos lloraba al menos

durante tres días y narraba una huida nocturna que a José lo hacía dejar abruptamente la casa, cargado de angustia. Me decía frases como: “Te estoy mirando, te llevo de mi mano a un destino que no entiendes”. Sin embargo, al menos desde lo poco que recuerdo, mi vida transcurrió sin alegrías pero fundamentalmente sin las catástrofes que ella auguraba: no me querían en el poblado, es cierto, nunca tuve amigos allí, pero me eduqué como casi todos, cuidé a mis hermanos más pequeños, trabajé junto a José sin que ninguna de las profecías modificara mi vida. ¿Entonces? Entonces me convencí de que las visiones del anciano eran frutos de delirio, como las de mi madre, porque resultaba común que en cada aldea de Israel hubiera algún alucinado ocupando el lugar de voz profética que el pueblo parecía reclamar continuamente. José estaría trabajando en casa del saduceo, y el techo de su sueño y el templo del anciano no eran más que meras coincidencias. La voz dijo: *Vuelve al desierto. Búscate*. Por primera vez en mi vida no le obedecí. Caminé hasta las afueras del pueblo donde raleaban las casas y ocupé un terreno que tenía restos de una vivienda abandonada. Corté cañas, amasé barro y paja y teché la única habitación que aún contaba con maderas. Los sueños que soñé esa noche parecieron escorpiones, porque inyectaron su veneno y, no bien me desperté, se escabulleron entre las grietas del olvido. Solo permanecieron la angustia y la certidumbre de que en el sueño estaba el pescador. ¿Cuánto había de cierto en las palabras del anciano de Betsaida? Era indudable que no había podido reconocer en mí al que lo había curado, pero no pareció obstáculo para el pescador ni para sus compañeros. ¿A qué se debía? ¿Sed de milagros, anhelos de salvación? No lo supe. La mayoría de las veces, al volcar los ojos hacia adentro, yo encontraba vacías las vasijas de mi espíritu. No había nada de qué maravillarse. Sin embargo, no resultaba así para otros. “Pero yo soy un hombre, un hombre común”, me dije al levantarme, “un carpintero”, y cuando el sol se despegó de la tierra fui hasta la playa. Vi a un pescador reparando torpemente el timón de su barco con una cuchilla de dos mangos. Le dije: “Dame esa cuchilla en pago y te lo repararé”. El hombre accedió. Volví a la casa no solo con la herramienta sino con una jarra de agua y una hogaza. En el patio había una sierra, seis cabios de madera dura y varios troncos de palma. Sospeché del pescador. La voz me dijo: *Vuelve al desierto y ayuna cuarenta días, como cuarenta fueron los días del Diluvio*. Pero yo corté los cabios, coloqué los troncos de palma, amasé barro y paja y acondicioné la habitación que sería mi taller. Allí guardé las herramientas. Los sueños me asaltaron como serpientes esa segunda noche, porque mordieron mi espíritu y se enroscaron a esperar que lo matara su veneno. Con el amanecer se escabulleron y solo permanecieron la angustia y la conciencia de que en el sueño presenciaba la muerte de José. Su última palabra había sido: “Vete”. El significado era obvio, pero no lo eran los ojos inundados con que me miró ni el modo agobiado de alejarse. ¿Por quién había brotado ese dolor? ¿Por mí, el hijo negado, o por él mismo, el hombre condenado al silencio y a soñar su propia muerte? La voz dijo: *Compra doce ovejas blancas, como doce son las tribus de Israel*. Pero también me negué. Dejé que los días se fueran sumando iguales uno sobre otro. Reparé yugos y arados; armé mástiles, calafateé

botes y fabriqué remos y palas. Al regreso, en el patio había siempre un ánfora de aceite o un tejido que yo sospechaba dejados por el pescador. Hice mi trabajo diariamente y fui de escasas palabras. Pero comprendí que nunca llegaría a ser el carpintero de Cafarnaúm o el artesano de los labradores. Era el que una vez llenó de peces las redes del pescador y el que devolvió la vista al ciego de Betsaida. Para cuando entendí el motivo de los regalos, ya era demasiado tarde. Mi patio empezó a poblarse de paralíticos, sordos, mudos y lunáticos. Los leprosos de detrás del cementerio invocaban mi nombre y me enviaban a sus familiares, para que orara por el fin de su enfermedad. Aun sin haberme visto, muchos tullidos abandonaban sus muletas en mi patio, dejando testimonio de su supuesta sanación. Yo huía como un ladrón, antes del amanecer, a través de un ventanuco que daba al camino de los filisteos, y vagaba por las afueras de Cafarnaúm, evitando a las multitudes. La noticia, sin embargo, corrió por la ciudad, penetró en las plazas y llegó a los señores del país.

El sacerdote principal del templo vino hasta Cafarnaúm para increparme, acusándome de hacerme llamar santo.

—No soy santo —respondí—. Ni quiero serlo.

—No es lo que dice el pueblo.

—Soy artesano. Salgo a trabajar a la mañana y vuelvo con la puesta del sol. Pueden verme en el lago reparando barcos.

—No es lo que rumorea el pueblo.

—Puedo reparar las puertas del templo.

—Nosotros lapidamos a los blasfemos, no les damos trabajo.

—Lo sé —dije—. La gente se reúne en mi patio. No entiendo para qué.

—¿Y el pescador y sus secuaces? ¿Tampoco sabes nada de ellos?

—Tampoco.

—Pues sabemos bien lo que sucede en tu casa cuando dices que no estás.

Esa noche no dormí. Vagué por las cuevas de mi pasado, me deslicé por sus pasadizos y llegué a unas extrañas galerías donde los recuerdos se amontonaban como vasijas en una bodega. Vi gente sedienta bajo una palmera cargada de dátiles. Vi a José destrozando unos pajaritos de barro que yo había hecho una tarde. Vi, y la imagen me llenó de pesar, a un niño muerto junto a mí. Estaba en brazos de alguien a quien no conocía, y un delgado hilo de saliva le colgaba de una de las comisuras y bajaba hasta sus manos rígidas. Mi madre me abrazaba, llorando. No supe si era un hermano cuya muerte se mantuvo en silencio con los años para evitarme el dolor, o si yo tenía alguna responsabilidad en ese hecho. Fue una vigilia peor que los peores sueños. Y, a diferencia de los días anteriores, esa mañana no salí a mis tareas. Me senté en un rincón oscuro de la casa a escuchar los sonidos de afuera como el anciano de Betsaida. Hubo un gallo, unos ladridos. Y de a poco, similar al murmullo de una orquesta que se acerca, reconocí voces. Luego, por una hendidura de la puerta que daba al patio, vi lo que no habría querido ver ni creer: el pescador y sus

compañeros guiaban a una tropa de enfermos. Dentro del patio los separaron por sus dolencias: la esquina norte para apestados y leprosos, la sur para un grupo de hidrópicos, la oriental para tullidos y mutilados y la occidental para las mujeres con flujo de sangre. El pescador distribuyó panes y cuencos con agua. Atendió el lamento de cada uno y a cada uno le habló con el fuego húmedo en los ojos. Narró mi aparición en el mar, su zambullida, la red colmada de peces y su nacimiento a una nueva existencia. Detalló el milagro del ciego de Betsaida, y predicó que todos debían perseverar en la fe para que mi mano los tocara. Sus compañeros se ocupaban de esparcir hierbas olorosas para mitigar el hedor de los enfermos y hacían emplastos, cataplasmas y brebajes que les daban con palabras cariñosas. Y, cada cierto tiempo, todos a coro elevaban una plegaria.

Quité la traba de la puerta. Pensé, conmovido, que si tantos me veían como un salvador quizá fuera cierto, pese a mis dudas. Mi pecho entero se derramó en ansiedad. Traté de escuchar una voz dentro de mí. Pero al abrir fue como si el cielo hubiera derribado los portales donde acumulaba todo su silencio. Nada resonó por un instante. Vi una bandada de gorriones huyendo despavorida hacia los árboles, una cara mutilada por la lepra y una lágrima corriendo como una supuración por una mejilla.

El fuego en los ojos del pescador era una llamarada.

—Háblales —murmuró, rompiendo el silencio—, y serán sanados.

Me senté sobre una piedra. Y vi, olí y escuché.

—Soy Susana, mis pechos se ponen como piedras y no puedo amamantar a mis hijos.

—Soy Nataniel, y una palabra tuya me quitará los demonios.

—Felipe me llamo, y tengo muerta la mitad de mi cuerpo.

—Ella es Sara. Hace doce años que no habla.

—Él, Ismael. Se masturba sin descanso, hasta quedar exhausto.

—Huelo a muerte todo el tiempo, y mi nombre es Abimelech.

—Sangro noche y día por el vientre. Soy Efrona de Magdala.

Hubo un José de pulmones que se roían a sí mismos. Un Zacarías sin manos, un ulceroso de labios negros cuyo nombre resultó imposible comprender. Una parturienta que no paría, una anciana que afirmaba haber muerto tres veces y quería ser sepultada al menos una. Y un Benjamín, un Aarón, un Judas, un Malaquías y un Uriel. Y entre las mujeres una Betsabé y una Eliora que no dejaban de odiarse mutuamente, y una Yael que me mostró su pecho izquierdo, asegurando que por culpa de él soñaba todas las noches con vender su cuerpo a los romanos.

Dije, por decir algo cierto:

—Este que soy, el que los ve, se conduele de sus males.

—¡Alabado sea el Señor! —exclamaron a coro.

—¡Háblanos del Paraíso! —gritó uno.

Los vi apiñarse en el patio e incluso en la calle.

Volví a buscar alguna voz dentro de mí.

Me puse de pie.

Pero mi boca calló.

En Betsaida, en Séforis y en varios pueblos de Samaria corrió la voz de que mi presencia calmaba tempestades. Que hacía milagros con mi saliva, con mi orina, con el polvillo que levantaban mis sandalias. Dijeron que había secado una higuera porque me desagradaron sus frutos y que había vencido espíritus inmundos en Jerasa y en Canaá. A nadie parecía importarle que estuviera siempre en Cafarnaúm reparando barcos. Al amanecer la gente me veía en Betania y al ponerse el sol en Sidón. Todo olía tanto a mi madre que ya era inútil escabullirme por el ventanuco. Salía por la puerta del taller, decía algo y me alejaba. El pescador y sus compañeros fueron a partir de entonces las sombras de mi sombra, los escribas de cada episodio que, según ellos, me santificaba. Yo traté de continuar con la vida de artesano, pero el trabajo mermó, porque muchos en Cafarnaúm comenzaron a mirarme con desconfianza y temor, cuando no con verdadera hostilidad. Se me acusó de invocar al demonio para lograr las curaciones y de violar la santidad del sábado sanando enfermos ese día. Se dijo que vagaba ebrio en compañía de cobradores de impuestos y de prostitutas. Hasta hubo quien juró que me habían visto sobrevolando las murallas de Jerusalén, abrazado a Satanás. Los hombres de Herodes me vigilaban, y los romanos temieron que estuviera armando un ejército para encabezar una rebelión, por lo que destrozaron mi casa en busca de espadas y corazas. Sin techo y sin herramientas, comencé a vagar por las afueras de Cafarnaúm.

Seguí a multitud de jornaleros que viajaban de campo en campo, ofreciéndose para cualquier trabajo, con tal de llevarse un mendrugo a la boca. Y, como ellos, sacié el hambre más acuciante arrancando espigas al anochecer, cuando los propietarios de las tierras ya se habían recogido en sus casas. Algunos codos detrás, el pescador y sus compañeros copiaban mi camino. Los vi hablándole a la gente; los vi, en ocasiones, adelantándose y anunciando mi presencia en las cercanías de aldeas y poblados. Comencé a ser seguido por grupos, pequeños al principio, numerosos después, de hombres, mujeres y niños que ansiaban mi palabra. Pero no había nada digno de ellos dentro de mí, y mi silencio fue hijo del silencio de José. El pescador y sus compañeros atendían y consolaban a la gente, exactamente como lo habían hecho en el patio de mi casa de Cafarnaúm. Se afanaban para conseguirles alimento, dividían los víveres que habían obtenido y se privaban de todo con tal de reconfortar a tanto necesitado. ¿De dónde brotaba la bondad que los movía? ¿Por qué todo ese esfuerzo, esa voluntad y ese amor terminaban en la pronunciación repetida de mi nombre? ¿Qué rayo los había atravesado para torcer así sus vidas? La voz del silencio sentenciaba: *¡Las palabras serán fuego en tu boca! ¡Ábrete!*, pero yo no encontraba siquiera un eco de su devoción dentro de mi espíritu. Como un cordero huérfano que

da vueltas y vueltas dentro del corral, yo giraba sin sentido dentro del corral del mundo. Estaba tan vacío y desesperado que dejé de dirigirles la palabra, hasta que una noche, mientras dormían, me fui silenciosamente por el camino de Magdala.

Fue como arrancarme una astilla del pecho.

Vagué durante días, embriagado con mi propia soledad. Me sentí libre. La tierra despoblada y el silencio fueron la bendición, el bálsamo sanador que necesitaba. Solo un chacal viejo, de lomo calvo y guedejas sucias, rompió los cercos de ese aislamiento. Comenzó a seguirme a cierta distancia. Copiaba mi camino, se detenía si lo hacía yo, y trotaba cuando alguna pendiente me obligaba a apurar el paso. “¿Por qué me sigues?”, le preguntaba en voz alta cada día. “¿Qué vienes a decirme?”. Él permanecía mudo. Estaba casi en sus huesos, y pensé que quizá me seguía para no morir en soledad. Pero lo vi luchar y matar a una serpiente, lo escuché aullar hacia el infinito con un agudo estrépito triunfal y sospeché que, de algún extraño modo, había un mensaje en su conducta. *He venido a ser hermano de chacales*, se lamentó Job en sus días de aflicción. Yo sentí lo mismo. Con cada anochecer el viejo chacal se acomodaba un poco más cerca de mí, como si montara guardia. La voz murmuró: *Cierras tus oídos, como un moribundo sus ojos*. La ignoré. Seguí los vaivenes de mi propia sombra cuando marchaba de día, y me ovillé en las noches heladas, tiritando de cara a las estrellas, con el chacal cerca de mi cuerpo y la mente cargada de preguntas. ¿Allí, en los astros, estaba escrito mi destino? ¿Había una estrella que regía mis pasos? ¿Era el Pastor Celeste de la hija de Adad, o el anunciado por la estrella peregrina que brilló tantas veces en las visiones de mi madre? ¿Eso veían el pescador y sus compañeros? Mis manos, curtidas en el trabajo, decían lo contrario. Se habían endurecido junto a José, alzando muros, cepillando tablas, torneando vigas y claveteando. Habían aprendido todo aquí abajo, en esta tierra, en este mundo. Y aquí era donde yo elegía vivir. Con esta determinación guíé mis pasos, y cada uno fue como una caricia que les daba a los caminos. El llano, las colinas, parecieron un ofrecimiento ante mí. A veces me guiaba por el sol, a veces por los aullidos de mi compañero. Todos los días resultaron de algún modo el mismo día interminable. Pero al fin, cuando la árida arena, una tarde, se transformó en un viñado, supe que estaba cerca de Magdala, y, también, que el chacal ya no me seguiría. Le dije en voz alta: “Adiós, hermano de Job”. Él se despidió de mí con una breve mirada.

En el viñado encontré a un hombre con dos voces en la misma garganta. Me vio disfrutando la sombra de un parral y dijo algo que me resultó incomprensible, porque las voces, aunque perfectamente diferenciables, hablaban al mismo tiempo y en distintas lenguas. Le pedí perdón por mi torpeza. Con ademanes amables el hombre me ofreció su casa, algo de pan y vino. Acepté agradecido y comí tratando de adaptar mi oído a su conversación. Creí entender por una de las voces que me daba la bienvenida y se presentaba, diciendo que había nacido en Patmos, la flor

de los mares griegos, aunque prestándole atención a la otra tuve la sospecha de que era oriundo de Damasco. Tampoco supe si su nombre era Hanón o Escoplos. Le pregunté desde cuándo hablaba así. Dijo, o dijeron, que no recordaban. O desde su infancia, cuando despuntan las palabras. O que no recordaban su infancia, o que desde que despuntan las palabras no lo recordaban. Pensé que alguien con dos voces debía contar con dos mentes, pero que esas mentes no tenían por qué pensar necesariamente lo mismo ni estar de acuerdo en todo. El hombre podía refutarse de manera interminable como los sofistas griegos, y al mismo tiempo adjudicarse la verdad indefinidamente como los sacerdotes de Israel. Sin embargo, por momentos una de las voces bajaba su volumen y la otra, aun con dificultad, se volvía comprensible.

Así creí entender que no era de Patmos ni de Damasco sino de un pueblito cercano a la Ainón de la Decápolis. Que su origen era griego, de Éfeso o Halicarnaso, y que había mejorado sus uvas con cepas de la remota región de Cólquide. Dijo, y esto pude entenderlo casi sin dificultad, que el resto de su historia era tan dolorosa que le habrían hecho falta diez voces más para contarla.

Hizo silencio, como si la confesión lo hubiera hundido en la tristeza. No obstante, comió uvas y aceitunas, dividió una hogaza y bebió hasta que su nariz y sus orejas quedaron del mismo color del vino.

Yo tampoco hablé. Me monté en su silencio y cabalgué hasta el de otro hombre triste. Cuántas voces, me pregunté, le habrían hecho falta a José para expresar sus aflicciones. Sentí una oleada de compasión. Su vida, su cavernoso silencio, debieron ser una carga insoportable. Lo recordé de hinojos en la tierra, moviendo los labios hacia el cielo en una plegaria sin sonido, con una expresión que no era de piedad sino de reproche.

Cuando el hombre volvió a hablar lo hizo soltando parrafadas en lenguas que no entendí. Lo vi sonreír con aire melancólico ante la perplejidad de mi cara. Pero después, alternando las voces de manera enmarañada, dijo que había sido rico y poderoso en sus tiempos; que había tenido dos esposas, una muchacha de Ammán y una viuda dueña de algunas tierras en la zona de Ascalón. Que sus dos voces no representaron un problema a los fines del matrimonio. Y ellas convivieron armónicamente, tratándose como hermanas. Pero que la vida cambió cuando las mujeres parieron. Mientras él vivía exaltado por el orgullo —ambas habían parido varones sanos y robustos—, ellas rechazaron a los niños. Los miraban como a extraños, como si no hubieran sido sangre de sus vientres, y les negaban los pechos con pavor y asco. Él contrató varias nodrizas, consultó a los sabios de su ciudad y gastó fortunas en remedios y curanderos. Desesperado, malvendió la mitad de sus bienes y trajo al médico más famoso de Pérgamo. Al escucharlos llorar, el médico especuló que, además del problema de las dos voces paternas, la descendencia había venido al mundo con las lenguas maternas invertidas; es decir, cada niño había nacido no con la lengua de su madre, como cabría esperar, sino con la de su madrastra, o tía, o lo que fuera la otra mujer, y eso quizá ocasionaría el problema más severo. Dijo además que la peculiaridad

de la doble voz probablemente se había incrementado en sus vástagos, creando una dupla de seres con múltiples voces e idiomas que ni a sí mismos podrían interpretarse. Inútil fue argüir que, amén de estrafalaria, esa teoría era improbable, al menos hasta después de unos años, ya que los niños apenas tenían meses y aún no hablaban. Las mujeres, espantadas, los ahogaron y huyeron juntas en un barco que viajaba hasta la ciudad de Agiasos, en la isla de Lesbos.

Mi madre jamás atentó contra mí, pero en sus delirios me vio clavado contra estacas y asesinado por bandidos, o ardiendo vivo como la zarza de Moisés, o hecho huesos, cenizas y polvo. Y nunca soñó horrores con sus otros hijos. Me pregunté si las lágrimas con que había llorado luego de esas visiones eran solo de dolor, o se debían también al espanto de haberlas producido, como si, además del miedo, las visiones hubieran sido fruto de algún ciego deseo.

El hombre agregó, o agregaron sus voces, que no les guardaba rencor. Las autoridades entendieron el infanticidio como un accidente trágico. Y él no denunció la fuga.

Hizo otro largo silencio. Bebió con gesto reconcentrado. Luego dijo, o dijeron, que podría quedarme en su viña el tiempo que quisiera. Una de sus voces aclaró que no le importaba si huía de algo ni por qué lo hacía. Que solo le bastaba que no fuera bandido.

Cuando se puso de pie, tenía las piernas como cuerdas. Creí que se desmayaría. Logró decir: “¡Salvación!”. Supuse que en varios idiomas. Luego, una frase que sonó algo así como: *El debajo tu Hanón viñado salva mi un de llanto mercader.*

Lo ayudé a recostarse. Le impuse una mano de consuelo sobre la frente, como hacía José, y lo miré dormir. ¿Tendría también dos sueños, dos pesadillas quizá, al mismo tiempo? Le pregunté al silencio qué clase de pecado justificaba esa condena.

Y pensé: ni su soledad ni la mía dejarían de ahogarse en las palabras.

III. Magdala

A la mañana siguiente, antes de que el hombre despertara, abandoné el viñedo. Atendí los ruegos de mi cuerpo y caminé hacia Magdala sintiendo que, de alguna manera, mi madre y yo éramos como él. Pese a tener una sola garganta, durante mucho tiempo yo había escuchado en mi cerebro su salmodia alucinada y el mosconeo de la voz del silencio. Ella también sufría en su espíritu el horror de las voces invasoras. ¿Debió ahogarme, como habían hecho las esposas del hombre del viñedo? ¿Era el peor de los bastardos, un fenómeno monstruoso indigno incluso de rechazo? Seguí el camino sin hallar una respuesta. Crucé huertos de verdura y olivares y atravesé unos saladeros, donde hombres con manos secas y pañuelos en la cara molían escombros de sal sobre un inmenso mar de peces muertos. Esa imagen me llevó a pensar en mis hermanos. Ser de mi misma sangre los venía condenando a trabajos de ese tipo en el poblado. Habían sido contadas las ocasiones en que un encargo de José era de tal envergadura que podía incluirlos como ayudantes. La mayoría de las veces debían esperar en el descampado que oficiaba de plaza a que algún rico los eligiera como jornaleros para tareas más bien desagradables: cavar pozos, limpiar letrinas, sepultar animales muertos de peste. Y eso, evidentemente, había hecho que me vieran con ojos rencorosos y que, aunque entre ellos hablaran y rieran, evitaran hacerlo conmigo, empleando un silencio demasiado parecido al de José.

En las puertas de Magdala tomé una calle saturada de carros y de gritos. Había griegos, fenicios y romanos como en toda Galilea. La voz del silencio exclamó: *Es infierno. Vuelve al desierto*. Pero yo no quise. Caminé por esa calle hasta llegar al puerto. Parecía una ciudad dentro de la ciudad. Tenía un gigantesco muelle de piedra que se internaba en el lago. Había cientos de palos de amarre y armellas para grúas, palancas y rollos de sogas con los que un hormigueo de hombres de torsos desnudos cargaba o descargaba la mercadería de los barcos. Reconocí dos naves de Cafarnaúm y temí cruzarme con el pescador. Al retroceder, vi una imagen extraña sacudiéndose en el agua del muelle. Era un engendro en harapos, sucio y desgredado, mirándose a sí mismo; alguien no muy diferente de las basuras que se acumulaban junto a los barcos. Los días de camino, las piedras y la intemperie me habían desgarrado la túnica y curtido la piel. Me llevé un antebrazo a la nariz: olía como un asno. No era yo. Y era.

—¡Fuera de aquí, mendigo! —gritó alguien—. ¡Ya tenemos suficiente con las ratas!

Imaginé los sollozos de mi madre y la vergüenza de mis hermanos si hubieran escuchado semejante imprecación. Imaginé los ojos de José. Por extraño que parezca, ser lo contrario de lo que ellos esperaban de mí me dio un inesperado placer. Murmuré “mendigo”, paladeando su

dulzura, y bastó la única voz de mi garganta para sentir que esa palabra era una gema entre mis labios.

Como mendigo crucé los almacenes y las aduanas y salí a la plaza del mercado. Era un rectángulo enorme, flanqueado por edificios de estilo griego, con pórticos. Inesperadamente recibí la primera moneda. El perfil de Tiberio César, hijo del divino Augusto, en la palma de mi mano. En su reverso, la imagen de una mujer sentada en un trono, sosteniendo un cetro con su mano derecha y una rama de olivo con la izquierda. Una representación de la Paz. Proclamaba en latín: *Pontífice Máximo*. La voz del silencio dijo con espanto: *No solo los hombres, también los cielos te miran*. Yo sonreí.

—Ni ciego, ni tullido, ni viejo —escuché—. ¿Eres loco o eres holgazán?

La plaza había puesto a un muchachito frente a mí. Hablaba en lengua de Aram pero vestía a la romana.

—No sé lo que soy —respondí.

El muchacho inclinó la cabeza.

—Por lo pronto eres extraño. De eso no hay dudas —dio un giro lento y completo alrededor de mí, tapándose la nariz—. Y de que te defecó un cíclope, tampoco. ¿Te he visto alguna vez?

Hice silencio.

—Con lo que tienes en la mano —agregó, señalando la moneda— bien puedes ir a los baños. Te alcanza incluso para invitarme. Sígueme.

Me llevó por la calle principal. Vi la casa de oración, las letrinas públicas y un anfiteatro. A la entrada de los baños nos detuvo un guardián.

—Es solo para romanos —dijo.

—Él pagará —respondió el muchachito, escurriéndose como un pez hacia el interior.

El hombre largó una carcajada.

—Me lo hace siempre, la sabandija.

Yo pagué.

—Lo que diste alcanza apenas para uno —dijo, arrugando la nariz con desagrado—. Duplica.

—No tengo.

—Entonces no entras.

—Tengas paz —le dije, retrocediendo.

El hombre me observó fastidiado.

—¿Qué sabes hacer?

—Soy carpintero.

—Puedo hacerte trabajar con madera. Y así te pagarás el baño, que buena falta te hace. Sígueme.

Abrió una puerta lateral. Bajamos por una escalera y caminamos a lo largo de un túnel estrecho, alumbrado con antorchas. Al final había una galería más ancha con una serie de nichos

de donde brotaban resplandores de fogatas. Frente a cada nicho, tres o cuatro hombres semidesnudos arrojaban leños.

—Esta es nuestra gran carpintería —dijo con sorna el guardián—. Aquí podrás mostrar tu arte.

Pensé en mi madre, en José y en mis hermanos. Volví a sonreír. Me arremangué la túnica.

—Cuando termine la jornada, llévenlo a los baños del oeste —dijo el guardián.

Uno de los leñeros se puso a mi lado.

—No sé por qué sonríes —dijo—. Arriba están los dueños de todo. Aquí estamos nosotros, los dueños de nada. Otros la llevan suave, porque alimentan la piscina tibia. Pero aquí la terma casi debe hervir, por eso esta boca de fuego no deja de tragar nuestros leños.

Miré la montaña de madera. Reconocí cada tipo sin esfuerzo. Las había visto por años en las manos de José. Tomé un trozo, y era de pino de Alepo. José dejaba siempre un tronco verde sobre un cubo en el que recogía la resina, porque mi madre la quemaba en los rincones de la casa para ahuyentar a los demonios.

—¿Qué esperas? —preguntó uno.

Lo arrojé, y el trozo se hizo fuego.

Tomé los restos de una rama hachada, y supe que era de almendro. José buscaba siempre los almendros del monte Carmelo, porque su veta era recta como el camino al cielo. La arrojé a la boca, y la rama se hizo fuego.

Recogí también un pedazo de morera, y era morera negra. En las manos de José la morera vivía sobre los carros de bueyes y en los mangos de las herramientas. Y todo se hizo fuego.

Luego, con mucho esfuerzo, alcé un pesado tronco de ciprés, y el esfuerzo reprodujo el de Noé al construir el arca. Y el trozo de arca se hizo fuego también.

A lo largo de las horas arrojé algarrobos y olivos, y manzanos de Sodoma, y granados, y palmeras y cedros como los del templo de Salomón. Al madurar la tarde le sumé hayas e higueras y acacias que eran hijas, nietas o bisnietas de las acacias con que se construyó el arca de la alianza. Y todo se hizo fuego.

Todos los árboles rebosarán de contento ante Jehová, recordé con tristeza.

—Un bosque pequeño por día —murmuré al terminar.

El hombre que estaba a mi lado se secó el sudor de la frente.

—Y eso que somos solo un diente, y de los más pequeños, de la boca de Roma.

—Roma es una fiera hambrienta —dijo otro.

—Y su comida es el mundo.

—Con nosotros incluidos.

—Cuando Tiberio sea viejo, todo Israel será un desierto.

El hombre que estaba a mi lado me palmeó con simpatía.

—Trabajaste duro como nosotros, te pelaste las manos. Vamos a los baños.

Los seguí por un laberinto de pasillos. Los baños del oeste eran una turbia poza al aire libre

donde desaguaban las letrinas y las piletas de los romanos antes de ser vertidas en las cloacas.

Volví a pensar en mi madre y en el resto. Pero no sonreí.

Regresé al mercado. Bajo los pórticos vi vender inciensos de Arabia, linos de Egipto y joyas de oro y marfil. Y en las tiendas más pobres, donde regateaban los precios durante horas, observé el modesto comercio de vasijas de barro o herramientas. Eran comerciantes judíos, sobre todo de Cirene y de las provincias de Cilicia. Pero también vi a un tirio de larga túnica ofreciendo dos esclavos gemelos, y presencié una discusión estruendosa entre nabateos y etíopes, al parecer por una acusación de robo. Mientras crecía el griterío, noté que por detrás del puesto, disimuladamente, se escabullía el muchachito vestido a la romana. Pregunté al silencio: *¿Cuánto más?* La voz respondió: *Todo se hiere dentro de ti. Vuelve al desierto.* Pero yo no quise. “Soy mendigo”, recité, y recibí otra vez denarios y sestercios. Frente a un puesto de cristales de Sidón me busqué en el reflejo de una jarra de vidrio. El baño había mejorado bastante mi aspecto, pero la imagen de hombre solo mirándose a sí mismo distó de lo que esperaba, porque además del mendigo vi a mi lado a una mujer.

—Puedo arreglarte la túnica —dijo.

Me di vuelta.

—Soy mendigo —respondí.

—A mí me llaman ramera. Pero puedo arreglarte la túnica.

Me hizo seña de que la siguiera. Cruzamos un barrio de bataneros y otro de cardadores cuando la noche borroneaba los contornos. En el límite de la ciudad estaba su casa. Era una buena casa. Y no era barrio de pecado.

Me hizo entrar. Colocó ante mí pan, aceitunas y vino con una expresión compasiva.

—Sospecho que no has comido en todo el día —dijo.

Luego tomó una aguja y un carrete y comenzó a zurcir mi túnica.

—Usas velo, vives en zona de fariseos y de escribas. No eres ramera —dije.

Ella sonrió.

—Pero fui repudiada por mi esposo. Ahora soy lo mismo que una prostituta.

Las mujeres eran repudiadas por salir sin velo, por hilar o hablar fuera de la casa, por perder el tiempo o arruinar una comida. Mi madre llegó a darle motivos a José al menos tres veces al día, durante casi veinticinco años. Pero él no la repudió. Pese a su mutismo, a su mortificación, la guardó bajo su techo, la cuidó y, cuando el deseo lo vencía, la conoció sobre la estera y la sembró de hijos.

—Hay varones crueles —dije.

La mujer apuntó su rostro hacia mí.

—Piensas sabiamente —murmuró, sorprendida—. ¿Por qué mendigas?

Estuve a punto de decirle que, de algún modo, todos éramos mendigos en el mundo, pero la ternura que infundió a sus palabras fue tan turbadora que selló mi boca.

—¿Qué edad tienes? —preguntó.

—La suficiente —respondí, inseguro— para reconocer el dolor.

Ella se internó en mis ojos.

—Algo de ti me es familiar —murmuró a continuación.

Pensé que, como el bandido de la quemadura, diría haberme visto en Perea, del otro lado del Jordán, y me apuré a agregar:

—No hablamos de mí, sino de tu esposo.

Ella meditó mi respuesta.

—Era muy niña cuando lo vi por primera vez —dijo a continuación—. Iba al templo vestido como un príncipe. Caminaba rodeado de sirvientes. Tenía la cabellera rizada y la sonrisa amplia y luminosa. Le vi los labios como frutas y me llené de ansias. Lo quise de inmediato. Le canté los cantos del rey Salomón.

Entonó:

Sus piernas, columnas de alabastro

asentadas en basas de oro puro.

Su porte es como el Líbano,

esbelto cual los cedros.

—Despiertas tu amargura —dije.

—Son recuerdos, y no duermen —hizo una mueca mientras se concentraba en mi túnica—. Todas las muchachas de Magdala lo deseaban. Pero él mandó a su padre a hablar con el mío, porque yo era la elegida. Mi padre me consultó y dio su beneplácito. La fiesta de bodas duró más de diez días y se comentó durante años. Nunca me sentí tan hermosa. Tenía joyas en la frente y las orejas y ajorcas con cascabeles de plata en los tobillos. La música se escuchaba a toda hora, los fogones no dejaban de asar para los invitados. Pero él no me amó. Ni la primera noche, ni la segunda, ni las otras. No podía. Su miembro era un racimo mustio, yaciendo junto a mí. Cuando lograba hacerlo rama, dejaba sus hijos entre mi ropa, sin siquiera rozarme. Acusó a los sirvientes de poner venenos en la comida. Acusó a un esclavo de la casa de mi padre de practicar magias malignas sobre él, asegurando que el esclavo me deseaba con una pasión desenfrenada. Y luego me acusó a mí de no hacerle nacer el deseo, porque fuera de mi lecho su miembro embestía, y las esclavas de la casa de su padre y las mujeres del pecado se lo disputaban. Me dijo que me repudiaría si no encontraba el modo de enardecerlo. Yo no sabía qué hacer, salvo llorar. Elevé plegarias, esmeré mis vestidos y mis perfumes, compré velas de Asia con aromas de seducción, y en secreto enterré bajo mi cama una estatuilla grotesca del Priapo romano, con su gran pene de

burro. Nada de eso sirvió. Una anciana de la servidumbre, oriunda de Lidia, me contó que las muchachas solteras de su tierra se prostituían para reunir la dote con la que después conseguirían marido. Y que esa costumbre, tan horrorosa en Israel, les daba el doble beneficio de conseguir marido y asegurarse de que las amaran con locura, por la gran experiencia adquirida. “Aquí mueres lapidada”, dije yo. “No tienes que salir a las calles”, me respondió, “tienes que amar a tu marido como si fueras una de ellas”. Y me introdujo en las artes del amor.

Hizo una pausa. Encendió una lámpara de aceite.

—Gírate —dijo—, así te zurzo otra rotura.

Me giré.

—Entonces —continuó— aprendí con la anciana el amor que había dentro de mi boca. El mudo y el hablado. Aprendí a amarlo también con las manos, con los pechos. Aprendí a encenderle la piel desde fuera y desde dentro. Y fue más efectivo que el famoso elixir de amor de la remota Bitinia; a partir de entonces su rama fue el manzano que cantó el rey Salomón. Pero no me preñé. Y con las lunas mi esposo se impacientó, y tomó a las esclavas de la casa de su padre en busca de hijos. Y así como conmigo no pudo en un principio, así le sucedió con las esclavas. Fue al barrio del pecado y tampoco logró tensar su arco. Sin embargo, en mi lecho seguía siendo todopoderoso, un Nabucodonosor que noche tras noche derribaba mis murallas y me arrasaba el cuerpo. “Ahora solo soy hombre contigo”, comenzó a repetir. “¿Qué has hecho de mí?”. “Te he amado, eso es lo que hice”, le decía yo. Pero solo lograba enfurecerlo. Y con los meses perdió la fiebre y la alegría. Vio pecado en mi deseo. Se asqueó de mi cuerpo, y al fin me repudió.

Cortó el hilo de la costura con los dientes.

—Déjame ver si terminé.

—Puedo darte una moneda —dije, mostrando la cara de Tiberio.

La mujer suspiró.

—Es realmente mísera tu vida si todo lo que puedes dar es un denario.

Yo salí de mi presente y fui a mi vida. No había habido amor. No hubo juventud para mi cuerpo. Siempre mirado desde lejos, en burla o desconfianza, por la gente del poblado.

—Quizá haya sido mísera mi vida. He venido a averiguarlo.

Ella se puso de pie.

—Se sobrevive al amor y al desamor —agregó—, como a todo lo que está de este lado de la muerte. Pero con el repudio me llegó la tristeza y también la enfermedad. La herida de mi alma tuvo una gemela en mi cuerpo, y sangré noche y día por mi vientre.

—Al menos has tenido algo —murmuré.

Ella volvió a hurgar con ternura dentro de mis ojos.

—¿Amaste?

—No.

Se quitó el manto. Tomó una lámpara. La vi paloma tras el velo, y palomas sus pechos debajo

de la túnica.

—¿Conociste mujer?

—No.

Ella se desnudó.

—Ven conmigo —dijo—. Seré tu Eva.

Yací con ella en su lecho.

—Aquí no habrá pecado —susurró—. Aquí seremos ángeles amando a Dios en nuestros cuerpos.

Me abrió las piernas, me tomó el miembro y lo lamió y sorbió como a un panal de miel. Lo apretó y jugó con los dientes alrededor de su pequeña boca. Lo hizo verga, lo hizo rama y lanza ardiente.

Yo le lamí los pechos como dátiles. Bajé y la lamí entre las piernas, desde el crespillo vellón de su adelante hasta el dulce punto de su atrás. Le lamí la herida que sangra con la luna, y libé sus jugos derramados como un hombre del desierto en un oasis.

—Aquí no habrá pecado. Aquí seremos ángeles —repitió, llevando mi mano a su hendidura. Y mi mano penetró las alfombras húmedas de su adentro, y acarició sus rugosas suavidades. Entonces la tomé. Y fue ser duro en la blandura, valiente en el terror, dulce en la fiereza. Fue ver su boca abierta, y ver sus muelas y su ardorosa garganta apretándose en el gozo. Fue oler la lluvia de su pelo y sentir las curvas de su oído en la punta de mi lengua. Y la tomé también como el pastor a la pequeña oveja que lo llena de deseo en soledad. Acaricié sus muslos y sus nalgas, humedecí mis manos con el sudor de su cintura.

—No te derrames —murmuró ella.

Me acostó, se empaló como un vencido en el campo de batalla y tembló en un rápido camino hacia el ahogo. Tomé sus pechos. Solté aturdido mis leches.

La noche se llenó de su olor y formó para mí la palabra “felicidad”. Hice un tálamo en sus caderas. Lo vivido me galopaba como una fiebre en el cuerpo. Había yacido con mujer, era hombre como José, hombre como el resto. Había habitado brevemente en su cuerpo con la certeza de que también había sido un modo de habitar en su alma. Antes de adormecerme la contemplé a la luz del candil, espléndida en el abandono del sueño, perlada de tenue sudor, como una joya blanda acariciada por las sombras. Comprendí con alegría, igual que cualquier hombre, lo que era estar enamorado. Y quise morar con ella el resto de mi vida.

—He sido Adán —dijo en la mañana.

La voz clamó: *Has sido abismo.*

Ella estaba vestida. Evitando mirarme, con un sonido quebrado, dijo:

—Todo lo que ayer no fue, hoy será.

—¿Hablas de la vida?

—Del pecado.

—No pecamos. Tú lo dijiste.

—Tú no pecaste ayer. Pero si permaneces conmigo, hoy pecarás. En cambio yo pequé contigo ayer, pero, por mi alma, que ya no lo haré hoy —observó mi desconcierto con el rostro desencajado mientras se alejaba de mí—. Me llamo Efrona, y te vi en el patio de tu casa, en Cafarnaúm.

—Yo no te recuerdo.

—Te dije: “Sangro noche y día por el vientre. Soy Efrona de Magdala”. Tú te condoliste de mí como de tantos. Y volví a Magdala sin enfermedad.

Por un instante quedé sin palabras. Busqué entre los recuerdos. Su nombre estaba junto al de tantos otros que habían visitado mi casa, pero resultaba un nombre vacío de ella y de lo que narraba. La de Cafarnaúm era y no era la que estaba aquí. Aquí palpitaba la real, y había brotado a la existencia, para mí, con su historia dolorosa, y entre jadeos y caricias. La vi colocarse el velo y caminar hacia la puerta.

—No me di cuenta ayer, por tu apariencia de mendigo —dijo, tratando de dominar la voz—. Tu pobreza, tus ojos sin mal me movieron a hablarte. Y a través de ellos, sin entender por qué, sentí mucho más amor que el que había conocido en toda mi vida. Y eso me llevó hacia ti. Pero al amanecer, mientras contemplaba tu sueño, mientras te acariciaba, te reconocí.

Yo no quería irme. Llevaba en el cuerpo las señales de haberla amado, esa nueva sensación, como de borrachera entre las piernas, y en las manos el inconfundible aroma de paraíso que me había dejado al acariciarla. ¿Cuál era su pecado? ¿Por qué dijo que seríamos ángeles amando a Dios en nuestros cuerpos?

Busqué una respuesta en sus ojos, pero ella no volvió a mirarme. Abrió la puerta de su casa y esperó a que saliera con la cabeza baja.

—No sé si pecaste, Efrona —murmuré con tristeza mientras me iba—. Tú dices haberme conocido. Quizá hayas visto más que yo.

Crucé el barrio de los bataneros y el de los cardadores repleto de amargura. No supe hasta esa noche todo el amor que tenía dentro de mí, los sueños que anhelaba compartir, la casa que quería edificar ni los hijos que deseaba engendrar. Ella había derribado el dique que los contenía, y ahora, solo en Magdala, tampoco supe qué debía hacer con ellos. Podía haberla hecho mi esposa, sacándola de su desgracia, si no me hubiera rechazado; podía haberla poblado de hijos, a diferencia del hombre que no había sabido amarla. A medida que me alejaba reviví su voz, su cuerpo desnudo, las palpitaciones de su pecho. Sin embargo, al hablarme del pecado cometido, al remontarse a aquella mañana de Cafarnaúm, lo que hallé en sus ojos fue la expresión extraviada de mi madre. Y mi mente aturdida mezcló todo en un brebaje perturbador. Colocó el cuerpo de Efrona en el cuerpo siempre sin cuerpo de mi madre. Ella, mi madre, también llevaba todo

aquello debajo de la túnica. ¿Serían así las medallas de sus pechos? ¿El vellón de cabra de su pubis? ¿Y así de volcánico el deseo de su carne? ¿La habría montado José como a una yegua briosa? Me avergonzó la clase de curiosidad que me había empujado.

Pero estaba en Magdala, estaba dentro de mi vida y en el fondo más desolado de mi soledad, como si recién hubiera muerto o como si hubiera entrado en la casa de la muerte para descubrir que aún me faltaba morir mil veces más. Fui con mi tribulación a cuestras por las calles, mientras Magdala comenzaba un nuevo día. El humo de una chimenea anunció que las termas ya estaban engullendo su primera montaña de madera. Aparecieron pastores conduciendo sus animales a las afueras, vendedores de verduras y aguateros. Usé las letrinas, dejé atrás la casa de oración y llegué otra vez al mercado.

—Ni ciego, ni tullido, ni viejo —escuché—. ¿Eres loco o eres holgazán?

La plaza había vuelto a poner al muchachito vestido a la romana.

Tomé la moneda y se la ofrecí.

Él estiró la mano, titubeando.

—Esto sí que es extraño.

—Te la doy —le dije— para que no me robes.

El muchacho la tomó.

—¿Te conozco?

—Ayer me llevaste a los baños. O, mejor dicho, te llevé yo.

Él vaciló un instante.

—Mira si te haría falta el agua que no te reconocí —dijo luego.

—Me lavé en los baños del oeste.

—¡Ese Mangus! —exclamó, simulando indignación—. ¡Típico romano en las provincias! ¡Le encanta denigrarnos a nosotros, los judíos.

—Tú vistes como romano.

Él alzó las cejas.

—Es para despistar. Todo se hace más fácil si creen que eres romano. Aunque no tengo ni un pedazo de cobre, nadie alzaré el látigo contra mí por terror a la *dura lex*.

—Suenas insolente —dije, usando palabras ajenas repentinamente en mis labios—. Pero no deja de ser verdad. ¿A quién le robaste esas ropas?

—Digamos que una tarde las encontré.

Sonreí con hastío.

—Me llamo Joram —declaró.

El nombre de ese rey de Judá me remitió a mi madre, pero no era inusual en Galilea.

—Aunque aquí me conocen como el joven romano Cilnio.

—Yo —dije, sumándome sin saber por qué al juego de las identidades— debería llamarme Legión, porque somos muchos detrás de esta máscara.

El muchacho alzó las cejas.

—En verdad eres extraño. ¿Qué saben hacer esos muchos?

Responder “carpintero” me había llevado a las calderas. Preferí decir:

—Soy mendigo.

Joram armó una mueca.

—Un mendigo muy particular —observó las dos caras de la moneda que le di—. Ayer te vi marcharte con la repudiada.

—Yo te vi robando a los nabateos.

El muchacho miró hacia la zona del puesto.

—El puesto en realidad es de los etíopes. Y no robé, pero nunca falta un ojo acusador, aunque sea ciego de nacimiento.

—En lo primero seguro mientes —dije—, pero en lo segundo tienes toda la razón.

Él sonrió. Me invitó a que lo siguiera. Lo vi conseguirse el desayuno con una increíble destreza en los puestos de comida, y hacerse de unas monedas en la tienda de un anciano distraído. Después se ofreció a llevar la cesta de una mujer hasta su casa, cesta que al principio apenas si podía cargar sobre los hombros, aunque al final del trayecto era notablemente ligera. Y todo en las narices de la mujer. Al desandar el camino fue recogiendo lo que se transformó en un almuerzo que no pudimos terminar. A la tarde, viendo mi estado melancólico, dijo que podía invitarme al teatro para quitarme las penas que, con toda seguridad, me había dejado la repudiada. Habló con un sirviente amigo, a cargo de algunas gradas del anfiteatro, y al cabo de un rato estábamos adentro, en medio de una multitud vociferante. El teatro era un enorme socavón que aprovechaba la pendiente de una colina y convergía en un rectángulo donde se movían unos seres con extraños atuendos. “Personajes”, explicó Joram. Por primera vez en mi vida presencié una obra teatral, en la que uno de estos personajes, un dios romano con alto calzado y bocina en la boca, tragaba grandes puñados de moscas para que unos estruendosos vientos le sonaran como un zumbido de enjambres cuando sus tripas los liberaban. La gente reía y gritaba, muchos discutían entre ellos, defendiendo o atacando a los personajes, como si la ilusión que estaban presenciando hubiera sido realidad.

—¡Esto es Roma! —reflexionó divertido Joram mientras nos íbamos—. Dicen que el mismo Tiberio coronó al autor como el más grande poeta vivo del imperio y lo premió con una villa en una isla llamada Capri.

Después deambulamos por un laberinto de calles hasta una casa cercana a la sinagoga. Dijo que tenía que verificar algo, y no nos movimos hasta que de la casa salieron cuatro esclavos cargando una litera cerrada con cortinas.

Joram estaba visiblemente aliviado.

—Es el hijo de un romano llamado Annio Rufo —susurró—, que fue procurador hace algún tiempo. Parece que está muy enfermo y que su enfermedad no tiene cura.

—¿Te preocupa su salud?

Joram chasqueó la lengua.

—No quiero que se muera. Al menos no todavía.

Explicó que aparentemente Cilnio, el muchacho romano, y él eran idénticos, dos gotas de agua; que en la calle todos los confundían y los saludaban como si fuera el otro. Dijo que la madre del muchacho había muerto hacía una década y que el padre, Rufo, llevaba años en Roma y casi no había visto crecer a su hijo. Explicó que estaba juntando dinero para pagarse un viaje a Roma luego de que el muchacho muriera. Y que se presentaría como el afligido hijo que necesitaba a su padre.

Le insinué que sonaba a las historias que inventaban los griegos.

No le causó gracia.

—Esta historia es mía —dijo secamente—. No es de ningún griego. Y tampoco es fantasía. Por eso me visto a la romana. Cuando el muchacho romano muera, mis amigos retirarán en secreto el cadáver de la tumba y yo me presentaré ante la servidumbre de la casa, milagrosamente recuperado. Diré que la frescura de la cripta me devolvió la salud.

—En ese caso no te hace falta ahorrar el dinero del pasaje —dije—. Podrás tomarlo de los bienes del muerto.

Joram me observó atentamente. Luego sonrió.

—Es cierto lo que dices, pero creo que mi plan es mejor. No tocaré nada de la casa, porque no sé cómo es la vida allí adentro. No sé quién guarda el dinero, ni dónde, ni qué promesas haya podido hacer el muchacho antes de morir. No caeré en trampas por ignorancia. Tampoco despediré servidumbre ni me desharé de los esclavos. Los dejaré exactamente como si estuviera entre ellos, pero me iré de inmediato, antes de que alguno pueda poner en duda quién soy.

Me observó con expresión de triunfo.

—¿Tienes dónde dormir, Legión?

La frase penetró como una daga. Volví a ver a Efrona entre mis brazos. Le respondí que no.

—Sígueme —dijo—. Te presentaré a mis amigos.

Salimos de la ciudad hacia el oeste y trepamos la colina que encierra a Magdala contra el lago. Joram se cercioró de que nadie nos siguiera. Atravesamos un extenso bosque. Desde algunas enramadas surgieron caras y harapos.

—Estas son las villas veraniegas de Magdala —bromeó.

Tomamos una vereda que bordeaba el lado sur de la colina. Más chozas y más tiendas. Llegamos a una empalizada, los restos de un corral y una pequeña construcción de piedra, techada con ramas, junto a la que había un pesebre.

Allí estaban sus compañeros. Eran once, e iban, según su apariencia, desde los nueve hasta los

dieciséis años.

—Saluden a mi amigo Legión —dijo Joram.

Uno a uno fueron presentándose:

—Fares

—Esrom.

—Aram.

—Aminadab.

—Roboam.

—Asaf.

—Jeconías.

—Salatiel.

—Eliud.

—Jacobo.

—Eleazar.

Un estremecimiento me hizo sentir las piernas como trapos. Tuve que sentarme. La mezcla de genealogías, los nombres de reyes en ese exacto orden eran los salidos del delirio de mi madre. ¿Qué mensaje había? Las listas en la memoria de mi madre ligaban a José con la casa de David y también con el sitio donde me habían traído al mundo. Como una señal inequívoca, según ella, de que los cielos me habían señalado. Podía atribuirse a cierta veleidad de su parte, un intento de elevar al modesto carpintero que tenía por marido a la categoría de descendiente de la más grande casa de Israel. Pero nunca pudo explicar en qué me beneficiaba eso, teniendo en cuenta que, como ella me había dicho, José no era mi padre. El entrecruzamiento, la confusión de épocas y reinos parecían sugerir entonces que era delirio, una especie de hueco sonoro en el vacío. Pero lo que aquella noche fueron solo palabras ahora se había transformado en doce niños y muchachos. Joram, Fares, Esrom... ¿Qué habría visto mi madre cuando enumeraba esa secuencia? ¿Por qué tanta angustia en su garganta? Atribuí la coincidencia no a casualidad ni a profecías, sino a algún rezo que quizá no figuraba en los libros y yo no conocía, pero que se transmitía de boca en boca, de generación en generación, llegando de esa manera a la mente impresionable de mi madre y a esos mismos niños. Quizá fuera parte de un juego, como los versos y cantos que se usan en las rondas infantiles, y esos niños al margen de la ley lo habían adoptado deliberadamente, tomando los nombres de la lista para esconder sus verdaderas identidades. Además allí había cualquier cosa menos reyes, y me agradó verme junto a ellos, frente al fuego. Parecíamos, más bien, una ronda de aprendices de ladrones compartiendo los víveres. Joram les preguntó cómo había sido su día. Los relatos enhebraron una jornada en la que hubo quien se coló entre las cabras de un pastor para mamar su desayuno, quien robó una tela y la canjeó por una hogaza en el barrio de los curtidores, quien hambreó toda la mañana hasta que un samaritano le ofreció una ración de habas.

—Yo ayudé a un saduceo y metí la mano en su bolsa.

—Yo trabajé en el corral de una posada.

—Yo no tuve suerte en todo el día.

—Yo esperé a que un viñatero se durmiera, y miren lo que conseguí.

Una tinaja de vino comenzó a pasar de mano en mano.

Joram me la entregó.

—Dejemos que Legión le haga los honores.

Era un vino rojo y algo agrio. Lo bebí frente al silencio de todos, lo repartí entre doce cuencos. Su espíritu entibió la noche y encendió las lenguas. Uno habló de un padrastro tiránico. Otro dijo que antes de escaparse lo habían entregado a un levita de Jericó, que le daba de comer cada tres días, si con suerte se acordaba. Otro rio y lloró alternadamente, sin soltar una palabra. Alguno habló de azotes y de sodomía.

—Historias que van a terminar —prometió Joram— cuando me haya instalado en Roma.

—¡Yo quiero ir a Roma contigo! —dijo uno pequeño—. Cuenta otra vez lo de la villa.

Joram describió un sendero de pinos, una gran entrada, un atrio con mármoles que desembocaba en una fuente, y en la fuente una estatua de la diosa Venus desnuda. Dormitorios con mosaicos y pinturas en los muros, baños, huertos, mesas fastuosas y esclavos. Dijo que así era la villa donde vivirían. Describió también una gran vía junto a un acueducto y enumeró las maravillas de mármol que colina tras colina encandilaban los ojos cuando las golpeaba el sol. Así era Roma: edificios como montes, basílicas para el asombro y un foro del tamaño de toda Magdala. Habló de un gran circo, un hipódromo gigante y calles donde podían escucharse al mismo tiempo todas las lenguas de la tierra. Finalmente, sin ningún aviso, dejó los ojos ausentes e hizo silencio con una sonrisa extraviada en la boca.

—Otra vez —dijo uno.

—Se desmaya sentado —explicó un segundo, mirándome.

—Sueña con los ojos abiertos.

—Siempre termina así cuando bebe.

El muchacho más corpulento lo alzó en brazos, lo llevó hasta la construcción techada y volvió a sentarse con nosotros. Vio bostezar a los más pequeños y les ordenó recogerse. Luego dirigió la mirada hacia el pozo de sombra que era Magdala.

—Yo soy Jeconías —dijo—. Imagino que te llevó a ver la litera.

—También me contó su plan —agregué.

—Cilnio, el hijo de Rufo. —El muchacho hizo una pausa. Arrojó unas ramas al fuego y pasó la lengua por el fondo de su cuenco—. ¿Qué clase de nombre es *Legión*?

Sonreí.

—Es que somos muchos dentro de mí.

Él miró las ascuas.

—¿Muchos qué? ¿Hombres, ángeles o demonios?

Yo seguí los viboreos de las llamas. Sentí una súbita tristeza.

—Quizá haya de los tres.

Él alzó la cabeza y me hurgó con la mirada.

—Eres extraño —dijo al fin. Sus ojos volvieron al fuego—. Yo no entiendo esta vida. ¿Escuchaste al que desayunó leche de cabra? Lo hace siempre que puede. Se arrastra entre los animales y se prende a las ubres como una bestia más. Y ha quedado rengo, porque hace un año un pastor lo descubrió y le quebró una pierna a palazos. Ninguno de nosotros tuvo escuela ni templo. No somos hijos del Mandamiento. Quizá por eso no entendemos.

—Yo salí del templo —dije—. Pero tampoco entiendo.

—Será que Dios nos mira con saña.

—Será —agregué, buscando en lo hondo de la noche— que quizá no tenga ojos.

Jeconías giró la cabeza hacia mí.

—No tuve padre ni madre —murmuró—. No los conocí. De milagro estoy circuncidado. Aquí nos dicen “hijos de la cloaca”. Un becerro, una oveja, hasta una gallina tienen más valor que cualquiera de nosotros. No tener padre es lo mismo que no tener destino.

La frase me hundió una lezna en el pecho. Como él, yo no tenía padre, y hasta donde podía entender, tampoco tenía destino. Volví a las cuevas de mi vida. El niño yacía muerto en brazos de su padre. José y mi madre lloraban y hablaban entre ellos, pero yo no entendía sus voces. Había también un sacerdote, un juez. Estábamos rodeados de niños y de piedras. Y de pronto el niño muerto no estaba muerto. Le vi las mejillas temblando al alzar la cabeza. Nos miró a todos como desde el otro lado de la vida, mientras los padres lloraban y mi madre caía de rodillas. El niño me hizo una caricia, y yo sentí con pánico que el frío de su mano ya no era de este mundo.

—Joram quiere tener su destino —dije, tratando de retomar el diálogo—. Lo fragua como un herrero.

El muchacho hizo una mueca.

—En la litera que te mostró —dijo con fatiga— viaja una anciana; según dicen, pariente de la mujer de Herodes. No hay ningún Cilnio, hijo de Rufo —observó mi sorpresa—. ¿Viste a alguien, acaso? La litera sale todas las tardes y va siempre cerrada. Capricho de vieja, cuentan, porque en sus tiempos fue de una gran belleza y ahora no quiere que la vean como un pergamino desenterrado de la arena. Yo lo averigüé. En esa casa no hay ningún muchacho, ni enfermo ni sano.

—Pero si sabes eso... —dije.

Sus ojos me desconocieron un instante.

—Joram pasó las de Caín —murmuró—. ¿Quién puede decirle algo? Cuando era niño vio cómo despellejaban a su padre, lo embadurnaban de alquitrán, lo prendían fuego, lo cortaban en dos a lo largo y colgaban sus mitades en las puertas de Séforis. Y vio cómo violaban y

estrangulaban a su madre. Todo porque su padre se opuso a un nuevo censo romano, que aplastaría con más impuestos a la gente. Él está vivo de milagro.

Séforis. El fuego que la consumió había iluminado durante días un sector del horizonte. Recordé el humo, visible desde el poblado, tiznando el cielo, y los plañidos de mi madre, que alzaba los brazos clamando por la ciudad de sus padres.

—¿Y ese tal Rufo?

El muchacho removi6 las brasas.

—Era el procurador romano de entonces. El que orden6 la ejecuci6n.

Yo rearmé la historia. Me pregunté en voz alta:

—¿C6mo es que lo quiere de padre?

—Quizá solo trate, no sé, de recuperar algo —dijo él—, porque de golpe lo perdi6 todo.

Después de esas palabras, cada uno cay6 en su propio pozo.

Era de noche aún cuando Jeconías se puso de pie y tom6 en silencio el camino hacia Magdala. Yo me recosté en el pesebre y colgué mi insomnio en el cielo. Joram fue una llaga en mi paladar. Lo imaginé tarde a tarde siguiendo la litera, elaborando ese plan insano, nacido del dolor. Me condolí de su deseo, su ciega necesidad de padre, así fuera el monstruo que con tanta saña lo había dejado huérfano. ¿Qué podía esperar de él? No supe, pero pensé que, más allá de la barbarie romana, en alg6n punto no éramos muy distintos. Algo había mutilado a José hasta el silencio, arrebatándomelo; algo había estrangulado la mente de mi madre y me había obligado a crecer buscando padre hasta en la corteza de los árboles.

Cerrar los ojos fue regresar a Efrona. Me dormí. Pero los sueños que soñé fueron sueños de mi madre. En uno había olor a estiércol y a leche agria. Había pastores silenciosos y ruidos de animales. En otro hubo velos rasgados en el templo, temblores de tierra y torbellinos en el cielo. Hubo gente de rodillas y una corona despiadada ensangrentándome la frente. Abrí los ojos. ¿Seguía dentro de mi sueño? Vi demonios con dientes de chacales. Eran doce, y cada uno sostenía a un niño.

—¡Sangre se hará de la inocencia! —recitaron.

La frase de mi madre, en sus bocas, me llen6 de espanto.

—¡Suéltenlos! —dije.

Ellos rieron. Sus doce bocas hablaron al unísono.

—No tienes padre. No tienes ningún poder sobre nosotros.

—¡Fuera! —grité—. ¡Déjenlos!

Ellos volvieron a reír.

—¡Estamos dentro de ti, Legión! ¡No podemos salir!

Vi lo que venía: antes de que comenzaran a mutilarlos salté del pesebre y corrí como un

alucinado hasta la casa de piedra. Grité. Los más pequeños despertaron llorando. Los alcé bruscamente. Los conté. Lo hice tratando de encontrarlos en el orden en que los nombraba mi madre. Pero eran once.

—¿Qué pasa?

—¡Falta uno! —dije.

—¿Qué tienes?

—¡Falta uno de ustedes!

—¡¿Te volviste loco, Legión?! —gritó Joram.

Dentro de mí rieron los demonios.

—¡No digas ese nombre! —le rogué.

Alguien gritó:

—¡Falta Jeconías!

Joram me sacó de la casa.

—¡Supuse que eras un falso mendigo —dijo, dándome un violento empujón—, pero no que eras lunático!

Cerró la puerta. Escuché cuando le ponía la tranca. Ni yo entendía mi arrebato. Los niños estaban bien allí adentro. La pesadilla me había desquiciado. Recordé la noche en que José gimió, sentado en su estera, y luego, súbitamente, se incorporó dando un alarido. No fue de terror sino de guerra. Tenía los ojos llenos de ascuas y arremetió en la oscuridad con un martillo. Lo estrelló contra los muros, contra el piso, lo arrojó a los muebles ante el terror de todos. Luego lloró en silencio, mirándose las manos, y aún llorando volvió a acostarse al lado de mi madre.

Temí que toda esa herencia, algo a lo que solo podía dar el nombre de locura, hubiera comenzado a manifestarse en mí. Decidí alejarme. Hurgué el cielo mientras bajaba la colina. Había algunas nubes que bogaban hacia el oeste, pero, salvo mi mente, todo parecía estar en calma. Sin embargo, a mitad del descenso crucé a un pelotón de soldados que subían la colina. Escuché gritos.

—¿Qué sucede? —pregunté.

—Herodes ordenó acabar con los hijos de la cloaca.

—No sabíamos dónde se escondían, pero uno de ellos los delató.

—Se acabarán los robos y los crímenes.

—Los golpes a las mujeres y a los ancianos.

—Más vale que te vayas. La orden ha sido matar a todo el que esté en esta colina.

Entonces, con horror, entendí. Debí interceder por ellos, pero se me congeló la entraña y comencé a temblar. Con ese temblor convulsivo crucé el bosque. Vi una rama alta bañada por la luna. De la rama pendía una soga. Del extremo de la soga, el cuerpo de Jeconías.

Escuché los gritos. Sin dejar de temblar, bajé la colina.

Vagué como un desahuciado por Magdala.

Llegué al mercado con el cuerpo empapado de sudor. Ya era la mañana y se había corrido la voz de la matanza. Encontré gente que festejaba las muertes, comentando los pormenores del crimen con la misma despreocupación con que hablaban del precio de las habas. Decían que los hombres de Herodes habían rodeado por completo la colina, y que habían arreado a los delincuentes como un rebaño de ovejas hasta la cumbre. Y que allí habían llevado a cabo lo que Abraham nunca completó. Recordé las doce ovejas de mi subida al monte Tabor. Imaginé los gemidos y la sangre de los niños. ¿Jeconías había sido el delator? ¿Por qué lo hizo? ¿El odio a su propia vida, a la vida de todos los hijos de la cloaca, lo había impulsado a la destrucción? Vi mi propia *huida de la sangre en noches de matanza*. La visión del anciano de Betsaida se sumaba al *Sangre se hará de la inocencia* que había vaticinado mi madre.

Pero había algo más que debía agregar a mi pesadilla. ¿Por qué los soldados me habían permitido abandonar la colina? ¿Por qué yo no había sido una de las víctimas? ¿Qué era todo eso? ¿Había algo en mí o en el laberinto de mis sueños que hacía que se cumplieran las visiones? Sentí que mi vida se había despeñado. Yo, quizá el único que había sobrevivido, no supe hasta qué punto valía vivir bajo ese costo ni qué me había llevado a esa colina. ¿Qué clase de mensaje, qué noticia debía serme dada a través de una masacre? ¿Quién había decidido que eso era lo que debía suceder? Y sobre todo: ¿no pude o no quise advertir que todo aquello de los nombres ponía en peligro la vida de los niños? Cualquiera fuese la respuesta, me llevó a pensar en mí con desprecio, y a sentir que la crueldad era la única evidencia indiscutible de estar en este mundo. ¿Me había hecho parte? Esa sospecha me provocó náuseas.

Joram, Jeconías y el resto de los niños se treparon a mi espalda y dejaron sus muertes sobre ella. Magdala, bañada en sangre, me sacaba con violencia de sus calles. Mi mano no recibió monedas sino insultos. “¡Herodes se ha quedado corto con lo de anoche!”. “¡Ahora falta limpiar de pordioseros esta ciudad!”. De pronto la gente había cambiado, como si el olor de la sangre de los niños le hubiera alimentado la crueldad que vegetaba entre sus huesos. Con miedo, pero también con una oscura expectación, deseé que pasaran de los insultos al castigo. Me imaginé bajo una lluvia de azotes, sintiendo que de las heridas brotaba sangre redentora. No sucedió. Solo recibí mofas y un escupitajo en la mejilla. Quizá porque no era un verdadero pordiosero sino algo más bajo, ya que nunca había mendigado invocando a Dios.

Dejé atrás el mercado, crucé el puerto y salí al camino que me llevaba a mi pueblo. Salvo unas aves que mancharon las alturas, no me encontré con ningún ser vivo, y en gran medida resultó un alivio, porque no habría podido soportar una mirada de hombre sobre mí. Los campos verdeaban sus siembras y la llanura lucía como una muchacha lista para una boda. Me pregunté dónde había quedado el cielo que bajaba a lavar las piedras de la tierra. Las de la colina estaban teñidas con la sangre de esos niños. ¿Cuánto tardarían sus gritos de terror, sus llantos, en diluirse dentro del

silencio del mundo? Increpé a lo alto y caminé durante horas. Quería volver, protegerme en la oscuridad de la vida desdichada que conocía. Pero fui un cuerpo despojado de alma, un muñeco con pliegues y articulaciones, que se trasladaba movido por poleas internas a través de la tierra. Una culpa vaciada de perdón. Al atardecer del siguiente día, cuando vi las casas del poblado, mi corazón se encogió. Parecían un sudario blanco extendido sobre la colina. Pude identificar el codo del monte donde la casa de José surgía como un brote de la piedra. Había vuelto.

La indiferencia, la hostilidad de los vecinos serían un alivio después de lo que había vivido.

IV. Nazareth

Subí la cuesta previendo que, como siempre, no me saludarían. Sin embargo, fue evidente que me vieron, porque, pese a no hablarme, cada uno que crucé alzó un brazo y señaló un punto vago en dirección al oeste. Eso me alejó de la calle que desembocaba en mi casa. De brazo en brazo, de señal en señal, fui rodeando el poblado hasta que ralearon las casas y solo tuve delante el faldeo de las tumbas. Recordé al ciego de Betsaida. Entonces comprendí.

—¿Cuál es? —pregunté.

Un brazo me señaló, finalmente, la piedra que sepultaba a José. Allí me detuve. Si hubiera habido llanto en mi vida, si hubiera aprendido a utilizarlo, lo habría derramado en ese momento. Porque el agujero donde yacían aquellos huesos había sido arduamente cavado por mí tiempo atrás, durante un año entero de trabajo. Nunca supe quién sería el dueño. Un día, cuando caminaba cerca del cementerio, encontré un trozo de cuero con un mensaje: *cava una tumba donde veas una marca. Debajo de una piedra roja, semana a semana, tendrás tu salario*. Busqué la marca: era una cruz en el centro de una gran roca. Desconcertado, consulté con José. Como era su costumbre, tomó en silencio una bolsa de cuero de becerro, puso dentro las mejores herramientas y me la entregó. No pregunté quién hacía cavar la tumba ni quién escondía las monedas debajo de la piedra. Sospeché de algún saduceo o un levita que no quería despertar el resentimiento de tanta gente pobre en el poblado. Día tras día horadé la roca, que era blanda y maleable y me guiaba con gentileza a través de sus grietas. Cada cierto tiempo, junto con el pago encontraba una indicación acerca del tamaño o la profundidad. De la bóveda gigante que imaginé en un principio, los mensajes me fueron conduciendo a cavar una sepultura pequeña, de entrada angosta, con un lecho que consideré corto y un nicho donde apenas podría colocarse un osario. Ahora resultaba el sepulcro de José.

—Hace días pasó gente por aquí, buscándote —escuché detrás de mí.

Reconocí la voz de mi madre. No quise darme vuelta.

—¿Gente?

—Pescadores.

La voz mezcló su miedo con el mío.

—¿Qué querían?

—A ti.

El pecho se me derramó como una vasija rota.

—¿Qué les dijiste?

La voz hizo silencio.

—¿Qué les dijiste, mujer?

—Repetí lo que he escuchado. Que debían esperar.

—¿Que debían esperar qué? ¿Quién... quién te dijo eso?

—No sé quién me lo dijo. Fue aquí, en mi pecho.

No me di vuelta. Reproduje de memoria el gesto, los dedos crispados en un movimiento de ascenso que parecía abrir las costillas para dejar al aire el corazón.

—¿Vendrás con nosotros? —preguntó.

No respondí.

—Soy tu madre. Son tus hermanos. Debes venir.

Inmóvil, yo fijé la mirada en la tumba. “Mi madre es esa”, pensé decirle. Después miré las piedras a ambos lados de la entrada. “Esas, mis hermanos”. Pero callé.

—¿Es cierto que está él allí? —pregunté.

—Allí descansa.

—Yo cavé su sepulcro. ¿Tú sabías?

Ella hizo silencio. Por un momento fui el ciego de Betsaida. Escuché el roce de su túnica, su respiración, sus manos retorciéndose. Escuché el movimiento de sus pies sobre el pedregullo, y hasta el descenso precipitado de una lágrima desde uno de sus ojos. Cuando me volví para mirarla, las primeras sombras borraban su silueta.

Permanecí frente al sepulcro hasta que cayó la noche y el frío simuló los brazos de José empujándome hacia la casa. No me resistí. Hice, paso a paso, un camino de preguntas. ¿Supo que moriría y me contrató secretamente? ¿O eso fue un plan para el futuro, una manera de darme trabajo en momentos difíciles, y recién tuvo seguridad la mañana en que me echó de su lado? ¿Por qué me ocultó que era su sepulcro? ¿Para no debérmelo? Volví a verme socavando la piedra. Recordé haberle hecho varios comentarios desdeñosos acerca del anónimo contratista a medida que los mensajes reducían la obra, y el remordimiento me agrió la boca. Me vi el artífice de su descanso, pero, también, el artesano de su muerte. ¿Cómo no estar ahogado de tristeza? Había vivido toda mi vida junto a él, había aprendido el trabajo, los nombres de la madera y el peso de las herramientas en las manos; había imitado sin darme cuenta su modo de andar, de mirar los objetos, de responder con leves gestos lo que no merecía comentarios. Le había dicho padre con la amargura de saber que desde mi nacimiento se me había negado su paternidad. Llegué a la casa. Corrí la puerta con una mano repentinamente vieja. La mesa, los bancos, me recibieron con amable humildad. Me sobresaltó descubrir una estaca clavada en el piso, cerca de la estera de mi madre, y una lámpara, un jarro con agua y un trozo de pan en el rincón donde dormí toda mi vida. Me acurruqué sobre la estera con la sensación de que resultaba pequeña ya para mi cuerpo. Comí, bebí. Madre y hermanos fingían dormir. Sentí sus ojos vigilando mi quietud y los vi apagarse de a poco, vencidos por el sueño. Del otro lado de la habitación, como

un espectro, la túnica vacía de José colgaba de un clavo en la pared. La luz temblorosa de la lámpara hizo que no hubiera diferencia entre esa ropa y él. Era él, vaciado, suspendido para siempre sobre un muro de silencio. Pensé con dolor que una sola vida podía ser tanto o más larga en su brevedad que todos los siglos de la creación. Y volví a ver mi pequeñez en su doble dimensión: vi al niño que fui desde mi nacimiento, y al adulto, infinitamente más pequeño, que velaba en la penumbra. Y me atravesó una vez más el dolor por los niños de Magdala. Vinieron a mi mente también el cuerpo y el calor de Efrona, su ternura, que no podría compartir. Yo no tendría familia como hombre. Después de tanto tiempo la voz del silencio dijo: *Descansa, restaura tu dolor*. Por primera vez sonó tan diáfana y dulce como la caricia de un padre afectuoso. “¿Dónde está?”, le pregunté. “¿Quién es mi padre verdadero?”. “No tenerlo es no tener destino”. La voz del silencio no contestó, o lo hizo a su modo. Mi madre, la mujer de José, del hombre al que le había dicho padre, se puso de pie, murmuró: “Sí, claro”, y comenzó a vagar en la penumbra, entre los cuerpos de sus hijos. Uno de ellos, Jacobo, se incorporó y la siguió con una lámpara, para evitar que tropezara. Ella estaba en su ropa de sueño, y pese a la oscuridad pude ver que el resto de mis hermanos se tapaba los ojos para no ofenderla ni ser ofendidos. Pero yo la miré. Vi tras la llama unos destellos, unos ojos de gacela como los de Efrona. Y en sus pasos inciertos descubrí a la niña que fue, y a la muchacha aterrada de los primeros mensajes y las primeras visiones. La vi por primera vez en su conmovedora fragilidad, y sentí que era como nadie, que era blanda y húmeda como una nube, que cargaba sus aflicciones cuanto podía, y las descargaba, se las quitaba de sí, también, como podía. Una mujer pequeña, frágil, una criatura que hacía años había agotado sus lágrimas y resistía las pruebas de su vida con la fuerza empecinada de las rocas. La escuché hablar en una mezcla caótica de lenguas, como el hombre del viñedo, y enumerar a sus hijos con dulzura, sin mencionarme a mí. Luego, como si despertara, miró al que la seguía. Le sonrió.

—¿La viste, hijo mío? —preguntó.

—¿A quién, madre?

Ella volvió a sonreír. Pero su boca fue una boca fresca, de niña, en ese instante.

—La paloma —dijo, en éxtasis—. La paloma que irrumpió en la casa y se posó en el hombro de tu hermano.

—No la he visto, madre —dijo Jacobo con ternura—. Pero escuché el batir de sus alas.

Yo miré mis hombros vacíos. Y aborrecí como nunca al silencio.

Me alcé antes del amanecer. Aún tenía en lo hondo de los ojos la imagen de mi madre. Había vuelto a soñar con el desierto, pero en este sueño ella y los niños de Magdala se ahogaban en la vertiente que brotaba debajo de mi pie. Salí al descampado otra vez con la sensación del agua en los tobillos, atendí mi cuerpo y bajé la cuesta de la casa, camino del predio baldío que oficia de

mercado. Pensé que ocuparía el lugar de José en la consideración de mis vecinos, por lo que seguramente comenzarían a saludarme. Debí esperar. Aún era noche, y el mercado estaba vacío. Me cruzó un perro pequeño, que olfateó hacia mí, quizá tratando de adivinar si tenía algo de comida, y se echó dócilmente a mi lado. Luego apareció una tórtola; se posó sobre una piedra y, tras picotear un poco a su alrededor, torció la cabeza y me enfocó con uno de sus ojos. Le pregunté al silencio si esta paloma, extrañamente nocturna, tenía algo que ver con la visión de mi madre. Su fina voz murmuró: *Es Espíritu*, pero hasta que se instaló la primera luz del día la paloma solo se despiojó, estiró perezosamente las alas y defecó el suelo. Luego, como si la luz la hubiera despabilado, voló hacia una arboleda. Colgué la mirada en esa dirección, mirando sin ver, hurgando en realidad las sombras que había en mis adentros. Inesperadamente encontré un recoveco donde dormía un recuerdo antiguo: el aleteo de otra paloma en el patio de sacrificios del templo, la claridad del día soleado sobre los muros de piedra y la frase: “Barato te ha salido quedar bien con Dios”. Yo ocupaba mi lugar entre los devotos y miraba expectante al mercader que había hablado, pero el recuerdo volvió a caer en la oscuridad cuando vi salir de la arboleda a un hombre que caminaba hacia mí.

—¿Eres el hijo? —preguntó.

—¿El hijo de quién?

—De José, el carpintero —inclinó la cabeza—. José trabajaba en mi casa.

—¿Eres el saduceo?

Afirmó con un gesto.

—¿En tu casa murió?

Tardó en asentir.

—He venido a buscarte —dijo a continuación—. Quiero que termines el trabajo.

Bajé la cuesta detrás de él. El perro me siguió a pocos pasos. Pese a mis expectativas, una vez más mis vecinos me miraron como si no me vieran, por lo que no recibí ningún saludo. Cuando pisé el cruce de caminos, mi pie derecho volvió a quedar sobre el que desembocaba en el desierto. Me desvié siguiendo al saduceo. Por allí José había caminado cientos de veces, pero no quedaba ninguna huella de él. La casa se alzaba como un túmulo sobre el promontorio. Los exteriores eran de estilo judío, pero al entrar me encontré en un edificio egipcio.

—Muéstrame dónde murió.

El saduceo desvió la mirada.

—No puedo. Al menos no todavía.

—Tengas paz —dije, retrocediendo.

—Está bien —concedió—. Pero dame tu palabra de no revelar lo que verás.

Se la di.

Encendió una lámpara e iluminó un pasillo. Nos detuvimos frente a una puerta.

—Aquí vive mi hermana, Filotea.

Había una escultura, de tamaño natural, de una mujer con cabeza de cocodrilo.

—¿Tienes una hermana que no es judía?

El hombre dio un suspiro.

—No sé realmente lo que tengo —murmuró—. Sé que los dos provenimos del mismo padre y que no puedo abandonarla.

Al abrir, media docena de gatos se enredó en nuestras piernas, frotándose con las colas erguidas. En las paredes de la habitación había una hilera de nichos donde se acumulaban pequeñas figuras: hombres con cabeza de chacal, con cabezas de ave, de carnero o de buey. Mujeres cabeza de gato, de vaca, de hipopótamo o de rana.

—Como sabes, los saduceos no creemos en la resurrección de los muertos —explicó—. Ella renegó de Jehová porque su vida no tendría sentido, dice, si todo acabara con la muerte.

La mujer apareció en la sala. Su aspecto era frágil, enfermizo. Vestía a la egipcia, lino blanco con un fajín rojo, manto sobre los hombros, peluca y la cara descubierta. Quedé desconcertado. Sospeché que los ojos me engañaban. Creí ver otra escultura, del estilo de las anteriores, solo que en vez de cabeza de animal esta mujer tenía la cabeza de un hombre.

—Es el hijo del carpintero —le dijo el saduceo.

La mujer sonrió.

—Te esperaba.

El saduceo la dejó atrás y me condujo hasta el fondo de la habitación. Abrió otra puerta. Vi una réplica en pequeño de un barco egipcio. Vi un sarcófago.

—Aquí fue —dijo.

Miré hacia arriba. No había vigas. Había una pintura representando un cielo estrellado que abarcaba todo el techo.

—¿Es una tumba? —pregunté.

—Aún no lo es, estrictamente.

—¿Cómo sucedió?

El hombre parpadeó varias veces, indeciso, antes de responder.

—Se sentó contra esa pared. Miró las columnas, se miró la mano derecha como si la desconociera y se durmió.

Caminé hasta el sitio.

—¿No lo aplastó el techo?

El saduceo negó.

Dejé los ojos en el lugar. Nada decía a primera vista que José hubiera estado allí. Me senté contra la pared, miré las columnas y me miré la mano. Cerré los ojos. *Estoy en tu muerte, padre*, dije para adentro, y me pregunté si el techo que él había soñado no sería simplemente el hueco techo del cielo. Pensé en voz alta:

—¿Cómo aceptó José trabajar entre estos dioses?

—Aún no estaban cuando él venía. Filotea desesperó luego de su muerte y trajo todo, aunque no estuviera terminada la obra.

—¿Qué falta?

Él volvió a iluminar el pasillo.

—El camino al cielo, según ella.

La frase tuvo olor a mi madre.

—¿Quién está en el sarcófago?

—Es una historia demasiado larga —dijo la mujer, asomándose—, y quizá no sea momento de contarla.

El saduceo me hizo una seña y salimos de la habitación.

—A mí se me hace insufrible pensar que después de esta vida haya otra —dijo—. Acepto lo que me ha dado Dios, cumplo como puedo con la ley, pero quiero que termine.

—¿Entiendes la ley?

El saduceo distrajo los ojos en la sala.

—Entiendo que hay leyes anteriores a las leyes. Leyes de leyes; o si quieres, leyes contra leyes. Dejé mi vida en Egipto porque no quise ser Caín.

—¿Por ella?

Él asintió.

—Imagina una pareja de mellizos. Filón y Alejandro. Se amaban. Se llamaban a sí mismos *Filandro* o *Alejalón*, porque ninguno de los dos se sentía uno sin el otro. Pero después de los doce años de edad, cuando el cuerpo parece atropellar al alma, los hermanos comenzaron a diferenciarse. Alejandro imaginó una vida célibe, de estudio, quizá de sacerdocio. Filón, en cambio, sucumbió al torbellino de su sangre. Empezó a no reconocerse en su cuerpo y a vestirse con ropa de mujer. Se alejó de la casa de oración, frecuentó hombres de dudosa conducta. El padre renegó de él, lo desheredó, lo borró de su vida, y por más de veinte años Filón se perdió de vista. Yo construí mi mundo de estudio. Un día fui llamado a un juicio por la fama de mis razonamientos. Se juzgaba un presunto asesinato. El muerto era un egipcio cuya familia aseguraba que la esposa, que en realidad era un hombre, lo había enamorado con prácticas de hechicería y, luego de veinte años, cuando el hombre ya estaba viejo, lo había envenenado. En la sala vi a la acusada y la reconocí. Filón. Mi hermano hermana. Era una no mujer; era apóstata de nuestra fe; era, quizá, hechicera, para engañar a tanta gente. Mi angustia me cegó. Si una ley la decía culpable, otra aseguraba que mi fallo me convertiría en Caín. De modo que en secreto soborné carceleros y la saqué de Egipto. Hui yo también con ella, ya que en ese dilema cualquier acto, el que estaba haciendo o su contrario, me arrancaría para siempre de mi vida.

—Parecen las historias que entretienen a los griegos —dije.

—Yo lo veo más como una tragedia judía —dijo él—. Al negarme a ser Caín, no tomé en cuenta que, inevitablemente, me convertía en Abel.

—¿Así lo sientes?

—Tampoco tenemos mucho tiempo —se presionó una sien con dos dedos temblorosos—. La salud de mi hermana no es buena. ¿Nos ayudarás?

La voz del silencio clamó: *¡Aléjate!*

—No conozco el camino al cielo —dije.

—No creo que lo haya —respondió él—. Pero ella te indicará.

Sentí una rara piedad dentro del pecho.

Y contesté que sí.

Trabajé durante muchos días en la casa. Encontré las huellas de José sobre los muros y seguí sus golpes, reconociendo el modo en que inclinó el cincel o la astucia con que había superado una grieta. Barrí con delicadeza el polvo que habían dejado sus manos y continué el trabajo perforando la piedra según indicaciones precisas de tamaño, dirección y ángulo, hasta lograr pequeñas aberturas que, desde el exterior, apenas se distinguían en la base de los muros. Cada abertura formaba parte del *camino al cielo*. Por alguna de ellas el alma del difunto debía salir hacia el mundo de los muertos. La voz del silencio, iracunda, golpeaba sus timbales: *¿Por qué me haces ver la iniquidad?!*, gritaba. Yo la desoí. Desoí las menciones a Sodoma, a David y al vicioso Salomón de las setecientas esposas extranjeras. Trabajé preguntándome si, antes incluso de morir, parte de la atribulada alma de José no se habría disgregado de a poco por esas aberturas, con cada golpe de su martillo. Busqué desde esas mismas aberturas alguna señal en el reducido cielo que mostraban, un soplo, una delicada nube que sugiriera el descanso, la paz de ese hombre al que le había dicho padre. Pero solo hallé fragmentos de vacío.

Filotea me habló del peligroso viaje que, al salir de allí, hacía el alma a través del inframundo, hasta el bienaventurado Campo de Juncos, que eran las marismas de Osiris donde brillaban las estrellas imperecederas; y de la necesidad de ayudar al difunto con sortilegios para que el alma se uniera al dios Ra en su lucha contra la maléfica serpiente Apep.

—Tu camino al cielo es algo tortuoso —dije, al terminar los trabajos.

Filotea alzó las cejas.

—Sé lo que piensa un judío —contestó—. Yo lo fui.

—Yo debo serlo aún —agregué—, pero no sé lo que pienso.

Ella explicó que del otro lado de la vida, después del juicio de Osiris, existía el Campo de Juncos, un sitio maravilloso, de cosechas abundantes, donde no se padecían los rigores del calor, del frío o de las lluvias.

—Pero para llegar a él —dijo— hay que atravesar cavernas y montañas y sobrevivir a este monstruo —señaló una imagen grotesca, mezcla de cerdo, cocodrilo e hipopótamo—: el Devorador de Corazones, El que Baila en Sangre.

La frase me llevó directamente a la colina de Magdala.

—Parece que El que Baila en Sangre no vive solo en Egipto —dije.

Filotea arrugó la frente.

—Mi hermano oyó cosas extrañas sobre ti. ¿Qué clase de hombre eres?

—No lo sé. Pero quiero averiguarlo.

—Ten cuidado. A veces la respuesta es capaz de espantarte, a ti y a los que te rodean. No existe un solo orden al que todos debemos atenernos. El mundo tiene más de un centro; hay uno para cada ser, y es particular para cada uno. Y cada centro engendra sus propias leyes, aunque el común de las gentes no lo comprenda. Mírame a mí: un día descubrí que era mujer, pero había venido a la vida en un cuerpo equivocado. Y en medio del pueblo de Jehová.

—Imagino tu tragedia —dije.

—No, no puedes imaginarlo. Fui maldecida por mi padre. Fui expulsada de la comunidad. No me importó. Dios comprendería. A fin de cuentas, yo también era su criatura. Viví en los alrededores del puerto, en las calles de pecado y en los barrios de miseria. La gente capaz de aceptarme no fue, en general, la mejor gente. O quizá sí. —Señaló el sarcófago y quedó unos momentos pensativa—. Hasta que conocí a Filipo. Yo le mostré sin disimulos lo que era. Él me llevó a sus templos. En vez de lapidarme, los sacerdotes me aceptaron y me llamaron Filotea, la Engañosa en sus Formas. Del dios inmaterial de mi familia lo único perceptible era su ira. Y de la ira de ese dios, Filipo me condujo a la bendición de estas divinidades, grotescas en sus formas, pero infinitamente bondadosas. Allí me adoptó la amorosa Hathor, la soberana de las estrellas, patrona de las mujeres, señora de la testuz de vaca. Y la sinuosa Bastet, con sus fulgurantes ojos de gata. Y Heqet, cabeza de rana, y la temible Sacmis rugidora. Todas me recibieron con dulzura. La cuestión criminal fue una patraña de los familiares para quitarme sus bienes. Filipo me dio la esperanza de la vida eterna en el Campo de Juncos, donde juró que me esperaría, con el favor de los dioses. La esperanza es morir, es ir al Campo de Juncos, y allí ser la mujer que no he podido ser aquí.

—¿Te harás embalsamar?

—Por supuesto.

—Pero el cuerpo que llevarás —pregunté—, ¿no seguirá siendo el de un hombre?

Filotea encendió su mirada.

—Hay una casa, en Tebas, donde pueden corregir eso. Los embalsamadores de esa casa modifican el cuerpo, quitan los miembros que no quieres en tu otra vida, fabrican labios y ahuecan un útero donde antes no lo hubo. Luego ponen tu nombre entre las vendas y te dejan lista para iniciar el viaje.

Yo pensé en el Dios de Israel, el Dios de los Ejércitos, el Jehová de ira y de venganza que se presentó a Moisés como: “SOY EL QUE SOY”. ¿Estábamos hechos a su imagen? ¿No poseía en Sí todas las formas, desde el gusano o el chacal hasta el impalpable aire o el vacío de los cielos,

más sus infinitas combinaciones? Si así era, ¿por qué Filotea no sería parte de Él? La voz, áspera y violenta, murmuraba: *No te echarás con varón como con mujer; es abominación*. Pero en lugar de paralizarme, me empujó a pensar en lo que había dicho Filotea. No hay un solo centro, sino uno, particular, para cada ser. El centro de José, clavado en su silencio; el de mi madre, hecho de visiones y delirios. El centro asesino del bandido tuerto, el de Adad, el de su hija, el del hombre con dos voces y el de Efrona, que giraba en el tormento de haber pecado. También estaba el mío, el enigmático centro de alguien que buscaba saber quién era, quién debía ser. ¿Cómo, de qué modo cada uno de esos centros lograba mezclarse con los otros, rozarse aunque más no fuera para configurar un centro aún mayor, que los abarcara a todos? ¿O simplemente éramos ánforas rígidas, estancas, que solo hacíamos un leve ruido al entrechocarnos y cuya única posibilidad de mezclarse entre sí era destruyéndonos?

—¿Puedes volver a Egipto? —pregunté.

—Yo no. Pero le he pedido a mi hermano que, cuando muera, me cubra de sal y me lleve a Tebas. Y que luego me regrese aquí, junto a Filipo.

—¿Y si muere él primero?

Filotea llenó de aire el pecho.

—Estoy enferma —dijo, extraviando la mirada en el sarcófago—, aunque no se note a simple vista. Él me llevará.

Murmuré:

—Quizá le pidas demasiado a un judío.

Ella lo pensó un instante.

—Podrá ser mucho para un judío —dijo luego—. Pero no para un hermano.

Filotea cantó y lloró, rodeada por sus diosas. Desde el centro de su mundo el alma de Filipo partió hacia el Campo de Juncos, luego de una ceremonia que multiplicó conjuros y sortilegios.

Yo habría deseado hacer mi propio camino al cielo a fuerza de cincel y mazo, pero era evidente que en mi centro no había piedras que perforar ni Campo de Juncos adonde ir.

—Estoy feliz por ella —dijo el saduceo. Un instante después me observó con un leve temblor en las mejillas—. ¿Mantendrás tu palabra?

—Nada revelaré —respondí.

Él pareció serenarse; tras un largo suspiro, dijo:

—No nos aprecian aquí. Nos miran con desconfianza y, sobre todo, con hostilidad. Somos “los egipcios”, “los extranjeros”. No nos ven como judíos iguales a ellos.

—Yo he vivido casi toda mi vida aquí, me crie y crecí con ellos, y parece que también soy extranjero.

—Si descubren lo que es, y lo que hace mi hermana...

—¿La llevarás a Tebas?

Él alzó una ceja.

—Filotea peligra aquí. Pero mis actos me han hecho impuro a los ojos de Dios. Si me descubren en Egipto, el tribunal saduceo no tendrá piedad con mis faltas.

—Ellos, no Filotea, serán tu Caín —dije.

Él meditó mis dichos.

—Dicen que puedes lavar los pecados.

Otra vez, palabras de mi madre.

—¿Tú les crees?

El saduceo me buscó los ojos.

—Según mi creencia, no debería. ¿Tú qué dices?

Tomé la bolsa con el pago por mi trabajo.

—Yo no digo —murmuré—. Porque ante esos dichos parece que nací sin voz.

Dejé el dinero en manos de mi madre, pero no pude trabajar más en el poblado. Me levantaba con el sol, bajaba la cuesta de la casa y recorría las calles buscando algo que hacer. Terminaba casi siempre entre las tumbas, perplejo ante el silencio elocuente de los muertos. Me preguntaba cómo sería un sitio bienaventurado para ese hombre al que le había dicho padre. Alguna vez vi un taller ornado de herramientas; otra, lo imaginé dirigiendo aprendices y dedicándose al trabajo del oro y de la plata. Pero por lo común terminaba suponiendo que su bienaventuranza habría estado sencillamente en una eternidad lejos de mí, y de todo lo que yo, aun sin haberlo querido, le había cargado sobre los hombros. Lo mismo me sucedía con el resto de la familia. Mis hermanas evitaban hablarme, con un temor que les agrandaba los ojos y les aceleraba el paso si me cruzaban por el pueblo. Y hubo ocasión en que Jacobo, José, Simón y Judas, mis cuatro hermanos, se alzaron en silencio y salieron de la reunión de oración al descubrirme a mí en uno de los bancos. Entonces regresaba a la casa bien entrada la noche. Allí me esperaba siempre lo mismo, el rincón donde dormía bajo la mirada de todos, la estaca clavada en la tierra, y mi madre. Casi como una ley, en algún momento brotaban escallas del mundo que solo ella veía, porque su descanso era un simulacro, una piel que aparentaba reposo sobre un esqueleto de insomnio.

Una noche, al volver de entre las tumbas, vi que Jacobo se levantaba en silencio, con delicadeza le ataba un tobillo a la estaca y luego volvía a acostarse. Al amanecer, ella simplemente se desanudó el pie, salió de la casa para atender su cuerpo y luego regresó para avivar las brasas del fogón.

—La atas como a un borrego rebelde —le dije a mi hermano en la mañana.

—Así es —respondió.

—¿Acaso no es cruel?

Mi hermano tardó en responder.

—Desde la muerte de nuestro padre, más de cien veces se ha levantado de noche.

—La he visto. Traba las puertas.

—Las abre como si estuviera despierta —interrumpió él—. No creas que no lo intenté. En cambio, con la sogá en el pie jamás buscó desatarse.

—Es doloroso verla.

Mi hermano trató de sonreír, pero torció los labios en una mueca amarga.

—Había dejado de hacerlo, por eso las últimas noches no la ató. Pero regresaste. Y todo volvió a empezar.

—¿Se alza por mí?

—¿Por quién si no?

—También están ustedes.

Mi hermano regresó a su mueca.

—Tú has sido siempre su único hijo en su corazón —dijo—. Nosotros, el resto. Y tú te has ido a recorrer caminos y a que gente extraña diga cosas extrañas de ti, y te busque como si fueras la voz de Dios en la tierra. Ni siquiera tuviste la delicadeza de despedirte de ella. Pero nosotros hemos permanecido aquí, asistiéndola, soportando la mirada del pueblo.

Quise imponerle una mano de consuelo, pero me esquivó.

—¿Qué haces? No eres nuestro padre.

—Trataba de darte alivio.

—No hace falta —respondió—. No solo para ti es dura esta vida, ¿sabes? Nosotros lo sepultamos.

—También lo sé. Y se me ha hecho difícil vivir con eso.

—Sin embargo, nada te ha impedido hacer la vida que querías.

Miré a mi hermano con infinita tristeza.

—Eso falta a la verdad —murmuré.

—¿Qué sabes de nosotros? Siempre estuviste ocupado en ti mismo. Como si fueras el centro del mundo. Nunca hemos sido otra cosa que tus hermanos, así, todos juntos e indiferenciados, como granos en un costal. Míranos, aunque sea una vez en tu vida —su boca rígida armó una mueca de encono—. Mira a Ana y a Salomé, tus hermanas, frescas como flores silvestres y rechazadas por todo varón que se precie; y míranos a nosotros, hombres sanos y buenos ante Dios. ¿Qué tenemos? La burla y el escarnio, la mirada de reojo, el comentario en el mercado.

Pensé en las palabras de Filotea. El mundo podía tener más de un centro, uno para cada ser, pero esos centros no tenían por qué ser ánforas quebradizas, como supuse en algún momento, ni estar incomunicados entre sí; podían entrecruzarse, moldearse y transformarse por efecto del amor.

—Jacobó, hermano, no te ofendas —dije—. Siempre los amé.
—No me ofendo. Solo te muestro lo que no ves.
—¿Qué es eso de la voz de Dios en la tierra?
Él alzó las cejas.
—Corre la historia de que has hecho milagros. Que puedes sanar.
—¿Tú lo crees?
—No lo sé. Dímelo tú. Pero si es cierto, ¿qué esperas para curarla a ella?
—Yo no sé lo que es cierto y lo que no. Y tampoco sé quién soy.
Su mirada me heló con su rencor.
—Entonces a nosotros solo nos queda el recurso de la estaca.

Esa noche, poco después de que mi hermano la atara, a mitad del sueño mi madre se sentó en la estera y permaneció mirando la penumbra con ojos ciegos. Luego habló de un viaje. Lloró la sed y los dolores de su vientre, duro como piedra, bajo un sol abrasador. Le dijo a su marido que el burro era muy flaco y le clavaba los huesos en sus huesos, y que sentía el viaje como una caminata entre antorchas encendidas. Dijo que el polvo del desierto y el sudor le habían tajeado la base de sus pechos. Dijo que los pies querían salirse de las sandalias.

Yo me senté junto a ella. Le tomé una mano.

—¿Qué tienes, madre? —susurré.

Su cuerpo maduro se había aniñado, y se tocaba el ombligo con suavidad.

—Me dueles, hijo —respondió—. Me dueles mucho, aquí, en mi adentro.

—Mírame, madre. Estoy aquí, afuera.

Ella trató de sonreír, pero le ganó la angustia.

—Me da miedo que no nazcas en estos rigores, hijo mío, y al mismo tiempo me aterra pensarte ya nacido.

—Sin embargo lo hice, madre. Nací y aquí estoy.

—Eso es algo que sé.

—Pero es tiempo ya pasado, y tú no pierdes los miedos.

Ella inclinó la cabeza.

—Una visita —murmuró—. Una visita que tuve mezcló los tiempos de mi vida.

—¿Quién te visitó?

—No sé quién. Era algo sin nombre. Pero traía palabras, voces. Me tocó. Fue como si me mordiera la eternidad. Me dejó con algo incomprensible, un presente que incluye todo, pasado y futuro, en completo desorden. He tenido visión de lo que nunca habría querido ver —hizo una pausa durante la que se dio suaves palmadas en el vientre, como si calmara al niño que era yo y que aún no había nacido—. He hablado contigo mucho antes de que tuvieras habla. He visto una

enorme grieta en la tierra, que partía en dos al poblado y luego se extendía a lo largo de toda la Creación. He visto gente colgada de la lengua, por encima de un cieno incandescente. Te he parido cada día de mi vida, aun antes de que nacieras. Y te sigo pariendo, y te pariré. El hombre al que le dirás padre no lo comprende aún, pero lo comprenderá.

Hizo silencio.

Vi por un costado un bulto que apenas se movía. Era mi hermano. Estaba de pie, mirándonos.

Mi madre se secó una mejilla con el dorso de la mano.

—Me he visto en la maduración de la gracia —continuó—, en la Gloria. Sé cómo será. He sentido lo que sentiré, el deseo vehemente de contemplar lo que no se ve, y aun así, aun así, no logro superar este dolor.

Yo la tomé de los hombros y la acosté sobre la estera.

—Madre —murmuré en su oído—. ¿Quién es mi padre?

Ella cerró los ojos.

—Lo conoces.

—No. No lo conozco.

Deseé que pronunciara un nombre, pero ella dejó caer dos lágrimas, en silencio.

—Sigo vagando en tierras extrañas, hijo mío —murmuró después, con una voz repentinamente débil y vieja—; sigo bajo el sol del desierto, como una pequeña planta calcinada.

Quedé en silencio. Jamás la había escuchado confesarse de ese modo, ni despierta ni dormida. Tuve un deseo ardiente. Y mi deseo fue un dolor y una necesidad. Dolor como de hueso mordido, en mis dedos. Necesidad de salirme de mí. Estuve a punto de tocarle la frente, de imponerle una mano de consuelo. Pero sentí los ojos de mi hermano sobre nosotros. Sentí también su miedo, y su miedo se hizo mío. Entendí lo que esperaba. Tenía la vista y el deseo abiertos a todo lo temible. También comprendí que me estaba poniendo a prueba, no él, sino yo mismo. Nunca creí en las visiones de mi madre, pero la muerte de los niños las había colocado en otro sitio. ¿Qué sucedería si eran ciertas? Retiré mi mano, y la sentí como una llama que me subía hasta el codo. Si pese a los muertos de Magdala esas visiones no eran ciertas, con seguridad provenían de su locura; entonces yo no tenía el poder de curar y nada sucedería: mi madre continuaría derramando pesadillas sobre nosotros, algunas de las cuales quizá darían sus golpes en la realidad. Pero si eran ciertas, tampoco, porque, aunque yo hubiera tenido ese poder, solo confirmaría lo que ella sostenía frente a todos nosotros y a los vecinos del poblado: que había recibido en verdad esa visita, y que no había enfermedad ni nada que curar.

Al otro día, Jacobo me esperaba en el camino.

—No has podido dar ni siquiera eso —dijo.

Yo miré el perfil de los montes.

—No he podido dar lo que no era dable.

—¿Qué clase de hombre eres? —preguntó.

—No lo sé. He llegado a los veinticinco años sin saberlo.

—Aquí no encontrarás respuestas. Vete, búscalas en otra parte. Ella está más tranquila cuando no te ve.

Sus palabras me dolieron en lo hondo, como las palabras de José.

—Al menos danos eso —agregó mientras se iba.

Bajé la cuesta con ese dolor. Me sentí devastado.

No busqué nada en la que había sido mi casa.

Marché hasta el cruce de caminos y desvié mi pie hacia el desierto.

V. El desierto

El desierto me bañó con su sudor. Me mostró las dunas y las piedras en una repetición tan constante que las hizo una y un millón al mismo tiempo. Casa de demonios, vi sus espejos engañosos ondulando el horizonte y, sobre ellos, pilares de sombra y pilares de fuego, y a lo lejos los restos carcomidos de una ciudad abandonada, como dientes de una boca putrefacta. Pensé en el futuro del poblado, en Magdala, en Cafarnaúm. Todo era soledad, arena desgranándose en la vida. Las palabras de mi hermano, con su dureza de rencor, como un anatema, me hicieron sentir maldito. Llevaba en la espalda la sangre de los niños y la muerte de José. Por encima, la interminable noche de mi madre me quemaba como brea derretida. La voz susurró: *Prepárate*. Miré al cielo, dispuesto a creer que habría algún mensaje, pero durante horas solo fue un vacío donde nada dejó huellas. Volví los ojos a la tierra y fui saludado por una serpiente, por un escorpión. Crucé por el sitio donde se blanqueaban los huesos del hombre de la cicatriz de fuego y vi un mechón de su pelo ondeando sobre el cráneo reseco, como un pequeño estandarte plantado por la muerte. El sol me cocinó los ojos y colgó sobre mí la sombra vertical de unos buitres, que me persiguieron volando en círculos con sus grandes alas de ángeles y sus cabezas de demonios. La voz del silencio dijo: *Atiende, te vigilan*, y también: *Alaba, te protegen*. Pero yo dejé todo eso atrás, porque eran cosas que aún guardaban ruido en su interior. Quería llegar al silencio, a su fondo, al fondo del silencio que hace más y más silencio. Ver desde allí quién era, quién debía ser en realidad. Y tomé la dirección de las montañas. Un leopardo solitario me guio al desfiladero y me enseñó la caverna. La voz advirtió: *Te muestra el sitio donde te devorará*. Respondí: *Querías verme en el desierto*. Desde abajo, la caverna solo parecía una fisura en la piedra, pero a medida que ascendí fue tomando forma de boca entreabierta. Cuando por fin pisé sus bordes, la boca me escupió a la cara un múltiple vuelo de murciélagos. No me acobardé; en su interior fui por momentos Filotea, frente a las formas extrañas de las piedras, y por momentos el ciego de Betsaida, cuando solo era capaz de ver con los oídos. Llegué a una garganta, después de la cual la caverna descendía en una oscuridad de abismo. De allí emergían aires malsanos, asfixiados por milenios de encierro. Pensé que eran los primeros aires que respiró Adán, aterrado ante el fenómeno inexplicable de ser vida. Entonces supe que había llegado. Sentí que había hogar en la penumbra y consuelo en el silencio; había caricia en la absoluta soledad. Encontré una galería que tenía un manantial, un goteo a través de la piedra, sobre un cuenco que el agua había tallado a lo largo de los siglos. Crecían líquenes y musgos alrededor de su humedad. Y allí dormí. Solo desperté para volver a dormir, y dormí todas las veces con sed de sueño, pero el

único sueño que encontré dentro de mí me tenía durmiendo en una eternidad en la que me soñaba soñando que dormía. Al mismo tiempo, tenía la conciencia de una visita, pero al abrir los ojos solo entreveía las huellas del leopardo alrededor de mi cuerpo. A veces me despertaba el eco de un rugido remoto, como salido del precipicio. Es el leopardo, me decía, y volvía a dormir. A veces su aliento de cazador solitario me rozaba una mejilla. No hubo voz de silencio en el silencio. Sacíé la sed con el agua de la piedra y el hambre con los líquenes y el musgo. Pero al sueño le siguió el insomnio, y el insomnio fue una llamarada cegadora en la noche de mis ojos. Veía mis pensamientos desacomodándose, revolviéndose en la inquietud de esa otra caverna que había dentro de mi mente. Surgían imágenes fantasmales, harapos de recuerdos, dolores que clavaban sus dientes puntiagudos. Entonces me movía endemoniado, contaba mis pasos como un prisionero en una celda. En ocasiones me aventuraba por otras galerías, siguiendo un extraño resplandor. Hallaba esparcidos restos de murciélagos, huesos de animales y excrementos. Son los banquetes del leopardo, me decía, y observaba la luminiscencia que emanaba de sus huellas.

Cuarenta días o cuarenta años, no pude saber cuánto duró aquello. Igual que mi madre, floté sobre un desorden de visiones. Y allí también hubo quietud. Mi cuerpo inmóvil, los ojos cerrados y la mente alerta. No era como no tener cuerpo, sino todo lo contrario. Fue abandonarme a los abismos de mi propia carne palpitante. Fue verme desde afuera, con la mirada ciega de adentro. Vi los ríos innumerables de mi sangre, el bombeo de mis entrañas, la argamasa endurecida de los huesos y la impaciente energía de mis leches esperando detrás de mi miembro para convertirse en vida. Pero estaba fuera de todo. En la tierra podían haberse abierto las montañas, podían haberse evaporado los mares y haber sucumbido los imperios. Yo vegetaba sin noción del tiempo, como un ser no nacido, en una ciénaga de eternidad. Estaba en la nada, pero no era nada; en la más profunda noche del no ser, pero aun así, era. Cuarenta años o cuarenta siglos, como esferas diminutas en lo hondo de mi cráneo, estrellas del tamaño de un grano de mostaza capaces de arder y derramarse dentro de mí como un volcán, como cien, como mil volcanes de lenta e imparable fuerza, hasta que, en un momento, algo cambió sutilmente. Todo fue aquietándose, y alcanzó una serenidad exasperante. Fue otra eternidad. Salí del interior de mí mismo como del fondo de un costal. Y mi adentro se diferenció de mi afuera. El tiempo movió sus débiles luces dentro de las tinieblas y volvió a instalarse en mis pupilas. Sentí los pasos de una araña que se abrió camino sigilosa a lo largo de mi cara. Luego, los aleteos de un murciélago; por último, vi los ojos amarillos del leopardo observándome con su distante indolencia felina. Noté cómo me olfateaba, cómo giraba a mi alrededor, ondulando su larga cola. Sentí, casi sin dolor, que una zarpa me hacía una pequeña herida en el costado derecho. Mi túnica bebió un hilo de sangre y una voz, de pronto, dijo:

—Sangras. Parece que estás vivo, después de todo. Pensé que eras una momia.

El que había hablado era un hombre, pero en la densa oscuridad sus ojos tenían el mismo brillo amarillento del leopardo. Hizo arder una antorcha que me cegó.

—Disculpa —dijo, poniéndola en el piso, detrás de su cuerpo—. Fue sin intención. Es que no me acostumbro a tanta negrura.

Esto no es la realidad, me dije. Volví a abrir los ojos con precaución. Rodeada por el resplandor de la antorcha, su silueta era un recorte de tiniebla.

—¿Qué puede hacer un hombre en estas soledades? —preguntó—. Además de morir.

Pensé, algo confuso, que podía recordar. Los ojos de ese hombre me llevaron hacia el niño muerto. Volví a ver su cuerpo inerte, el hilo de baba que le bajaba hasta las manos. Vi que un hombre como él lo sostenía en brazos.

—¿Tienes hambre? Aquí llevo pan levado —dijo, mostrándome una bolsa—. Tiene sus días, parece más piedra que pan, pero humedecido se puede masticar.

La sola mención del pan me trajo puntadas en el vientre. Volví a sentir, después de tanto tiempo, el olor a las palabras de mi madre. Más de una noche había balbuceado historias parecidas. El desierto, el ayuno, la tentación del pan. ¿Lo había dicho ella, o algo del recuerdo era maleable y se torcía y estiraba bajo los martillazos de mi angustia? La voz del silencio renació diciendo: *Pareces saberlo desde hace mucho*. Me arrastré hasta el manantial. Bebí. Mastiqué unos trozos de musgo. Me sangraron las encías y las yemas de los dedos. Quedé exhausto.

—Sería un milagro que no te despeñaras por los riscos si tratas de bajar en ese estado.

Esto no es la realidad, me repetí. Pero no me dio consuelo porque finalmente recordé: un hombre como él, con el niño muerto en brazos, me gritó *¡Asesino!* frente al juez y al sacerdote. Él pidió las piedras y exigió castigo.

—Créeme. Conozco estas cuevas como la palma de mi mano. Tienes solo tres caminos desde aquí para salir. Uno a la izquierda, otro a la derecha. El tercero no es estrictamente una salida, porque es hacia abajo. Tú verás cuál eliges.

Pude sentir los latidos de mi voz en la garganta.

—Mi camino —logré articular— es el de la soledad.

El hombre sonrió.

—El mío, en cambio, es el de las multitudes, el de las legiones. Me detuve unos días aquí porque amo las cavernas. Ahora mismo voy rumbo a Samaria. Luego a Jerusalén, donde tengo negocios importantes. De ahí, quién sabe: Egipto, Creta, Roma. Me gustan los mercados. Soy comerciante, y de los mejores. Si lo deseas, puedo decir a mis sirvientes que te ayuden a bajar; puedo incluso tomarte a mi servicio, si no tienes trabajo.

Escucharlo hablar de legiones me trajo escalofríos. Me puse de pie.

—Vete —murmuré.

—¿Te quedarás aquí?

—Apártate —le dije—. Tengas paz.

Lo vi alejarse con su antorcha por el camino hacia abajo. La galería volvió a sus tinieblas. Creí

escuchar un maullido, a lo lejos. Volví al silencio, a mi soledad. Pero había despertado. Y ya no había lugar para mí en ese desierto.

VI. El Santuario

Tomé, tambaleante, el camino de la derecha. La luz del amanecer me arrojó al suelo con los ojos desgarrados. Caí hecho un ovillo, de espaldas a la boca de la cueva. Creí que tanta claridad me había dejado ciego, pero de a poco el dolor cedió y todo lo borroso se fue haciendo reconocible. Me vi las uñas de los pies sobresaliendo de las sandalias como patas de ave, las de mis manos como garras y la ropa hecha jirones, con restos de orina y excremento. Me adormecí. Me despertó el tañido de un cencerro y pensé que comenzaba una nueva oleada de alucinaciones. Sin embargo, era un cordero real que me olfateó, me lamió una mano y luego se dedicó a mordisquear una manga de mi túnica. Su blancura me resultó etérea. Le rocé con placer el lomo, pero me retraje al escuchar voces.

—¡Uf, qué olor! ¿Es un buitre?

—Es un hombre pájaro que anidó aquí.

—Eso no existe.

—Entonces es un ángel.

—Podrá ser un ángel, pero huele a buitre.

En menos de una hora estaba rodeado de pastores. Hacia el mediodía, después de ser ayudado en un descenso agotador, me encontraba en un pueblo del otro lado del desierto, sobre la base de un monte que dominaba un extenso valle. Uno de los hombres me llevó a su casa. Con gratitud, recibí comida, baño y vestido. Al cabo de tres días volví a mi forma humana. La gente me llamó El Resucitado, y desfiló frente a la casa para verme.

Le pregunté al hombre dónde estaba.

Me llevó hasta una ventana y esperó a que mis ojos recorrieran el exterior.

—Lo que está en la cima —dijo luego, señalando un grupo de edificios y cisternas— es el Santuario que edificó hace mucho tiempo el Gran Santo. Debajo se formó el pueblo en el que estamos.

Miré con atención las construcciones. Había un muro que las dividía en dos siguiendo el faldeo del monte. Se lo señalé.

El hombre explicó que del lado donde nos encontrábamos vivían los alfareros, los campesinos y tejedores que trabajaban en el valle, los que cuidaban las cisternas, los picapedreros y los que, como él, se ocupaban del ganado.

—¿Y qué hay del otro lado? —pregunté.

El hombre observó el muro.

—La Congregación de los Pobres.

—¿Ellos qué hacen?

—Hacen lo que pueden. Son pobres. —Hizo un gesto ambiguo al comprobar mi sorpresa—. Algunos han quedado allí por reincidir en sus faltas —explicó a continuación—. Otros por escamotear pertenencias o propiedades a la hora de ingresar al Santuario; o por no poder adaptarse a ninguno de los trabajos, o por torpeza, o por incapacidad. Pero no te confundas, aquí todos somos pobres, solo que a ellos se les suma la pobreza de espíritu. Un concejo de asistencia se ocupa diariamente de que no les falte nada.

Su brazo elaboró una especie de remolino ascendente que señaló la cumbre.

—Otro cantar es si te pica ser parte del Santuario. Allí todo se complica. Pero aquí, te ajustas un poco y la vida fluye fácilmente. ¿Qué sabes hacer?

Dudé; luego dije:

—Soy carpintero.

El hombre se llevó las manos a la cabeza.

—¡Alabado sea el Señor! —exclamó, atónito—. ¡Haberlo dicho antes, Resucitado! ¿No escuchaste las actividades que tiene el pueblo? Me oíste mencionar a todos, ¿y no te llamó la atención que en ningún momento nombrara el trabajo de carpintero? Hace un año murió el último carpintero del pueblo. No dejó aprendices. Nadie sabe el oficio. Se elevaron pedidos hasta lo más alto del Santuario. Solicitamos que el Gran Santo orara su plegaria solemne. Según los más cercanos a él, lo hizo hace dos noches. ¡Y aquí estás! Esto deberán saberlo de inmediato nuestros laicos.

Salió de la casa y se alejó calle arriba, en dirección al Santuario.

Yo permanecí frente a la ventana. La frase “soy carpintero” siguió resonándome en la mente, pero no supe qué esperar. Cada tanto, grupos de gente se detenían frente a la casa y señalaban la ventana. La palabra “Resucitado” se elevaba intermitentemente sobre el murmullo general, y me hacía temer que, una vez más, la realidad coincidiera con las visiones de mi madre.

El pastor volvió con doce hombres que, pese a presentarse como laicos, vestían túnicas y mantos de sacerdotes.

Ellos me condujeron hasta el taller abandonado. Bajo el alero del patio había troncos de robles y hayas, un enebro y varios cipreses rectos como mástiles. Adentro me demoré en las herramientas, volví al taller de José y al de Cafarnaúm al recorrer con los dedos la ruda belleza de sus formas. Aspiré con nostalgia el olor de la madera y ansié, como en Cafarnaúm, la benéfica rutina del sudor. Uno de los hombres me mostró los trabajos que el carpintero había dejado inconclusos. Sin pensarlo, mientras me observaban en silencio, encastré la última tabla de una mesa y los estantes de un mueble para guardar pergaminos. Tallé el palo de un carretón y la mancera de un arado. Me sorprendió ver cuánto se parecían mis manos a las manos de José. Por momentos, en lugar de las mías vi las suyas, expertas, deslizándose con autoridad sobre las

cosas.

Los hombres se retiraron a deliberar. Cuando la luna velaba los muros del Santuario yo había concluido y era el nuevo carpintero del poblado.

La noticia de un nuevo carpintero corrió de boca en boca y llenó de júbilo a la gente, pero como me habían llamado El Resucitado, alguien interpretó que el viejo carpintero muerto estaba otra vez en el mundo de los vivos, y cientos de pobladores desfilaron frente a la carpintería para ver con sus propios ojos el milagro. No fue fácil aclararlo. Algunos hombres muy ancianos me recibieron con lágrimas y abrazos creyendo que yo era su viejo amigo; incluso quisieron hacerme recobrar la memoria mencionando episodios de cuando ellos y el difunto eran jóvenes. Desde el Santuario bajó una comisión de sacerdotes que investigó el fenómeno y aclaró la confusión, dictando una ley que condenaba la creencia en las resucitaciones y que se sumó al código de prohibiciones del poblado.

Hice arados, yugos y muebles de todo tipo. Acomodé las horas y trabajé incluso a la luz de las lámparas, para responder a tanto atraso. No conseguí aprendices, porque, pese a la ley dictada, en el pueblo rechazaban la idea de trabajar para un resucitado. Así y todo, yo estaba feliz. El recuerdo de mi madre y mis hermanos se había adelgazado; Efrona parecía una ilusión que yo había vivido alguna vez, hacía cien años. No había dolores en mi pecho. Cuidaba mis herramientas, cumplía escrupulosamente con mis deberes, cobraba mis trabajos con justicia y pagaba las deudas y el diezmo a los sacerdotes. La gente me daba la paz en las calles. Pasaba mis días con honradez y dormía mis noches sin sueños ni demonios. Era el carpintero del pueblo del Santuario, y en muchos aspectos podía afirmar que había resucitado. Los sábados, con tantos recuerdos amargos en mi mente, evitaba las casas de oración y salía a caminar. Veía las canteras y los bloques de piedra sobre los que habían estado trabajando. Me demoraba en las cisternas gigantescas y recorría los graneros. Después trepaba hasta la parte del monte que permitía ver los jardines del Santuario. Tenían un bosque de cedros añosos. Bajo el sol de la tarde el verde oscuro de sus copas era tan intenso que parecía azul, y los árboles se me hacían brotes del cielo aquí en la tierra. Detrás de la muralla apreciaba la biblioteca, el refectorio, las piletas rituales, los edificios de los sacerdotes y el encumbrado monasterio donde residía el Gran Santo. Oí hablar con devoción de la vida monástica, del rigor de sus normas y de la estricta disciplina de estudio que elevaba a los monjes a la categoría de santos. Era una existencia de grandes aspiraciones para el espíritu, resguardada del mundo exterior y sus corrupciones gracias a un complejo entramado de puestos intermedios, como el de los Doce Laicos o el Concejo de Asistencia, que oficiaban de puente y, al mismo tiempo, de barrera entre el pueblo y el Santuario. Alguna vez, cuando la imaginación corría descalza alrededor de mi mente, me veía detrás de esos muros, vestido con el sayo de novicio y cumpliendo el Año de la Justificación, el período previo al

primer acogimiento; luego el Bienio de las Pruebas (durante el cual estudiaría los preceptos y las doctrinas de la comunidad y sería llamado *hermano*), para merecer por fin la Hora del Sagrado Juramento, en que cedería al Santuario todos mis bienes materiales y mi entera voluntad. La voz del silencio desaprobaba estos anhelos, diciendo: *Tienes marca*, pero yo la abandonaba en los cajones del taller, como se deja una herramienta corroída.

Hasta el día en que, volviendo de uno de estos paseos, bajé por el camino que cruzaba la Congregación de los Pobres.

Y entonces todo cambió.

El muro que la separaba del resto del pueblo, de casi diez codos de alto, tenía dos enormes puertas cerradas en cada extremo, con guardias armados. El que estaba al mando me hizo decir mi nombre y mi oficio. Me preguntó por qué quería entrar. Dijo que la curiosidad no era argumento válido, que solo cruzaban esas puertas los enviados del Santuario. Además, agregó, era sábado. Yo estaba por retroceder, pero, sospechando de mis intenciones, el guardia decidió retenerme y consultar con las autoridades. Para su sorpresa, y también la de sus hombres, se le ordenó dejarme pasar. “Parece que tienes privilegios”, me dijo. “¡Entra el carpintero!”, gritó a la guardia, y de inmediato chirriaron los goznes de las puertas. No logré imaginar cuáles serían esos privilegios. Supuse que quizá creyeran necesario mi trabajo en el lugar. Una vez adentro vi la misma disposición tortuosa de calles que en el otro lado. Pero al rato de caminar fue notoria la falta de grandes construcciones y, sobre todo, su mala ubicación. Desde allí no podían verse el valle ni el Santuario, ya que apuntaba a las montañas de donde me habían rescatado. Un solo y flaco canal se desviaba para llenar la fuente, y, en su límite sur, había una hilera de árboles achaparrados, como única valla contra los vientos que soplaban desde los desfiladeros del desierto. No obstante, pese a que era tres veces más grande que el otro lado, lo que más me impresionó fue que parecía un sitio muerto. No había gente en las calles o en las puertas de las casas. Tampoco niños jugando ni animales sueltos. Sin embargo, las chimeneas humeaban. Creí entrever tras un postigo unos ojos que me siguieron, pero quizá fue una impresión mía, que solo sirvió para reforzar la sensación de que caminaba otra vez por el pueblo de mi infancia. Nada me habría resultado más natural que cruzarme con gente que mirara hacia mí como si no me viera. Pero no cruzarme con nadie me dejó atónito. Y cada paso confirmó la idea de que allí lo único que abundaba eran las carencias. Recorrí sectores de casas derrumbadas, vi un minúsculo cementerio y los cimientos de lo que parecía una casa de oración que jamás se construyó. También unos albañales que fermentaban en su lado oeste. La pena me oprimió el pecho al pensar en esa gente, sumergida allí por sus faltas.

A partir de entonces, después de los paseos por la base del Santuario, completaba mis sábados cruzando la Congregación de los Pobres. Los guardias abrían la puerta y yo ingresaba como si

hubiera sido mi lugar. Recorría las calles sucias y ruinosas con la sensación de que en algún momento vería a mi madre o a mis hermanos. Una tarde, al doblar una esquina, encontré a varios niños junto a un basural. Parecieron sorprendidos de verme. Caminé hacia ellos, pero huyeron corriendo no bien di algunos pasos. Me observaron desde otra calle, a casi cien codos de distancia. Cuando llegué al sitio habían vuelto a alejarse, pero se dejaron ver nuevamente en otra esquina, y entonces comprendí que era su modo de guiarme. Seguí sus huellas, doblé y trepé las mismas cuestas hasta que los vi dispersarse en los bordes de la plaza. Allí me detuve. Permanecí más de una hora mirando el cielo vacío, con el sonido continuo de la fuente.

—Eres El Resucitado, ¿verdad?

La voz había surgido detrás de mí.

—Prefiero ser el carpintero —contesté.

Me di vuelta. El muchacho que tenía enfrente era muy parecido a mí. Le vi la curva de las cejas, la nariz aguileña, la forma peculiar del labio inferior. Solo diferían sus ojos, porque eran frescos y lo revelaban más joven. Era una especie de yo, pero sin mis cicatrices.

—¿Qué pasa aquí? —pregunté—. ¿Quién eres?

—No soy tú. Quédate tranquilo. Hace tiempo que te sigo. A mí también me asombró el parecido —sonrió, como un espejo que se hubiera detenido en el pasado—. Y lo que pasa aquí se llama *realidad*.

Volví a estudiarlo. El parecido era extraordinario. Recordé a Joram y su idea de ser igual a Cilnio, el hijo de Rufo. Me hizo preguntarme cuántos seres podía ser un solo ser. Volví a mi vida en Cafarnaúm, cuando algunos me veían en Séforis y al mismo tiempo en Betania o en Betsaida. Quizá no solo había más de un centro, como había dicho Filotea, sino también más de un tiempo y de una existencia para cada uno. Le pregunté su nombre. Dijo llamarse Josué, y la cercanía con mi propio nombre volvió a causarme extrañeza.

—Estoy delirando —dije.

—No. No deliras.

Di una mirada en redondo a la plaza. Terminé en sus ojos.

—¿Dónde están los demás? —pregunté.

Él repitió mi gesto.

—Encerrados. Te temen. Por eso no los ves. Se preguntan, y yo también, por qué te habrán dejado pasar. Además es sábado. El peor día en la Congregación de los Pobres. No tenemos nada que hacer, nada que recibir ni mendigar. Aquí, en lo posible, nadie muere el sábado, porque hasta eso nos está prohibido.

Todavía confuso, murmuré:

—Dicen que es así por sus pecados.

—Por supuesto que pecamos —concedió—. Pero bastante menos que los del otro lado.

A más de doscientos codos, donde el camino ascendía en dirección oeste, vi siluetas que se

agrupaban y parecían mirar hacia nosotros.

—Los del otro lado nos necesitan en pecado constante para sentirse puros —continuó—; nos necesitan mezquinos para experimentar su generosidad. Tenemos que ser pobres de espíritu y mendigos de virtud, para vernos iluminados por sus altos corazones. La regla que debe regirnos, según ellos, es la ausencia absoluta de reglas, porque así pueden considerarnos como ovejas descarriadas.

Las siluetas que nos miraban desde el oeste parecían haberse multiplicado. El muchacho las observó un instante.

—Aquí no hay casa de lectura ni de oración —siguió—, no se celebran matrimonios. Seguramente te dijeron que no nos hacen faltar nada, ¿verdad? Que entran hasta aquí con alimentos. Pero lo que no le dicen a nadie es el gran negocio que hace el Concejo de Asistencia con nuestra miseria. Manejan a su antojo los recursos, el grano, el agua, y hasta la leche para nuestros hijos. Los venden a los pueblos del otro lado del valle y se enriquecen obscenamente.

Hizo una pausa, durante la cual noté que recorría mi cara en detalle, como si comprobara una vez más el parecido.

—Eres el único carpintero del pueblo —continuó—, y nosotros, los únicos que no podemos contar con tu trabajo. Según ellos no necesitamos más que el palo con el que enterramos nuestras defecaciones, y nuestra abulia es tanta que nos regodeamos en la miseria más abyecta, y no nos hacen falta lechos, ni enseres, ni nada. Si nuestras casas se derrumban, tenemos prohibido tocarlas: cada cierto tiempo ellos aseguran que envían a los reparadores. La realidad es que no lo hacen y se guardan los salarios, pero luego todos van hasta los pies del Gran Santo, a recibir su bendición, convencidos de la pureza de sus vidas.

—¿Qué dicen de esto en el Santuario? —pregunté.

El muchacho sonrió con amargura.

—Evidentemente no sabes cómo es. Esto es una cárcel. Nadie de aquí llega vivo hasta allí arriba. El Concejo de Asistencia maneja a los Doce Laicos y a la guardia. La guardia patrulla el interior del barrio, pero además hay espías del Concejo entre nosotros, informando cualquier situación sospechosa a cambio de un poco más de comida.

Lo observé de la misma forma en que él lo había hecho.

—Cuesta creerlo —dije.

Me pidió que lo siguiera. En cuanto comenzamos a caminar la multitud se dispersó corriendo en todas direcciones. Dejamos atrás la plaza y nos internamos por unas calles que se ondulaban siguiendo la ladera del monte. Todo parecía vacío. Recorrimos sectores de viviendas con signos de haber sido incendiadas, según explicó, como castigo a un conato de protesta. Luego me mostró manchas secas sobre unos muros: rastros de sangre, dijo, de un intento fallido de fuga. En el extremo sur del barrio me hizo detener frente a una barda de espinos. Me pidió que mirara del otro lado. Fue como zambullirme en una ciénaga de espanto. Todo ese sector de la ladera tenía

pozos con cadáveres semienterrados. La población, dijo, se mantenía constante gracias al hambre.

Desvié la mirada de allí con dolor de entrañas.

—Pero ¿del otro lado no saben lo que sucede? —pregunté después.

—No nos ven —dijo él, tomándome de un brazo—. Estamos detrás del muro.

Mientras desandábamos el camino, yo me pregunté por el castigo que sufría esa gente, y si ese castigo no era a la vez un golpe que el Santuario se daba a sí mismo. Como si, para infligir tormento, un verdugo aferrara un cuchillo cuyo mango también fuera una hoja afilada, con lo que inevitablemente se heriría la mano. La voz sentenció: *Crea tus piedades*, pero solo logró enfurecerme. ¿Cómo no veían el daño que hacían y se hacían a sí mismos? ¿Cómo podían soportar la idea de que hubiera gente en condiciones tan atroces?

Josué se detuvo frente a un montículo de escombros.

—Esta era la casa de mi padre —dijo.

Alzó un ladrillo y lo estudió con atención.

—La derribaron poco antes de que yo naciera. Como castigo. Mi padre fue uno de los escribas más encumbrados del Santuario. No tenía necesidad de mezclarse con los pobres. Pero entendió que no había justicia posible para nadie en el pueblo si se pasaba por alto lo que hacían aquí. Comenzaron aislándolo en la biblioteca; sin embargo, solo lograron que reforzara su oposición con fundamentos extraídos de los libros de la Orden. Pidió ser atendido por el Gran Santo, pero antes de que su solicitud llegara al monasterio se lo sacó del Santuario, le expropiaron sus bienes y lo recluyeron aquí.

Señaló los escombros.

—Creó una escuela en su casa, para los niños de la congregación. El Concejo de Asistencia ordenó derribarla.

—¿Qué fue de él?

—Alcanzó a tenerme en brazos un par de veces —dijo, arrojando el ladrillo— antes de morir durante una epidemia.

En un instante se me figuró toda la vida de ese joven. Lo vi descalzo, harapiento, sobreviviendo a las enfermedades y buscando comida en la basura como los niños que me habían conducido hasta la plaza. Lo imaginé creciendo con la preocupación, quizá, por una madre frágil o un hermano enfermo, siempre con la muerte planeando en círculos sobre su miserable casa. Un Joram, uno de los tantos hijos de la cloaca que sufrían este mundo.

—El Santuario inscribió la peste en sus anales como la *Justa Ira de Dios en la Tierra*. Pero lo que hicieron se llama asesinato.

Dije con pena:

—Tú no pareces resignarte.

—Logré instruirme en secreto, con lo poco que se salvó de la destrucción de la escuela —hizo

un gesto de negación, mezcla de furia y de impotencia—. No entiendo que haber nacido aquí sea un pecado en sí mismo. Que no podamos tener nuestras labranzas y nuestros animales. Vivimos como muertos.

Permanecí con los ojos en el ladrillo que acababa de arrojar. Me imaginé en su misma situación. Aunque en pie, en muchos sentidos hacía años que la casa de José también estaba demolida.

—Yo podría enseñarte lo que sé —dije, por decir algo solidario—. Pero, ¿cómo saldrás de aquí?

La cara de Josué se iluminó.

—Tú lo dijiste. Yo no me resigno —acercó su boca a mi oído—. Hice un túnel que conduce al otro lado del muro.

Le miré el rostro. Leí sus ojos en busca de verdades.

—¿Sabes dónde está mi taller? —pregunté luego.

Él asintió.

Durante más de diez lunas le enseñé a Josué el modo correcto de usar cuñas para que un tronco se dividiera en dos mitades, y luego en dos y en dos más, hasta ser un cúmulo de tablas. Le mostré las habilidades de las herramientas y le revelé cómo vencer ciertas trampas de la madera cuando parece oponerse al formón con vetas maliciosas. Le transmití el secreto lenguaje del cedro, el del roble y el de la honesta encina del monte Moré. Fui, ni más ni menos, José, el hombre al que le había dicho padre. Usé el mismo silencio y los mismos gestos, y si algo de esa repetición me derramó su tristeza, algo también me hizo percibir la cuota de amor que él había puesto en cada enseñanza. Josué llegaba con la oscuridad, bebía mis lecciones como un hombre del desierto y se escabullía antes del amanecer. Verlo a la luz de las lámparas era verme en el pasado; más de una vez olvidaba que ese muchacho no era el que yo había sido. Le hablé de José, de mi madre y mis hermanos, como si le hubiera hablado a mi conciencia. Él aprendía rápido el oficio. En poco tiempo fue capaz de seguir solo con cierta suficiencia y completó muchos trabajos cuando a mí me vencía el sueño. Pagué las ropas y herramientas antes de lo esperado y comencé a apartarle un sueldo. Aun así, él distaba mucho de verse contento, porque traía consigo sus tormentas y se le derramaban con frecuencia. Hablaba de las filas de hambrientos esperando una ración de víveres frente a los hombres del Concejo. Hablaba de fiebres, de invasión de piojos, de bubones, o del hedor de los cadáveres cuando arremetía el viento desde el sur. “No sé a qué vengo”, murmuraba a menudo, “a fabricar herramientas para los que nos matan”. “Deberías ser herrero, así yo aprendería a hacer espadas”. Tenía un sueño recurrente que le afiebraba los ojos. Se soñaba caminando en medio de un incendio, enormes llamaradas a ambos lados de su cuerpo, que luego se cerraban hasta abrasarlo por completo.

Habría debido entrar en su sueño, como había entrado Adad en el de su hija, para alterarlo y llevarle un poco de paz. Si el desasosiego era su carcoma, yo, el maestro carpintero, no encontré un veneno efectivo contra él, porque, desde que conocí la Congregación de los Pobres me resultó imposible salir de mis propias pesadillas. Pero algo pareció cambiar en su ánimo cuando los Doce Laicos se presentaron con un pergamino proveniente del Santuario, en el que se me hacía un llamamiento para aspirar al sacerdocio. Decía, escuetamente:

1. Debes estar dispuesto.
2. Debes prestar obediencia absoluta.
3. Debes abandonar el mundo.

Había soñado con eso. Pero la realidad de la Congregación de los Pobres también era una carcoma para mí. Me resultaba difícil pensar una vida de reclusión sabiendo lo que sucedía allí. Josué, sin embargo, se llenó de entusiasmo al enterarse. Dijo que el llamamiento explicaba el permiso que me habían dado para entrar. Que nadie mejor que yo para llevar hasta allí la verdad. Habló de la posibilidad de mejorar la Congregación desde el Santuario, de eliminar el Concejo de Asistencia y permitir que fueran dueños de su destino. Su voz hizo renacer el anhelo de mis primeros paseos, y me emocioné con solo imaginarme adentro. Le di el abrazo que José nunca me dio. A la mañana subí la cuesta, traspuse los muros y caminé por el bosque de cedros. Vi los templos, la biblioteca y los edificios de los sacerdotes, los enormes graneros y las bodegas y las piletas para los baños rituales. También el monasterio solitario de la cumbre, donde residía el Gran Santo. Sentí que me fluía una sangre nueva. De todos los puntos del Santuario brotaban prosélitos y novicios, sacerdotes con discípulos y grupos de escribas discutiendo textos. Llevaban las túnicas blancas que los distinguían. Me explicaron que el Santuario estaba dividido en siete recintos, que el camino hacia ellos era siempre ascendente y esforzado, hasta la cumbre de virtud y perfección donde habitaba el Gran Santo. Debí purificarme en las piletas antes de ascender al primer recinto, al que llamaban de las Tentaciones o de la Primera Mutilación, para hablar con el Mayordomo. Se me dijo que esperaban grandes cosas de mí, aunque al principio debiera realizar varias pequeñas.

Reparé puertas y reemplacé columnas carcomidas. Recibí en pago treinta monedas de plata y el título de Hermano Carpintero. Al llegar el invierno cepillé y ajusté las mesas del refectorio, agregué puntales, cambié maderos y pulí los bancos. Supuse que esos eran los grandes trabajos, pero fui llamado nuevamente.

—Esas fueron las siete nimiedades —se me dijo—. Hay más.

Ascendí al siguiente recinto, que fue el de la Segunda Mutilación, donde hablaría con el Guardián. Para mi sorpresa, allí solo llegaban los que estaban pasando el Bienio de las Pruebas, y eran instruidos por los Maestros de Vestido Negro. Reparé aleros, tallé atriles, ajusté tensores y

lustré unos paneles de cedro con cera de abeja refinada. Me dieron celda y cama en el edificio de los sacerdotes y una túnica de Maestro de Vestido Negro. Otra vez supuse que eran los últimos trabajos, pero me equivocaba.

—Fueron tus siete cumplimientos —se me dijo—. Hay más.

Ascendí, después de los baños, al recinto de los Siete Pecados, que fue el de la Tercera Mutilación.

Y todo volvió a repetirse en el nivel de los Siete Cánticos, o de la Cuarta Mutilación. También en el recinto de los Arcángeles, en el Jardín del Séptimo Cielo y en el oratorio al que llamaban de las Setenta Veces Siete. En todos realicé los trabajos requeridos y, para asombro de muchos y de mí mismo, había completado en poco más de un año el largo camino de ascenso, las Siete Mutilaciones, que expresaban el rigor de la disciplina monástica del Gran Santo.

Entonces, una tarde, recibí por fin los rollos de las enseñanzas. Estaba en lo más alto del Santuario. Desde allí, la vasta tierra se veía en plenitud. Tenía a mis pies el minúsculo poblado, el valle y las montañas tan idas en distancia que podía adivinarse el infinito, ampliándose sin freno con un pulso constante. Y del otro lado de la cumbre, como contraparte, la estéril vastedad del desierto. Allí abajo quedaba un pasado confuso y angustiante, algo tan lejano que parecía pertenecer a otra vida. Aquí, por primera vez, creí saber quién era, quién debía ser.

Así, mirando el mundo desde lo alto, con los rollos en mis manos temblorosas, recibí la visita del Sumo Sacerdote. Vino hasta mí y me cubrió bajo el cono de sombra de la mitra que llevaba en su cabeza. Era una figura imponente. Un Moisés de barba ensortijada y voz como basalto. La mitra tenía la misma forma cónica del monte y de sus lados salían ínfulas doradas que bailaban con la brisa. Vestía una túnica hasta los pies y una estola que le desnudaba un brazo.

—Estamos lejos de casi todo lo terreno —dijo—, pero cerca de la santidad de Dios.

—Mis ojos —murmuré— tientan la tristeza que se arrastra allí abajo.

Él miró hacia el pueblo, rastreando el fin de mi mirada.

—Has leído las enseñanzas. Si tus ojos te ocasionan tentación, no lo dudes, arráncatelos.

—Me pregunto, gran maestro, si la ceguera con la que vine al mundo no es anterior, y más completa, que la que puedo ocasionarles a mis ojos.

—Esa ceguera es la que tiene cura —dijo él—. Y esa cura es la que imparte este Santuario.

—¿Puedo ser sincero?

—Es regla inviolable serlo.

Señalé la base del monte.

—He visto mucho dolor allí abajo.

El sumo sacerdote me escrutó de frente.

—He visto al egoísmo parir miseria —agregué—, y a la codicia, amamantar la muerte. Aquí hay riqueza, todo sobra. En la Congregación de los Pobres...

—También tu lengua cae en tentación. Tus palabras, por lo que escucho, atienden más a sus

sonidos que a su espíritu.

—A veces —concedí— se mueven solas en la boca, como si estuvieran dotadas de alma propia, pero no olvidan la piedad.

—Escúchate: ahora mismo te lo están haciendo. Y fue escrito: *Sean pocas tus palabras*. En verdad te digo: no dudes. La duda es la única belleza del demonio, la única arma de Satán. La duda es madre de la mentira y abuela de la perdición.

Hice silencio.

—¿Acaso no ves lo que se espera de ti? —preguntó.

Yo alcé los ojos hasta él, pero seguía ciego.

—¿Por qué crees que se te permitió entrar a la Congregación de los Pobres? Allí abajo pudiste ver lo más execrable de los hombres, para que apreciaras aquí lo más excelso de nuestra orden. Ascendiste hasta esta altura en poco más de un año, cuando solo la mitad del camino demora casi toda una vida de hombre. Se te probó, se te instruyó, se te incitó para el más alto fin a que podías aspirar —hizo una pausa, durante la cual sus labios sufrieron un visible temblor—. Pisarás la cumbre que casi nadie pisa. Entrarás al monasterio. Verás al Gran Santo.

Me pregunté qué era lo execrable y qué lo excelso.

Quise descifrar sus ojos.

Pero solo vi mi oscuridad.

Me purifiqué durante siete meses de absoluta soledad. Fueron también meses de ayuno, de lectura y de meditaciones. Usé el rollo de la Autodisciplina para torcer las ramas de mi voluntad, el de la Abstinencia para liberarme de cualquier escama de deseo y el de la Pureza Corporal para invadir al espíritu desde lo hondo de la carne. Leí y memoricé las enseñanzas, con ansias de ser digno a los ojos del Gran Santo. Descubrí que el último rollo estaba en blanco, porque con ese simple acto se enseñaba que nada en la vida humana estaba concluido, y el Santuario esperaba hacía años la llegada de quien lo escribiera. Devoré el Rollo de las Virtudes, donde el Gran Santo había volcado su sabiduría, y descifré, parábola a parábola, el Rollo de la Santidad, porque allí se hablaba de su vida y sus milagros. Soñé con su consejo y reviví devotamente sus actos, al punto de considerarlo el padre que nunca había tenido. Los sacerdotes comenzaron a llamarme Maestro. Me sentí en el seno de una familia numerosa, cuya cabeza era el hombre sin mancha que habitaba lo más alto del monasterio. Pero fue al leer el rollo de las Caídas en Pecado cuando todo —mi voluntad, mi carne, mi espíritu— se alineó bajo una cascada de piedad y justificación, una especie de baño de luz que se vertió desde la cumbre y que atribuí a la cercanía del Gran Santo. Viajé hacia mí y reconocí las tentaciones del mundo con su innumerable bagaje de ejemplos engañosos. Y viajé también a los hervores de mis músculos, donde el más diminuto vello se erguía sobre la piel como una llama, un ardor intenso que empujaba a ser del todo en el

otro hasta diluirse y ya no ser. Y allí, en mi propio adentro, estaba Efrona, como un espejismo de lo que decididamente habitaba para no ser, pero estaban también mis peores desviaciones, estaban el vicio y la boca ávida de cantar el desenfreno.

También regresé a la caverna y al hombre con ojos de leopardo. Lo vi en su viaje a través de los pueblos, la caravana interminable de camellos cargando los bagajes de orgullo, de avaricia, de ira, de apetitos y de envidia, de cobardías y perezas que iba regando con engañosa magnificencia. Lo vi obrando en los grandes reinos. Daba el rumor al envidioso y la espada al violento. Alzaba la estatua para el señor de la vanidad, el socavón para el cobarde, y llevaba al orgulloso hasta el linaje de los dioses.

El rollo tenía listas de pecados. Pecados por debilidad e ignorancia, pecados por malicia. Iniciaba en el Edén, con la primera desobediencia, continuaba con Caín el homicida, y luego se desparramaba como el Diluvio entre herejes, lujuriosos, falaces, violentos y traidores. Iba al libro de los Nombres, al de los Levitas y al del Desierto y recorría el de las Palabras y las Leyes. Al final volcaba columnas de pecadores y columnas de pecados; desde Adán, cada uno con sus faltas más graves como una piedra en la espalda, genealogías y pecados de cada criatura pecadora que había pisado la tierra, que la pisaba y que la pisaría, porque el libro continuaba escribiéndose sin descanso y se escribiría hasta el fin de los tiempos.

Debí esperar siete días frente a las puertas del monasterio. Esos siete días sirvieron para entender algunas palabras de mi madre, y más que las palabras, los sonidos emitidos por su boca, porque fui hasta el fondo de mi vida, allí donde los recuerdos se disuelven en la bruma de lo que aún no puede pronunciarse. Estuve en mí, en mis impulsos; sentí la leche bienhechora de sus pechos inundándome la boca, el olor a establo de mis primeras noches y la voz estremecida de José, que aún no se había sumergido en el silencio. Las palabras eran solo vibraciones en mi oído, una sensación de vértigo y otra de gozo, a veces alternadas, a veces simultáneas. Yo era un latido puro y desnudo, un alma sin piel absorbiendo sonidos, luces, miedos y alegrías como una esponja marina. Más adelante todo eso se transformó en algo que inauguró mi boca y la boca de mi alma. Me vi como mi madre en la maduración de la gracia. Creí sentir la presencia. Pero lo que a ella la había dejado en tribulación, ese deseo vehemente de ver lo que no se ve, a mí me bañó en esperanza. En mí nació una palabra blanca, una palabra sonora de nívea túnica y aura inmaculada. Y esa palabra fue: PERDÓN.

Sentí el bendito perdón que no es olvido.

El suave perdón que no niega la ofensa.

El perdón libre que no significa disculpa.

El justo perdón que no renuncia a sus derechos.

El perdón severo que no significa superioridad.

El fraterno perdón que obra de igual modo,

tanto en el ofendido como en el ofensor.

No la condonación, no el indulto ni la amnistía, sino un perdón que incluye al pobre pecador por sus faltas y al juez por el rigor de sus sentencias. Porque, a diferencia de lo que había afirmado el sumo sacerdote, comprendí que la única arma del demonio es la certeza, su única seducción sobre el espíritu. La certeza es la madre de la falsedad y la abuela de la perdición. La que niega y rechaza. La que permite errar con liviandad y ser cruel con argumento. La duda detiene los puñales, frena los látigos, calla los insultos. Creer sin dudas, para mí, ya no era fe, sino condenación. Y entonces comprendí. Comprendí que entre las enseñanzas del Santuario faltaba el Rollo del Perdón, y que yo había llegado hasta allí para escribirlo.

Tomé mis días y tomé mis noches. Miraba el pueblo desde la cumbre y me regocijaba pensar que el tiempo de sus aflicciones se había cumplido, que un nuevo reino se instalaría entre las gentes. Que el perdón lavaría de pecados a la Congregación de los Pobres y derrumbaría sus muros, y que ellos perdonarían al resto y al Santuario mismo, sin olvidar ni negar las ofensas, sin liberar de culpa ni renunciar a los derechos que los asistían, sin sentirse dioses magnánimos sino criaturas igualadas en la búsqueda de la concordia. Esa era la Nueva Alianza que pactarían los hombres, no ya con Dios, sino entre ellos.

Mi mano se movió, mis ojos nunca apagaron sus velas, y, finalmente, el rollo terminó de ser escrito.

El Gran Santo, pensé, debió saberlo, porque de inmediato se abrieron las puertas del monasterio para mí.

En el vestíbulo, un monje me entregó una tabla de ciprés y una instrucción escrita sobre cómo debía serrucharla. En el refectorio, otro me dio unas varas gruesas de acacia, y una disposición detallada acerca de cómo doblarlas con forma de canasta. Un pedazo de roble me fue entregado en el locutorio, para que lo desbastara hasta darle forma de baranda. Y en la biblioteca recibí una tabla de morera negra, la más ancha que yo hubiera visto, más un disco redondo de piedra, que debía usar como medida para horadar un agujero en su centro. Si existe la felicidad, yo la tuve en las manos al fin de esa semana. Porque al fin de esa semana crucé la sala capitular y llegué a los claustros, donde un monje me llevó a los últimos baños, me entregó el sayo de Gran Sacerdote y me condujo hasta la puerta de la celda.

Entré emocionado con mi Rollo del Perdón. La celda era más bien una cripta, y la cripta una vasta galería de caverna, con techo abovedado. Busqué al Gran Santo en la penumbra. Pero choqué con un velo que esparció un polvillo violeta al descorrerlo. Seguí avanzando, con los latidos galopándome en el pecho, y corrí un segundo velo, que tiñó mis manos de amarillo. No me detuve, manché mi cara de verde con el tercero; mi túnica, de azul con el cuarto; mis pies, de naranja con el quinto y mis cabellos, de índigo debido al sexto. Con el último velo, tenía los latidos en la garganta, y me manché de rojo al descorrerlo.

Y este que soy, o el que creía, vio algo que al principio no pudo comprender. La penumbra me dejó adivinar una forma suspendida en el aire, una especie de silleta sujeta por cuerdas y poleas al techo de la galería. En la silleta había una masa indiscernible de miembros, un pecho jadeante y una cara monstruosa. Seguí la cuerda y bajé la silleta hasta ponerla a mi altura. Entonces la figura fue completamente visible. Era el Gran Santo, el vencedor de las Siete Tentaciones, el que había alcanzado la pureza. Estaba horriblemente mutilado. Se había arrancado un ojo, siguiendo las enseñanzas de los libros. Se había cortado la lengua, y la mano derecha, y una oreja; le quedaban solo dos dedos en la mano izquierda y, por lo que pude ver, se había cercenado el pene y los testículos. Había combatido las Siete Tentaciones con Siete Mutilaciones. Olía como una piara. Estaba atado a la silleta, su boca abierta era un pozo sin alma y su único ojo flotaba húmedo y opaco en la cuenca como un pez muerto. Le mostré el Rollo del Perdón. Lo tomó con los dos dedos que aún tenía, pero no dio señales de entender lo que estaba haciendo. Su ojo quedó fijo a un costado de mí, y durante un lapso interminable solo vibró en el aire el ronquido de su respiración. Yo desanduve mentalmente mi camino a través del Santuario, reviví las pruebas y el paso por los recintos; la primera, la segunda, todas las mutilaciones, y por fin entendí con horror a lo que aludían. Después miré la silleta. Si hubiera habido llanto en mi vida, si hubiera aprendido a utilizarlo, lo habría derramado en ese momento, porque allí estaban la tabla de ciprés que había aserrado en el vestíbulo y las varas de acacia que había encorvado con forma de canasta; el pedazo de roble que desbasté en el locutorio era la baranda de la silla, y la ancha tabla de morera negra, con su agujero central, era la letrina donde estaba sentado el Santo. Vi caer sus defecaciones por el agujero, vi el montículo de estiércol debajo de la silla.

—La santidad es el infierno —murmuré.

El Gran Santo pareció estremecerse. Su mano mutilada dejó caer el Rollo del Perdón sobre las heces y una lágrima salió de su ojo y se perdió en la caverna de la boca.

Pensé, y pensarlo me llenó de horror, que el mayor acto de piedad sería sacarlo de la vida. Pero le impuse una mano de consuelo, como hacía con sus hijos el hombre al que le había dicho padre, y lo escuché llorar y gemir igual que un niño.

Salí de la celda como un fantasma. Cada sacerdote que vi, cada escriba o novicio me pareció una copia imperfecta del santo mutilado. Tuve náuseas. ¿Eso era servir a Dios? ¿Un sacrificio tan extremo, hasta el punto de perder todo rastro de humanidad, hasta la aniquilación? ¿Qué clase de hombre podía surgir bajo su sombra? Y este que soy, o el que creía, abandonó el Santuario y bajó las cuestas del monte con la sensación de que también se había mutilado. Para mi sorpresa, para mi incredulidad, al atravesar las primeras casas una multitud comenzó a seguirme. Cantaban alabanzas y gritaban:

—¡Hosanna! ¡El bendito! ¡El que viene en nombre del Señor!

—¿Tiene los colores del arco iris en el cuerpo! —decían—. ¡Ha sido señalado!

Los que estaban delante echaban sus mantos al suelo, felices de que no pisara el polvo. A mitad de camino alguien trajo un asno blanco, sobre el que me hicieron montar, para que mis pies no se hirieran con las piedras.

—No he sido señalado —traté de explicar—. No vengo en nombre del Señor.

—¿No? —preguntó un incrédulo—. Es indudable que también lo saben en el Santuario, porque ya saliste con el sayo de Gran Sacerdote.

—¿Y los milagros? —preguntó otro—. ¿Cómo se explica que estando en el Santuario hayas hecho todos los trabajos que te pedimos?

Era evidente que Josué había seguido yendo al taller. Tuve el impulso de explicarlo, pero un pastor tomó las riendas del asno y lo detuvo.

—Yo, Señor, te vi las alas de ángel —dijo.

Lo reconocí. Tenía los ojos encendidos.

—Soy el que te encontró en la caverna; el que te vio echado como un pájaro herido. Yo dije sin dudar: “Es un ángel”, y te llevé a mi casa. Y a partir de entonces mi vida cambió.

Sentí que la pena me inundaba la boca. Frente al taller bajé del asno.

—No me sigan —dije mientras abría la puerta.

La multitud se detuvo, confusa y conmovida. Traspuse el umbral y cerré.

Habían pasado casi dos años desde que salí de allí. Josué estaba visiblemente envejecido.

—Cometí la estupidez de seguir viniendo —dijo al verme— y de hacer los trabajos como si estuvieras aquí. Pero la gente sabía que subiste al Santuario y empezó a hablar de milagros. Muchos acamparon en la puerta, esperando verte. He estado preso, peor que en la Congregación.

Yo me quité las ropas de sacerdote.

—Ponte esto —le dije—. Te seguirán en lo que sea. Di que rejuveneciste gracias a su fe. Cuando te vean, será otro milagro cumplido. Podrás llegar a lo más alto del Santuario y verás que también es lo más bajo. Libera a tu gente.

Me conmovió su perplejidad, su expresión decepcionada al escucharme, su ser tan yo mismo, mientras se vestía. Tomó un hacha de mango largo.

—Romperé las puertas de la Congregación. Acabaré con ese infierno.

Mientras me vestía con su ropa, tuve un mal presentimiento.

—¿Sembrarás justicia o venganza?

—En este caso, son una misma cosa.

Vi en sus ojos el incendio de los sueños. Vi lo que venía.

Cuando abrió la puerta, la multitud entonó un cántico de alabanza.

El desaliento me abatió los hombros.

Esperé a que se fueran tras él y tomé el camino que bajaba al valle.

VII. El Ungido

Crucé el valle como una sombra. Había esperado hallar un padre en el Gran Santo, pero estaba nuevamente en la orfandad. ¡Todo era tan turbio! La gente que me había seguido hasta el taller deseaba un milagro con tal ansia que, por absurdo que fuera, terminaba viéndolo en algún momento. La realidad se ajustaba a sus anhelos más profundos, pero en mí se daba exactamente lo contrario. No había podido vivir una vida de hijo, ni de hombre ni de sacerdote. ¿Qué debía hacer? Como una herida en mi mente, el ojo moribundo del Gran Santo seguía mirando por encima de mí. El Santuario se había transformado en todo lo opuesto a la pureza. Y los libros y enseñanzas del Gran Santo en una mera instrucción para inocentes, para ciegos y mutilados entre altos muros. Era algo insoportable. Solo se me otorgaba el desamparo y la soledad. Me lancé a errar como alguien sin alma. No tenía propósito, no imaginaba un destino. Más de cien jornadas me enmarañaron la barba y el cabello, y el barro endureció mi ropa hasta darle apariencia de cuero sin curtir. Rompí, arreglé y volví a romper mis sandalias, y la tierra fue un vasto hogar sin paredes, con viento y negrura por tejado. Desnudo de saberes, vestido apenas de mí mismo, debajo de las pobres ropas bullía constantemente una pregunta silenciosa. Me preguntaba cuál era mi lugar en el mundo, y en cada sitio al que llegaba me decía: *No, aquí no. Aquí tampoco.* Evité ciudades, poblados y caseríos. Me separé totalmente de los hombres. Aprendí a dominar el hambre y la sed, a servirme de tallos y verduras silvestres, frutos y raíces desconocidos en la soledad del yermo. Desoí la voz del silencio y perdí noción de los días bajo el sol. Envidiaba a los pájaros distantes dibujándose en el vacío, y a las estrellas como partes de un océano infinito en la vastedad de las noches. Lejos de todo vestigio humano, quería perderme, deshacerme dentro de lo inmenso como una estatua de barro bajo una lluvia torrencial. Dejar de ser este nombre y estos rasgos. En una letanía, la voz del silencio enumeraba interminablemente episodios de mi vida. Pero nada de aquello parecía ya pertenecerme. Con el tiempo, todo mi ser fue una negación. Sobre mí, solo la nada; por debajo, el silencio, la máscara del dolor que se amasaba sin palabras en mi adentro y empujaba sin propósito definido a mis sandalias. Al cabo de dos años con el tamaño de siglos, llegué a un pequeño bosque de hayas que elevaba sus copas al cielo como en una plegaria. La frescura de su sombra fue una bienvenida. *Aquí, tal vez,* me dije. Y la idea de descansar, después de tanta errancia, se transformó en una necesidad irresistible. Había envejecido. Quizá no fuera notorio en mi apariencia, pero mi espíritu y mi cuerpo acababan de vivir mil décadas, y me hallaba al borde de la extenuación. Sin embargo, al recorrer el bosque descubrí consternado que no estaba solo. En sus alrededores había unas

modestas chozas. Merodeé el sitio durante algunas horas, convencido de que únicamente en soledad encontraría la paz. Pero, para mi sorpresa, al verme sus habitantes fueron estirando un brazo en la misma dirección, como mis vecinos del poblado, señalándome una parcela libre de malezas. Los gestos fueron una clara invitación, algo que me hizo sentir que había hogar en el silencio. Corté ramas, amasé barro y armé mi propia choza. Alguien me proporcionó una estera; alguien, también, llevó un haz de fuego para que hiciera mi propio horno. Recibí semillas y, con el mismo silencio de mis vecinos, hice el huerto y esperé sus frutos. Al principio creí que estaba entre monjes ermitaños, tal vez huidos del Santuario como yo; sin embargo, pronto deseché esa idea, porque no había libros y tampoco rezos, ni en grupo ni en soledad. Cada uno cavaba su letrina, trabajaba su huerta y cosechaba su comida. No obstante, nada era completamente de nadie y todo era de todos. Aprendí a no sorprenderme si encontraba a uno de ellos en mi choza, quizá dejando o llevándose algún alimento. Aprendí a buscar o a dejar en las otras chozas lo que faltaba o sobraba en la mía. Desnudos de lenguaje, pura existencia, éramos vidas al costado de la vida, fuera del mundo de palabras que desviaba y confundía. Éramos aire en los pulmones, alimento en las bocas, silencios en el pecho. La voz, paulatinamente, fue perdiendo su voz. Y mi vida fue la vida de mutismo de José. El filo de un cuchillo me cortó cada tanto el cabello y la barba. El agua me quitó el aspecto de salvaje. Tardé en conocer a mis vecinos, porque ese silencio enredaba las horas y embrutecía los cuerpos. Pero con el tiempo supe de uno que arrastraba la pierna izquierda como si arara la tierra; de otro que al atardecer hacía interminables nudos con cáñamo y de un anciano que, como Noé, soltaba diariamente una paloma, para verla regresar a su choza con ojos de agobio. No obstante, el paso de los meses me llevó a sentir la calma tanto tiempo deseada, porque ninguno veía nada extraño en mí. Era exactamente igual a ellos, un nadie entre otros nadies.

Cierta mañana uno se armó de un cuchillo y tomó el camino de los montes. Volvió al tercer día con el cadáver de una cabra salvaje sobre los hombros. En esa ocasión todos se reunieron alrededor de un fuego, destazaron al animal y lo asaron en conjunto. Y, por primera vez desde que estaba yo, se permitieron las palabras. No supe sus nombres, pero escuché que se llamaban a sí mismos “los consagrados”.

Con la voz pedregosa, como desacostumbrada de sí misma, pregunté a qué estaban consagrados.

—A los dioses —explicó uno.

El rengo perdió los ojos en el fuego.

—Muerte sacra.

—Podemos ser asesinados sin que haya delito.

—No estamos en el mundo de los hombres.

—Nuestra sangre es de los dioses.

Me hundí en lo que acababan de decir. De cierta manera, había visto eso en la Congregación

de los Pobres y también con los niños de Magdala. De hecho, yo tampoco estaba en el mundo de los hombres. Solo los poderosos, los que eran capaces de establecer sus propias leyes y de decretar quién estaba dentro o fuera de ellas, poblaban ese mundo. El Gran Santo era un ejemplo de alguien que, estando en la cima de lo humano, se había consagrado a sí mismo hasta desaparecer como hombre. Pensé también en los silencios de José, tan parecido, tan arrojado al sacrificio como la gente que tenía alrededor. Sin embargo, fue el recuerdo de una noche de mi infancia lo que me tomó por completo el espíritu. Mi madre estaba echada en su estera y gemía tan desgarradoramente que todos nos alzamos afligidos. Uno de mis hermanos le acarició la frente. “¿Qué tienes, madre?”, preguntó. Ella habló de una espada, describió mi mano empuñándola y atravesándole el pecho. “Una muerte que da vida”, dijo llorando, mientras todos en la casa me observaban con horror. “Una vida que me mata”.

El recuerdo me entristeció. Aun desde el delirio, en el alma atormentada de mi madre también se cometía un crimen que no era crimen, un acto atroz sin delito. Los hombres a mi alrededor siguieron comiendo en silencio. Me pregunté qué hechos serían los responsables de haberlos consagrado, pero no me atreví a hablar. Dejé que las horas se consumieran en las brasas y que los ojos parecieran ebrios de tanto observarlas. Luego de la comida sus historias se fueron deslizando lentamente, alentadas por el fuego y, como la noche en la colina de Magdala, hubo quien confesó haber pecado dentro del templo de Jano, en la mismísima Roma; quien entabló pleito contra su señor y quien, siendo sacerdote, abjuró de un dios que ninguno de nosotros conocía.

—A mí me consagró haber nacido deforme —dijo el rengo.

Contó que su padre era un señor de las montañas de Zagros, en la lejana Media. Al ver su pequeña pierna rígida, lo consagró a los dioses del infierno para que su próximo hijo naciera sin defectos.

—Me metió en una bolsa —agregó—. Pero una esclava de mi madre me sacó y puso en mi lugar un cordero nacido muerto. Mi padre lo arrojó a un precipicio creyendo que era yo.

Hubo un largo silencio. El mundo era verdaderamente pródigo en crueldades. Me pregunté si se sentiría a salvo en el bosque. Su padre había tratado de matarlo. Aunque un ardid lo había hecho fallar, en gran medida mi vecino era un ser muerto. Lo vi abrir la boca y tomar aire como para volver a hablar, pero lo exhaló lentamente y se quedó mirando el fuego con ojos inexpresivos. Algunos vecinos se retiraron a sus chozas. Otros se dedicaron a apagar el fuego. Antes de irse, el más anciano me dijo:

—Tú, siendo judío, solo tienes un dios para tu muerte. ¿Quién te consagró?

Pensé en ese Dios, en José, en un padre ausente.

No pude responder.

Un día la paloma del anciano no regresó. Alguien dijo, en noche de comida grupal, que se estaba preparando algo extraordinario. La idea alteró los ánimos. Mis vecinos comenzaron a aprovechar cualquier ocasión para hablar entre ellos, como no lo habían hecho nunca antes, y tomaron la costumbre de escrutar el cielo en busca de señales. Yo traté de seguir con la vida de siempre. Llevé a las otras chozas lo que abundaba en la mía, cuidándome de las palabras, porque para mí todo allí era extraordinario. Pero me sorprendí tanto como ellos cuando aparecieron unos hombres anunciando la llegada del Portador de la Verdad.

—¡Regocíjense! —exclamaron—. ¡Él es Alfa y Omega! ¡La Palabra Hecha Carne!

Era un pequeño grupo de peregrinos que descargaron sus bártulos y saludaron con la despreocupación alegre de quien ha viajado para asistir a una fiesta. Mis vecinos se miraron entre sí con expresión maravillada y abrieron sus chozas a los desconocidos. Ellos saciaron el hambre y la sed. Casi todos eran galileos, casi todos vestían muy modestamente. Quedé perplejo cuando hablaron de su maestro. Lo llamaron el Ungido, el Hijo del Padre, el Señor de las Puertas Verdaderas. Había que ordenar las cuentas de la vida, dijeron, porque anunciado estaba el fin de los tiempos.

Eran, de más está decirlo, frases familiares para mí. Hice el intento de que no me alteraran, pero la ansiedad estiró los tiempos de manera insoportable. *El Ungido, el Hijo del Padre, el Señor de las Puertas Verdaderas*. Cada una de las palabras que formaban esas frases, cada sonido que las plasmaba, habían sido emitidos en algún momento de mi vida. Y ahora, como con los niños de Magdala, la vida me los arrojaba a la cara desde lugares totalmente distintos a mi casa, y desde gargantas que no eran la garganta de mi madre.

La voz del silencio deploraba mi ansiedad. *¡Ladrones de palabras!*, exclamaba. *¡Noche sin visión, y oscuridad sin adivinación!* Yo la combatí. Le exigí silencio.

—Estos no son los tiempos de Miqueas —le dije.

Horas después, en medio de una curiosidad extasiada, el hombre llegó. Era de estatura alta y hermoso semblante, con una larga cabellera castaña que le bajaba hasta los hombros y una barba rizada del mismo color.

—Bienaventurados los que me sigan —dijo al vernos—, porque yo soy la Luz del Mundo. Soy el Espíritu de la Verdad. Hago el Camino para ustedes.

Mis vecinos y yo permanecemos de pie, sin reacción.

—Vengan a mí los pobres y los necesitados —dijo, haciendo gestos para que nos acercáramos— porque yo soy la Llave del Nuevo Reino.

Me detuve en sus rasgos, sin saber por qué. La gracia se veía derramada en sus labios. Sus ojos claros y vivaces eran una segunda invitación. Pero el estupor hizo que nadie se moviera.

—¡Oh, seres adormecidos! Preparen la tierra de sus almas, abran los surcos de su espíritu, porque yo soy el Sembrador de la Gloria.

Era maravilloso escucharlo, pero aun así nadie cambió la postura.

Entonces él vino hasta nosotros. Alzó su mano derecha y con la palma comenzó a golpear la frente de cada uno, gritando:

—¡Fuera, demonio, de este cuerpo!

El golpe era tan potente que uno por uno iban cayendo sentados a la tierra. Cuando llegaba mi turno, antes de que me tocara dije:

—Señor, no estamos endemoniados.

Él bajó la mano.

—Entonces estaban mudos, y ahora pueden hablar —alzó la mirada al cielo—. Gracias, Padre. Las profecías se cumplen debidamente.

Luego de eso se retiró al bosque a meditar.

Los discípulos permanecieron con nosotros. Narraron el nacimiento del maestro, su origen humilde, su naturaleza libre de pecado y los indicios de santidad y unción con que el cielo había manifestado su complacencia. Repetían las palabras de mi madre, y resultaba imposible no vincularlos al pescador y sus compañeros. Pero, ¿y si era cierto lo que decían? ¿Si era verdad en ellos lo que en mi casa era alucinación y fiebre? Sentí que el mundo del que había hablado Filotea multiplicaba sus centros en una serie interminable. Con algo parecido a la esperanza, llevé mi pie al bosque. Hallé al hombre de rodillas entre dos enormes hayas, como a las puertas de algún sitio que solo él podía ver. Oraba. Un haz de luz, filtrado entre las copas de los árboles, caía sobre su cabeza, donde se dividía en dos la cabellera, y la doraba con reflejos celestiales. Lo escuché gemir, lo escuché llorar y reír y clamar con voz arrobada: “¡En Tu palabra, Padre! ¡Allí anida mi felicidad!”. Él debió oír mis pasos sobre la hojarasca, porque se secó los ojos con la manga de la túnica, se puso de pie y giró para verme.

—Tengas paz —me dijo.

—¿Eres el Mesías? —pregunté.

—Tú lo dices.

—¿Y tú?

—El Reino de mi Padre será de los que creen.

Mi voz sonó insegura.

—¿Qué debemos creer?

—Los ciegos ven, los sordos oyen, y a los pobres les es dada la Palabra.

Otra vez, con sobresalto, presté atención a sus rasgos. Las cejas, la nariz, los labios, eran casi idénticos a los míos y a los de Josué. Sin embargo, se hermanaban en el rostro de manera sutilmente disímil. Era y no era yo. Era y no era Josué. Recordé lo dicho por el bandido de la quemadura. Pregunté:

—¿Estuviste en Perea, del otro lado del Jordán?

En lugar de responder, el hombre volvió a mirar la luz que se filtraba entre las ramas.

La agitación hizo temblar mi garganta.

—¿Sanaste a un ciego en Betsaida?

Su silencio cargado de humildad me pareció una afirmación. Repetí, estremecido:

—¿Entonces eres el Mesías?

—Lo que te he dicho en la sombra —respondió—, repítelo en la luz.

—¿Solo se trata de creerte?

Él ardió mi cara con sus ojos.

—Le digo al hombre sin fe: yo soy el Agua de la Vida, pero también le digo: soy el Fuego del Juicio, y cualquiera que me niegue aquí será negado en su otra hora, porque es voluntad del que habla por mi boca.

Solo faltaba la voz de mi madre.

—¿Hay palabras en ti que no sean las de Él? —pregunté.

El Ungido me observó con desconfianza.

—¿Eres fariseo?

Le respondí que no.

—¿Esenio?

Negué otra vez.

—¿Qué clase de hombre eres?

—No lo sé —dije, sintiendo que repetía esto como una cantilena—. Un huérfano, quizá. Pero quiero averiguarlo.

—Sígueme. Yo soy la respuesta.

Hurgué en sus ojos.

—¿Nunca dudas?

—Nunca.

—Pero hace un instante estabas llorando.

Él desvió la mirada.

—He aceptado la carga, aunque no es fácil llevarla.

La pregunta que hice entonces sonó extraña formulada por mí.

—¿Qué clase de hombre eres?

Él clavó sus ojos en los míos, pero era evidente que no me veía.

—“He aquí con las nubes del cielo —recitó—, venía uno como un Hijo de Hombre, que llegó hasta el Anciano de días, y le hicieron acercarse delante de Él”.

—¿Eres el Hijo del Hombre?

—Yo soy el que profetizó Daniel.

—¿Restaurarás Israel?

—Se ha cumplido el tiempo. Siento clamores de venganza —murmuró.

—¿Hablas de guerra?

—Jehová habló a Moisés diciendo: “Lleva a cabo por completo la venganza de los hijos de Israel contra los madianitas, y después serás reunido con tu pueblo”. Y a mí me dijo: “Haz la caída de Babilonia, el final del tiempo de los apóstatas, prepárate para la gran tribulación, derriba el templo de los corruptos en mi ciudad y edifica uno nuevo en una nueva Jerusalén”.

—¿Esa es la carga?

Él volvió a evadir mis ojos.

—Ha sido escrito. Pero aún no es hora de revelarlo.

—¿Lo viste alguna vez cuando te habla?

El hombre no respondió. Me dio la espalda, se postró entre las hayas y llevó las manos a lo alto.

Yo salí del bosque.

Un ardor desconocido me vibraba en el pecho.

Cuando regresó, el Ungido bendijo los alimentos, compartió nuestra cena y habló de la remisión de los pecados. Advirtió sobre la llegada del Reino y el poco valor que tendría quien no se entregara por completo a la verdad.

Mis vecinos lo escucharon atónitos.

—Señor —dijo uno—. Nosotros no tenemos lugar en este mundo.

El rostro del hombre se encendió en hermosura.

—La verdad de mi boca dice que muchos serán falsos profetas y enseñarán caminos diversos y doctrinas de perdición. Pero Dios vendrá a mis fieles, los que como ustedes tienen hambre y sed, y están afligidos y purifican sus almas en esta vida, y juzgará a los hijos de la iniquidad. Porque yo soy la Madre y el Padre, el Hermano y la Hermana de cada vida. Yo soy el Maná del Desierto Sagrado. Dejen atrás sus posesiones, que de nada sirven allí donde los llevaré. Estarán junto a mí a la hora de mi Reino.

—De eso no hay que preocuparse —dijo otro—. No tenemos posesiones.

Mi vecino rengo se puso de pie, con los ojos en lágrimas.

—Señor, mi pierna está muerta desde que nací. Una palabra tuya y volverá a la vida.

El hombre dijo:

—La verdad de mi boca dice que no está muerta, sino que está dormida. Solo tu fe será capaz de despertarla.

El vecino lo miró a los ojos y comenzó a rezar con fervor.

—Porque el justo —siguió diciendo la Luz del Mundo— vivirá por su fe. Pero cuidado, que también tienen fe los demonios, que han caminado por el cielo y han visto a Dios y se han maravillado con el canto de los ángeles. Aunque es fe que da temblores y condenación.

Las dudas volvieron a mi boca.

—¿La fe es creencia o sentimiento?

El Ungido derramó sus ojos sobre mí.

—La fe de la que hablo es manantial que rompe la cáscara de la piedra y brota para saciar la sed. Porque no solo soy el Agua de la Vida, sino también el cántaro. Y es a la vez movimiento, porque soy la sombra del oasis, y también el camino hacia él.

En sus palabras estaba mi sueño del desierto.

—¿Debemos dejar de ser para ser? —pregunté.

—¡Oh, Padre! —exclamó airado—. ¿Hasta cuándo se regocijarán los impíos que hablan insolencias?

—No he querido ser insolente —dije.

—La verdad es que debes primero llegar a ser ciego, si quieres reconocer la verdadera luz.

—Dejar de ver para ver —dije, pensando en el Gran Santo—. Dejar de ser para ser.

Él caminó hasta mí. Mientras hurgaba en mis pupilas, se dirigió a sus discípulos.

—¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?

—El que bautiza.

—El profeta Elías.

—¿Y quién dicen ustedes que soy?

—El hijo del Dios Viviente. El Agua de la Vida.

—Señor —agregó uno—, esperamos de ti la Verdadera Luz.

—Pese a todo lo que han aprendido —aclaró él, con tono triste—, sepan que aún no son más que conductores ciegos de otros ciegos.

Cada palabra suya pareció quitarme una piedra de la espalda. Mi infancia era un rosario de episodios mezclados con la repetición de sentencias que las fiebres de mi madre habían instalado en nuestro hogar. Con eso ella había levantado un templo en el que yo nunca acepté residir. Ante su vista, mis hermanos y el poblado solo sentían rechazo. Entendí el sueño de José: había muerto aplastado, quizá, por el techo de ese templo. ¿Qué hubo de cierto en sus historias? ¿El viaje? ¿El pueblito de Judea? ¿La estancia en Egipto, de la que nada recuerdo? ¿Esas, entre tantas otras, habían provocado el silencio de José? Una vez me herí la frente, y ella, en un arrebato, llevó algunas gotas de mi sangre a las frentes de mis hermanos, y los marcó como Moisés marcó las casas judías en el reino del faraón, un antídoto vaya a saberse para qué terribles males. “Sangre del Padre y del Espíritu, que a través del Hijo trae sanidad”, murmuró. Recordé las caras de horror y de asco, el infantil espanto de mis hermanos.

—Porque hay señales —siguió diciendo el Ungido— profetizadas en los libros. Pero aquí nadie las ve, salvo aquel sobre quien desciende Su Palabra.

Recordé también las voces de varias mujeres, una tarde que me creyeron dormido en mi estera. “Es más bello que los cielos”, exclamó una de ellas. “Es la inocencia”, dijo otra. Mi madre

agregó: “A veces, cuando duerme, Dios habla por su pequeña boca. Habló de una piedra con siete ojos, los siete ojos de Jehová”. Las mujeres comenzaron a objetar: “Eso ya lo dijo el profeta Zacarías”. “¿Cómo puede decir cosas semejantes si aún no aprendió a leer?”. “¿Tu marido le enseña?”. “¿Estás fabricando un pequeño Aarón, mujer?”.

—Mi Padre hará venir el Reino —continuó el Ungido—, y la tribulación general será el primero de los signos.

Supuse que esas mujeres habían acertado con lo que hacía mi madre.

El Ungido extendió un brazo y todos hicimos una ronda a su alrededor.

—Los fariseos y los escribas son incapaces de comprender las señales de los tiempos, porque sus corazones se han vuelto de piedra. ¿Qué pueden significar las argucias de los saduceos contra la resurrección de los muertos? Ha llegado la hora de la Restauración, el momento en que la Gran Prostituta temblará ahogada en lágrimas, y el Reino entronice a quien, siendo el hijo de David, sea también el señor de David.

Algunos discípulos se hincaron de rodillas y comenzaron una plegaria a viva voz. Sentí que la realidad, por fin, me estaba liberando.

El Ungido acercó su rostro a la luz de una antorcha, y pudimos ver que el extraño brillo de sus ojos no era reflejo de ella. Dijo:

—Tengan paz —y se alejó hacia el bosque.

Seguimos su silueta hasta que se hundió en la sombra.

—Su Padre lo llama —dijo un seguidor.

—En la noche —dijo otro—, el Señor le revela su plan.

Mis vecinos se miraban extasiados.

Yo pensé que el Ungido encajaba mucho mejor que yo como hijo de mi madre.

Los discípulos avivaron el fuego.

—Somos bienaventurados —dijo uno—, porque podemos dar testimonio.

—Una vez fuimos a orar a la montaña junto al Maestro. Y cuando oramos, repentinamente aparecieron dos hombres parados hacia el este ante él.

—Sus cuerpos eran más blancos que la nieve. Sus cabellos eran rizados y brillantes y caían por sus hombros como guirnaldas.

Mis vecinos tenían los ojos muy abiertos, con brillos de llanto.

El rengo, inquieto, se puso a ensayar unos pasos.

—Vimos también un lugar —siguió un discípulo— terriblemente triste, y era un lugar de castigo, y los que eran castigados y los ángeles que los castigaban vestían de negro. Y algunos de los que sufrían allí estaban colgados por la lengua. Y había mujeres que pendían de sus cabellos por encima de un cieno incandescente; y hombres que pendían de los pies y tenían sus cabezas suspendidas encima del fango.

Mis vecinos miraban el fuego con ojos de terror.

“Cieno incandescente”. “Colgados por la lengua”. Todo arrastraba el consabido olor, pero yo me figuré una vida nueva a partir de ese día. Una vida sencilla, lejos de las visiones de mi madre.

Tuve dos sueños esa noche. Soñé con las legiones de Roma. Vi sus águilas y estandartes. Bajaban desde Macedonia y desde Siria como langostas devorando todo a su paso. Sidón, Sarepta y Tiro, y del otro lado, Cafarnaúm y el resto hasta arrasas Samaria entera. Entraban luego por Jericó y se cerraban sobre Judea como las pinzas de un insecto gigante. Todo caía a su paso. El templo era reducido a escombros. En los canales de Jerusalén, rojos de sangre, flotaban miles de cadáveres.

De ese sueño desperté en soledad.

“¿Por qué tengo estos dolores?”, pregunté. Durante un instante no supe si era la voz de mi madre que llegaba de algún modo hasta mí. La recordé tocándose el vientre, atada a la estaca. “¿Por qué tengo estos dolores?”, repetí. Desde el hueco de la chimenea se colaba un fragmento de cielo. Tenía forma de ojo. Bajo su mirada volví a quedarme dormido.

Soñé otra vez con mi pie en el desierto. La vertiente quebraba la arena bajo mi sandalia y anegaba la tierra. Pero no era solo el mar de Galilea, sino todos los mares. Las aguas lavaban el llanto de los afligidos y la sangre de los asesinados, y así como habían corrido las legiones por el mundo, así corrían y llegaban hasta Roma. Sin embargo, allí se teñían de sangre. Había despojos de cuerpos flotando. Yo gritaba, consciente de que mi pie era incapaz de detener la inundación.

De ese sueño desperté, y el resplandor de la luna me reveló que no estaba solo. Delante de mí, el Ungido permanecía inmóvil, con ojos agitados por la angustia. Tenía embarrada la túnica, y en su cabellera había palillos y hojarasca del bosque.

Me incorporé en la estera, el corazón golpeándome el pecho.

—Sé quién eres —murmuró él—. He llegado hasta donde no hay más que la verdad, y allí te vi.

Me puse de pie.

—No sé si existe un lugar así —dije.

Él acercó su cara.

—Estabas allí, tanto, que te habías transfigurado. Ya no eras tú.

—¿Quién era, entonces?

Él bajó los párpados.

—El Hijo.

—¿Yo era tú?

—No —murmuró, abatido—. Tú eres la Luz del Mundo. Yo no seré más que lo que soy.

—¿Tampoco ahora dudas?

—Tampoco.

—Pero Dios te ha hablado a ti. No a mí.

Él tomó aire con trabajo.

—Haberle dicho Padre no ha sido suficiente.

Eso mismo podía decir yo de José.

—Para mí no lo es pensarme hijo.

—Sin embargo, eres tú su hijo amado. Solo en ti se complace.

Sentí que se me anudaba el vientre.

—Has perdido la razón.

Él observó el cielo, en la chimenea. Luego suspiró.

—He perdido el paraíso.

—¿Hay algo que pueda llamarse así?

—Tuve visión de la Gloria —respondió—. Salí a los caminos a predicar Su palabra. Dormí en cuevas. Convoqué multitudes a lo largo y a lo ancho de toda Galilea, formé a los hombres que me siguen y me gané el odio de fariseos y escribas. Fui escupido, insultado, hostigado. Debí esconderme. Debí evitar las ciudades. Pero me sentía el fruto de las profecías, dispuesto a todas las tribulaciones, todos los sacrificios para instaurar su Reino. Todos salvo este, de ser negado por Él.

—Pero has hecho milagros —dije, en un intento por refutarlo—. Tus discípulos han visto ángeles junto a ti.

Hizo una pausa, durante la cual su cara reflejó más amargura que pena.

—Ahora comprendo tus palabras —murmuró—. Dijiste: “Dejar de ser para ser”. Dejarás de ser el huérfano que fuiste para ser el Hijo, el Cordero del Padre.

—Deliras —respondí—. Sigo siendo ese huérfano.

Negó con la cabeza.

—Si hay alguien huérfano en esta hora, soy yo. A tus pies deposito mis congojas. Iré donde tú vayas.

Su voz fue un dolor en mi oído.

—No iré a ninguna parte —murmuré.

Por un instante pareció que trastabillaba.

—No solo el Padre, también el Hijo me repudia.

Cómo explicarle que no era hijo de nadie. Dije:

—No te repudio. Te hago dueño de tu vida.

Hizo una larga pausa. La luna me mostró sus ojos húmedos, perdidos más allá de mí.

—Sin padre no puedo sufrir este mundo —dijo después.

Yo también podía decir esa frase. Sentí el impulso de abrazarlo, pero en cuanto me moví él retrocedió hasta la puerta de la choza. Noté que sus labios temblaban.

—Tengas paz —me dijo.

Lo vi salir y perderse en la sombra.

Me derrumbé en la estera. Estuve un rato inmóvil. Sentí miedo. Por mi mente pasaron las visiones de mi madre. Quizá sin darme cuenta, yo había aprovechado el “vete” de José para evadir el destino que ella me arrojaba encima desde mi nacimiento. O quizá el propio José, al expulsarme de su lado, al enviarme al mundo, a su modo había pretendido salvarme de él. Ahora el Ungido, el que había declarado su misión como Mesías, me acababa de señalar también ese destino. Y el mundo al que había sido lanzado por José me volvía a llevar a él. ¿Debía creerlo? ¿Yo era la Luz del Mundo? ¿Había dejado de ser el huérfano para ser el Hijo? ¿Ese Hijo? La voz del silencio murmuró: *Ríndete*. Sentí un hormigueo en los pies y en las manos, y espasmos y sacudidas, como si me hubiera atacado una fiebre súbita. Me bañé en sudor. Recorrí en la memoria los libros de Daniel, de Miqueas, de Isaías. Conocía la palabra de todos ellos, pero la palabra de Dios, Su Verdadera Palabra, nunca había habitado en mi espíritu. Y entonces, ¿qué podía predicar?

A la mañana me alcé como una sombra de la estera.

Los discípulos recorrieron las huertas y el bosque buscando a su maestro.

—Se ha ido —dije.

La noticia los tomó por sorpresa. Luego del estupor, los escuchamos debatir. Hablaron de separarse para buscarlo. Unos irían a la montaña de Neftalí, otros a la de Efraím y otros a la de Judá, en Hebrón. El resto se dividiría entre Bosor, en el desierto, Ramot Galad y las alturas del Golam.

—Síguenos —me dijeron.

Negué con la cabeza. Levanté la mano.

—Tengan paz —les dije.

Los consagrados se dispersaron como semillas en las seis direcciones.

Me interné en el bosque. Caminé hasta las dos hayas y me hiqué como había hecho el Ungido. Miré las copas meciéndose, consciente de que la luz no caía sobre mí como un baño celestial. La voz del silencio dijo: *¡Alaba, en tu hora plena!*, pero no supe cómo. No tenía palabras para eso. *Eres su hijo amado. Solo en ti se complace*. El Ungido guardaba mucho más dolor que el que pudo salirle de la boca. Había estado allí mismo ardiendo en el fuego de su fe, de su devoción, de su entrega al sacrificio. Había clamado en éxtasis: “¡En Tu palabra, Padre! ¡Allí anida mi felicidad!”. ¿Y el Padre, esa misma noche, lo había rechazado? Me vi pequeño, trabajando junto a José, y comprendí que ante él siempre me había sentido culpable. Con la mirada en el cielo, murmuré: “No tener padre es no tener destino”.

¿Y ahora qué debía hacer? Estaba entre las dos hayas pero seguía vacío. ¿Debía creer? Una noche mi madre gimíó: “¡Le has hablado a Abraham, a Moisés! ¡El trueno de tu voz los trepanó

hasta el tuétano! ¡Entonces, ¿por qué iban a dudar?! ¡Háblale, susúrrale, murmúrale!”. Quizá debía amarlo, pero ¿puede hacerlo alguien que nunca se sintió amado? Tal vez era algo que debería aprender.

A partir de entonces fui diariamente al bosque. Me mantuve hincado entre las hayas, esperando. Elevé oraciones y ruegos, y lo llamé de las cien maneras que me eran conocidas. Hasta que un día volví a mirar el cielo y sentí el absurdo abochornándome la cara. Todo me pareció tan grosero que me alcé, abandoné la choza y vagué otra vez a campo traviesa con un pan en la bolsa. Mi único propósito fue escapar de mí errando, con la esperanza de que en algún momento me perdiera a mí mismo, como se pierde un objeto sin valor. Ser solo un alma ausente, rodando entre las piedras, sin destino de Gloria ni de Reinos. Mi madre y José me habían hecho nacer en Belén de Judea, en razón de un censo romano que los obligó a desplazarse al poblado natal de José. Pero entre las gentes de su misma edad nunca nadie pudo darme prueba de que se hubiera realizado ese censo, ni que fuera obligatorio inscribirse en el pueblo donde se había nacido. Solo a ellos los alcanzó esa orden. ¿Voluntad de Dios o parte del delirio de mi madre, que mil veces recitó: “Belén, Efrata, de ti me saldrá el que será Señor en Israel?”. ¿Qué agua envenenada había bebido para que todo la llevara al espejismo de entronizar tan locamente a su hijo? Sentí pena no solo por ella y por José; también por el Ungido y por todo el pueblo de Israel, porque desde el Génesis su trágica historia estaba herida con esa misma locura.

VIII. El milagro de la natividad

Anduve más de un año entre valles y montes. Trabajé en campos y en un caravasar, limpiando el estiércol que dejaban las caravanas. Pero recorrí casi toda Galilea como el alma ausente que me había propuesto ser, y la sentí huérfana y hermana en su miseria. Por todas partes corría el hambre y la necesidad, siempre a lomos de la briosa injusticia. Al sur de Naim, donde esta región penetra como una lanza en Samaria, llegué a unos prados con deseos de detenerme. En las cercanías había gran número de soldados de Herodes, y caballadas, y la chusma de mercaderes que siempre rodea a los ejércitos.

—Vete de aquí —dijo uno—. ¿No sabes que aún hay guerra?

No lo sabía. Debí salir del llano y trepar hasta unas alturas donde se habían refugiado muchos pobladores. Todos observaban el valle. Allí varias columnas de humo se elevaban hacia el cielo, como pilares de un templo sin techumbre. Supe con desánimo que era el valle del Santuario. Una cohorte romana estaba incendiando lo poco que quedaba del pueblo. Oí que dos años atrás los pobladores se habían rebelado, liderados por Josué, y que los sacerdotes sobrevivientes habían huido a Tiberíades buscando el auxilio de Herodes. Alrededor de Josué se habían tejido cientos de historias. Se dijo que Jehová guiaba su lanza en la batalla, que manejaba los vientos y obraba milagros entre los que lo seguían. Que su palabra encendida venía directamente del cielo y que implantaría un nuevo reino en Israel. Pero también escuché que había hecho asesinar al Gran Santo y abandonado a los pobladores a la crueldad y el salvajismo de sus tropas. En el aspecto militar todos coincidían en que la rebelión había sido un desastre. No pudieron contra la feroz maquinaria de Roma. Los pocos que aún resistían se habían refugiado en las montañas del sur, pero el grueso de sus hombres ya había sido muerto o tomado prisionero. El remordimiento me atenazó la garganta. Yo había propiciado este desastre al darle mis ropas de sacerdote a Josué, había visto el incendio en sus ojos aquel último día, pero lo único que anhelaba era irme porque mi corazón también se había mutilado. ¿Qué hubiera sucedido si en vez de escapar del Santuario permanecía allí, o en el pueblo, desnudando las bajezas de los sacerdotes y exhibiendo las grandezas de los humillados, con mi Rollo del Perdón como espada?

Me sentí perdido. En las montañas me uní a un grupo de viajeros que cruzaban rumbo norte siguiendo el curso de una quebrada. Parecían peregrinos marchando a cumplir con sacrificios en el gran templo, de no haber sido que Jerusalén estaba en la dirección opuesta. Debimos retrasar la marcha a distancia prudente del camino por una cohorte romana que regresaba hacia el este. Iban desplegados con caballería por delante y por detrás, como si esperaran encontrar al enemigo

en cualquier momento, y en el centro trasladaban con cadenas a más de un centenar de rebeldes. Entre la multitud que huía de la guerra, me llamó la atención una mujer sobre un caballo. Tenía una larga manta encima de los hombros que le cubría todo el cuerpo. Le pregunté al silencio si era Efrona. Reconocí en mi pecho lo vivo que aún estaba su recuerdo. El día que la mujer se desprendió del grupo, al fin de la quebrada, mi pie siguió las huellas de los cascos. La veía sobre las ancas del animal, enfrentando los obstáculos del terreno, y la ansiedad me llenaba de impaciencia. Durante semanas su ruta fue mi ruta, fuera adonde fuera. Y cuando la perdí de vista en un cruce de senderos la angustia me quemó la cara como un viento helado. Avancé y retrocedí varios días, buscando las huellas del caballo. Otra vez estaba solo. Tuve un dolor agudo en el pecho y la seguridad de que, al perderla, había perdido también el camino. Comí un poco de pan junto a una cascada; repasé lentamente mis últimas tristezas. ¿Por qué ser carpintero en un pueblo, tener vecinos, mujer, criar hijos era imposible? Cerré los ojos, harto de mi propio hartazgo, y vagué por las marismas de mi mente hasta quedarme dormido. Vi en sueños la ladera del monte Moré, al que mi madre, sin saber el motivo, llamaba Hermón. En su base, la pequeña aldea de Naim. Había una casa en la aldea, y dentro de ella una viuda con su único hijo. Yo compartía la estera con ella y me hacía padre del niño. Era el carpintero de Naim. La viuda me esperaba con una olla humeante al final del día y, en la oscuridad, con el deseo entibiándole la piel. Yo me alzaba al amanecer, bebía un tazón de leche y salía al camino desde donde podía verse el monte Tabor. La gente me deseaba la paz. Muchos entraban a mi taller. Allí reparaba una puerta, discutía el precio de un sillón de cedro y tallaba la última columna del dosel de un hombre rico. Si existe la felicidad, sé que la soñé esa tarde. Pero fue un sueño fugaz, porque un ruido lo diluyó rápidamente en la vigilia. Desperté, y aunque tenía los ojos abiertos creí que seguía soñando. Era el caballo. Bebía a pocos codos de mí. No vi a la mujer; sin embargo escuché:

—¿Por qué nos sigues?

—Creí —dije, sin ubicarla aún— que eras alguien a quien conocí.

La mujer salió de detrás de una peña, envuelta en su manta.

—¿Qué te hizo pensarlo?

La pregunta puso al desnudo mi deseo.

—Tu soledad.

Ella se acercó al animal. En un descuido, al tomar las riendas dejó caer la manta. Su ropa reveló una preñez avanzada.

—Como ves, ya no puedo montarlo sola. No nos vendría mal la compañía. A no ser que seas bandido.

El caballo pisó nervioso, como exigiendo una respuesta.

—No soy bandido —dije.

Ella puso los ojos en las montañas del oeste.

—Me llamo Naama. Voy hasta una aldea más allá de Haifa, y no soy rica, pero puedo pagarte. Recordé la respuesta de Efrona cuando le ofrecí el denario. Alcé la manta, le quité el polvo y la acomodé sobre sus hombros.

Sentí el peso de su cuerpo cuando la ayudé a montar.

Cruzamos los cerros y el sur de la llanura de Esdrelón. Hubo extensas jornadas de marcha, marcadas por el paso del caballo y los agobios de vientre de Naama. Ella era su silencio. Yo, la posibilidad de que atravesara sin peligro los desfiladeros. La veía envuelta en la manta y un pozo de anhelos me contaminaba la sangre. Pero jamás le pregunté quién era el padre de su futuro hijo ni por qué estaba en travesía. De noche, un fuego nos entibiaba y comíamos mirando las llamas con los mismos rostros ausentes de los consagrados. Los vientos de altura eran tan hirientes que ella se acurrucaba junto a mí para recibir mi calor. El roce de su cuerpo me llevaba a Efrona; en ocasiones provocó que mi miembro se hiciera rama con abrupta decisión. Más de una vez derramé mis leches en la tierra. Ella debió saberlo, y aun así acercó su olor a mi cuerpo y rozó mi piel con su aliento. Quizá, pensé con aflicción, comprendía como nadie mi soledad. “Eres hombre”, me decían sus gestos cada noche. “No puede lucharse contra eso”. Y con el transcurso de los días fui sin darme cuenta igual de hombre que José. Lo vi en mis propios pasos, mientras, camino de Judea, él guiaba al animal con mi madre sufriendo los rigores del camino; lo vi cuando yo masajeaba con agua fresca los tobillos hinchados de Naama y escuchaba en silencio las quejas de su cuerpo.

Supe que estábamos en Siria porque alguien nos informó que bordeábamos el monte Carmelo. Mi madre predijo una vez que yo encontraría las doce piedras del altar de Elías y la caverna donde Dios le habló como una suave brisa. Pero no sería con seguridad esta vez, porque no tuve intención de subir. Me bastó el desorden silvestre que brotaba en sus alrededores. Había árboles frondosos y senderos de sombra por los que nos fue grato transitar. *Tener la hermosura del Carmelo era ser bendecido de verdad*, recité, con el ánimo alegre, haciendo sonreír a Naama. Y el elogio de Salomón a su amada: *Tu cabeza erguida, como el Carmelo* me llevó otra vez hasta Efrona. Decidí que no terminaría mi vida sin encontrarla. La imaginé conmigo, llamada por mí con otro nombre, para dejar sepultado el repudio de su esposo. La buscaría al regreso de ese viaje y le haría comprender que nunca habría pecado entre nosotros. Solo habría una vida fuera del dolor.

Supe por los vientos que detrás del Carmelo se encontraba el mar, pero también, con repentino pavor, que Naama pariría cuando vi caer el agua de su vientre. No hubo tiempo de buscar mejor refugio que una modesta enramada junto a un arroyo, al pie de las estribaciones. La bajé del caballo y la acomodé sobre las mantas. La vi desde sus piernas, en su adentro. Cada gemido entre sus pujos sacó a la luz algo de mí. Me conmovió que la primera experiencia humana fuera el

trabajoso sufrimiento de surgir. Me apenó la soledad de Naama, el trance de su pequeño cuerpo desgarrándose. Cuando llegó el momento, mojé mis dedos en su agua y sentí cómo, en un derrame repentino, un pequeño pez rojizo cayó sobre mis manos, se hizo reptil tembloroso y al fin gritó y lloró como humano. Los llantos del niño sacaron a la luz también algo de mí, y me vi con extrañeza, naciendo en ese nacimiento. Me pregunté cómo me habría recibido José.

—Es varón —susurré, y escuché que Naama sollozaba.

—Dime tu nombre —dijo ella.

Se lo dije más tarde, mientras lavaba al niño con el agua del arroyo.

Naama entró en mis ojos con un extraño resplandor.

Días después el caballo miró las colinas como si viera más allá. La ansiedad le subió en torbellino por los músculos. Parecía reconocer el paisaje. Naama desmontó, le soltó la rienda y el animal se alejó al galope, como azotado.

—En breve llegaremos a la que fue mi casa —dijo ella. Contempló al niño y alzó la mirada hacia las colinas—. Escapé de mi esposo hace casi ocho lunas. Mira cómo vuelvo.

Había piedras en su voz.

—Desde hace diez años él está postrado en una silla, sin poder caminar, debido a un accidente —dijo luego—. Yo lo cuidé. Puse mi empeño. Pero creí que no merecía un destino así, en lo mejor de mi juventud. Me sentí demasiado sola, demasiado infeliz. Lo engañé. Dejé que en mi vida entraran hombres y remordimientos por igual. Mis lunas siempre fueron caprichosas, y no creí al principio en una preñez —hizo una pausa, durante la cual arrulló al niño, que parecía a punto de llorar—; luego el cuerpo me dio sus evidencias. Quizá hubiera sido sensato acudir a una comadrona, pero bastó que me germinara el vientre para comprender que era eso lo que había buscado, y no a los hombres. Entonces, ¿qué podía hacer? Llevaba un hijo en el vientre y lo demás no me importó. Escapé. Al principio fue un alivio. Vagué por buena parte de Samaria. Pero después, a medida que me crecía el vientre, me creció el terror. ¿Qué haría? ¿Qué diría? Al mismo tiempo me preguntaba con qué derecho traer al mundo un hijo sin padre. ¿Cómo cuidaría de él? ¿Con qué lo alimentaría cuando se me acabara el dinero?

Se puso el niño al pecho y echó a andar nuevamente.

—Tú no me juzgas, lo sé, por eso puedo contártelo.

Noté que sus ojos, inseguros, hurgaban en los míos. Le sonreí.

—Anduve como una vagabunda —continuó—, bordeando el Jordán hasta un remanso donde se reunían multitudes alrededor de un profeta. Era un santo de melena y barba hirsutas, que predicaba el arrepentimiento, vaticinaba la llegada del Reino de Dios y lavaba los pecados bautizando en Su nombre. Me sumé a la multitud. “¿Eres el enviado de Dios?”, le pregunté. Él negó con la cabeza. Le mostré mi preñez. “Soy indigna, pero, ¿puedes hacer algo por mi hijo?”.

El profeta puso una mano sobre mi vientre y con la otra le echó su agua bendecida. “Yo lo bautizo con aguas de este mundo”, dijo, “pero el que ha venido después de mí, al que no soy digno de nombrar, lo bautizará con otras aguas”.

Hizo una pausa, y un evidente esfuerzo por dominar su emoción. Se detuvo. Se quitó el niño del pecho y lo arropó con una ternura temblorosa.

—Le pregunté si debía buscarlo y me dijo: “Toma el camino de tu casa, porque él te encontrará”.

No dije nada. Retomamos el sendero. Anduvimos un largo trecho en silencio. Al fin pregunté con cansancio:

—¿Crees que yo soy ese?

—Tú me encontraste en el camino y bautizaste a mi hijo.

Pensé decirle: “Lo lavé en el arroyo”, pero la vista de dos hombres que se acercaban selló mis labios. Habían salido a buscarla. Cruzaron miradas entre ellos al verla con el niño y conmigo.

—Debiste ver a tu esposo —dijo uno— al descubrir tu caballo.

Ella apretó al niño contra su pecho. Se puso a llorar.

Después de atravesar una colina llegamos al pueblo. La gente, enterada rápidamente de su regreso, se había congregado en la calle y nos vio llegar con muda reprobación. Algunos mostraban piedras en las manos. Frente a la casa vi al hombre en su silla. Movía el torso hacia los lados, buscando a Naama. Me detuve. Pensé, sin sorpresa, mientras ella llegaba hasta él, que yo podría criar a ese niño, así como había sido criado por José. Y en un instante lo imaginé aprendiendo a caminar, creciendo a mi lado y siguiendo la modesta sabiduría de mis manos sobre la madera. Pero de inmediato vi cómo el hombre lo alzaba, mostrándolo al cielo, y luego lo presentaba a su gente.

Naama vino hasta mí.

—¡Lo ha bendecido! —exclamó—. Ven.

El hombre tenía fuego húmedo en los ojos, igual que el pescador.

—Me llamo Abir —dijo, con lágrimas—. Mi hijo tiene tu nombre.

La voz del silencio susurró: *Lo sabes, lo supiste siempre.*

—No importa que no camine —agregó—. Ahora tengo un hijo. Sé por dónde ir. Aunque deba arrastrarme.

Pensé en mi Rollo del Perdón, en Naama y en el niño. Le impuse una mano y vi cómo, con enorme esfuerzo, el hombre se aferraba a unos bastones para tratar de incorporarse.

Pensé, emocionado, que quizá existían los milagros.

IX. La tumba del profeta

Salí de Siria y tomé otra vez rumbo a las montañas. Llevaba una alforja con víveres y el recuerdo de la tibieza del niño entre mis manos. Tenía plena conciencia de que yo era el primero y el último de mi linaje, el fruto de un error, como esos animales deformes en los que la naturaleza torció sus posibilidades hasta lo monstruoso. Pero me envolvía el goce de haber ayudado a dar vida, y había visto latiendo el perdón y la concordia entre dos seres humanos. Desamor y amor fueron caras de un mismo denario, y de algún extraño modo se conjugaron en Naama y Abir, y también en mí, para que de todo ello surgiera una nueva vida. El hijo de ambos llevaba mi nombre. Recordé su pequeña boca desvalida, desprovista de ferocidad, y los párpados hinchados por el enorme esfuerzo de vivir. Yo había sido alguien así en brazos de José.

Desanduve el camino hecho con Naama. En tono monocorde, la voz comenzó a repetir: *La tierra de Zabulón y la tierra de Neftalí, camino del mar*, sabiendo que yo completaría la sentencia aun contra mi voluntad. Pero al menos esta vez coincidíamos, porque llevaba mi pie hacia allí. No había ninguna misión en mi regreso, ningún propósito secreto y, por supuesto, no esperaba que nadie viera una gran luz con mi llegada. Mi plan era sencillo. Yo era un hombre sencillo. Desde Naim al sur hasta Corozain al norte, en algún lugar de Galilea me asentaría definitivamente. Buscaría a Efrona, criaría hijos y sería el dedicado carpintero que también había sido José.

Al bajar por un barranco escuché un gemido y un estertor como de ahogo, detrás de unas piedras. Cuando me asomé, descubrí a un anciano caído en una grieta.

—Si eres ladrón no pierdas tu tiempo —dijo, tratando de disimular el miedo que se movía en sus ojos—. Ya se adelantaron otros. Me arrebataron la alforja y me quitaron del camino a golpes. Al caer aquí me he roto una pierna.

—No soy ladrón —le dije—. Déjame verla.

El anciano corrió parte de la túnica. Su pierna era una rama quebrada.

—Puedo ayudarte —dije—, pero te dolerá.

Asintió con un suspiro. Antes de que comprendiera lo que iba a hacer, me agaché junto a la pierna quebrada y mis manos de carpintero supieron cómo arreglarla. Soltó un alarido.

—¡No sé si agradecerte o maldecirte! —gritó después, con los ojos cerrados.

Tomé su cayado, lo partí en cuatro pedazos, le entablillé la quebradura y lo anudé con trozos de tela.

—Sanarás —le dije.

El anciano comenzó a llorar. Negó con un gesto desolado.

—Terminaré aquí —replicó—, lejos de donde debía morir.

—¿Hay un lugar indicado para tu muerte? —pregunté.

Él se secó las lágrimas y asintió, mirándose la pierna.

—Hay un sitio, sí. Y no es este.

Pensé preguntarle cómo lo sabía; sin embargo solo atiné a balbucear:

—¿La muerte para ti es un lugar?

Él alzó las cejas con evidente amargura.

—No estoy loco —se apuró a decir—. Viví y sufrí una vida, como todo el mundo. Y no he buscado morir. Pero una noche, en la oscuridad de mi sueño encontré un abismo, y me fui por él hasta el fondo de mí, donde no había nada que no fuera solo yo, y donde mi propia verdad nadaba como un pez solitario en un estanque. Y allí, flotando, a modo de vapor sobre las aguas, una voz ordenó: “Busca el sitio de descanso del profeta y por fin descansarás”. La voz me estremeció. Era como si me hubiera hablado una llamarada, o un rayo caído desde el cielo. Supe aun dormido que era algo irreversible. Pero a la mañana siguiente me convencí de que solo había sido un mal sueño. Yo era enérgico, tenía a mi joven esposa, tenía mi casa y mi tierra, y ninguna necesidad de descansar. Sin embargo el sueño volvió la noche siguiente, y luego la otra, y la otra, por meses, repitiendo su orden terminante, hasta que la vida se me tornó insoportable.

Hizo una larga pausa, con los ojos perdidos en los montes.

—El sitio de descanso del profeta, pensé entonces, no es otra cosa que su tumba —dijo a continuación—. Pero, ¿de cuál profeta? Lo ignoraba; supuse que lo reconocería al encontrarlo. Y que allí me llegaría por fin el descanso de mi sueño, y también de mi vida. Una mañana dejé a mi mujer, dejé mi casa y mi tierra y salí a los caminos, a buscar.

Yo recordé mis sueños en la caverna, y también los sueños del Ungido. Le pregunté al silencio si esos abismos interiores, esos hundimientos, venían de alguna zona remota del mundo o si eran creados por nosotros mismos. La voz murmuró: *Un hombre, una pregunta*, y me llenó de perplejidad.

Le dije al anciano:

—¿En eso has empleado tu vida?

Él trató de acomodarse sin mover la pierna.

—La vida es un impulso, como el que mueve tus músculos —dijo, sobreponiéndose al dolor—. No dices “moveré el brazo” para moverlo. Todos obedecen a ese impulso que viene de sus oscuridades, sin llegar a escucharlo. Pero yo lo hice, lo escuché. Esa es la diferencia.

Recordé a Adad, dentro de las oscuridades de su hija.

—¿Y qué haces en estos montes?

—Vengo de Haifa, de la caverna donde descansó Elías.

Yo había pasado cerca de allí con Naama.

—¿No era el sitio que buscabas?

—No —dijo—. No es el lugar de mi descanso. —Hizo una pausa y luego, mientras soltaba un nuevo suspiro, señaló a su derecha—. Por eso quería llegar hasta allí, donde hay otra tumba.

Yo seguí la dirección de su mano, pero solo vi bruma enturbiando las rocas.

—¿Allí está sepultado un profeta?

Su expresión se hizo amarga.

—La tercera tumba de Habacuc.

Sonreí.

—¿Habacuc murió tres veces?

El anciano revisó mis ojos.

—Dicen que su tumba está allí, en esa pared del monte —agregó, ignorando mi sarcasmo—, pero también la situaron en Kandarim, al norte de Galilea, y en Hudoc, a día y medio de camino del monte Tabor. Ya he visitado esas dos, y ninguna es mi lugar.

—¿Cómo sabrás cuál es?

—La voz de mi sueño me lo confirmará.

Pensé que la voz que poblaba sus noches y la voz del silencio que invadía mis días nos hermanaban de algún modo.

—Te llevaré hasta allí —dije, lleno de solidaridad—, y si tampoco es, te dejaré en la primera aldea que encontremos. Después de sanar, podrás seguir buscando.

Lo cargué sobre mi espalda. Me sorprendió que no pesara tanto, o, al menos, no tanto como había sospechado. Llevé con agrado su vejez y con pena sus lamentos de dolor. Así habría llevado a José, si hubiera padecido alguna dolencia cuando estaba a mi lado. La pierna entablillada me dificultaba la marcha, pero la voz del anciano sepultó por momentos a la voz del silencio. Dijo ser de Hebrón, en Judea. Dijo haber estado en Tafne de Egipto, donde murió apedreado Jeremías, y también en la tierra de Moab, buscando a Moisés; agregó que había cruzado el país de los caldeos para llegar a la tumba de Ezequiel, y había estado al norte de los babilonios donde descansa Jonás, y también Nahúm. Pero ninguno de ellos era su lugar.

El fin de la tarde lo llamó a silencio.

Yo me adentré entre las peñas.

Cuando el anciano volvió a hablar, mencionó a Samuel, a Zacarías, a Malaquías y al Miqueas de la tribu de Efraim. En cada una de sus tumbas había esperado la revelación de que fuera el lugar que buscaba.

—Siento —murmuró de pronto— que moriré sin haberlo encontrado.

Me pregunté qué olor tenían sus palabras. Mientras la tarde se apagaba, mientras montes y peñas ablandaban sus contornos, el cuerpo del viejo fue cobrando peso sobre mis hombros. La fatiga me colgó sus piedras, y me sentí igual a José cuando cargaba el tablón hacia la casa del saduceo. Llegué, como él, a un cruce de caminos; como él me detuve, y tomé el que subía al

pequeño risco donde el anciano aseguró que estaba la tumba. Subí bordeando rocas y matorrales y finalmente llegué hasta la pared vertical donde resaltaba la piedra que sellaba la entrada.

—Allí está —dije casi sin aire.

Sentí que el anciano se erguía.

—No parece de profeta —murmuró.

—De todos modos te bajaré —dije, agitado—, porque necesito descansar.

Lo acomodé con suavidad, lo mejor que pude. Me condolí de sus dolores. Le compartí mi pan y mi vasija de vino. Estaba demasiado triste. Me confesó que un día se miró en el agua de un arroyo y vio, de golpe, todos los años que le había entregado a esa búsqueda. Era un hombre viejo. Tierras y pueblos, costumbres extrañas, bondad y crueldad en partes no siempre iguales, le habían gastado la vida, y aquella mujer de su pueblo con la que soñó hijos y heredad se redujo a un recuerdo que lo mortificaba. Volvió a Hebrón con la esperanza de encontrarla. Pero su esposa ya no estaba. Tampoco encontró parientes. Había gente extraña en su casa. El pueblo ya no era su pueblo. Entonces regresó a los caminos sintiendo que solo le quedaba el empeñamiento de la búsqueda y la esperanza de que ese sueño no fuera una mentira.

Hizo silencio. Le vi en un momento los ojos febriles, y supe que seguía narrando la historia de su vida, pero el cansancio me aplastó y me derrumbé en el sueño, como se derrumba un muro sin cimientos.

Desperté antes de que el amanecer dibujara los montes. Había tenido sueños, pero la vigilia me benefició con un rápido olvido, que solo dejó la sensación de que habían sido tristes. Me pregunté si José también habría escuchado una voz en su interior para hacerme cavar su sepulcro. Si supo que ese y no otro era su lugar para el descanso. Permanecí con los ojos cerrados y escuché hacia afuera como el ciego de Betsaida. Hubo ruido de piedras, el grito de un pájaro, y un viento que silbó al llegar hasta esa altura. También escuché al anciano. Aunque yacía a varios codos de mí, su voz vibraba como si hubiera estado susurrándome al oído. Hablaba de alguien santo, sin mancha, apartado de los pecadores y más bello y más sublime que los cielos.

Abrí los ojos. Parte del horizonte se me vino encima. Busqué al anciano. Lo vi bañado en sudor. Me miraba con asombro mientras señalaba la tumba.

—Me despertó la Voz —dijo.

Estaba tiritando.

—¿Entonces es la tumba? ¿La de Habacuc?

—No sé si es la tumba —respondió, con los ojos llenos de lágrimas—. Pero aquí clamó la Voz. Me despertó su palabra —hizo una pausa durante la cual su cuerpo se sacudió por los temblores—. Finalmente entendí. Comienza el tiempo en que cesarán los sacrificios y las ofrendas, la primera mitad de la semana número setenta. Comienza el tiempo de los actos, y estar

aquí, y que estés aquí conmigo, es el comienzo del comienzo.

Parecían sentencias salidas de la boca de mi madre.

—Estás frente a la tumba de Habacuc —dije—, ¿y mencionas las visiones de Daniel?

—Estoy —respondió con voz extraña— en el sitio de descanso del profeta. No importan los nombres ni las sentencias, porque aquí se unieron todas las visiones y todas las profecías.

Sabiendo lo que continuaba, dije:

—En tu visión faltó el espíritu del perdón.

El anciano anegó aún más los ojos. Exclamó:

—¡Bienaventurado de mí, que puedo verlo encarnado!

Me acerqué a él. Le impuse una mano de consuelo. Su frente ardía.

—Es tu fiebre la que habla —murmuré—. Mañana serás un ser nuevo.

Él debió esperar a que su garganta dominara los sollozos.

—Esta fiebre es antigua —balbuceó—, y es fiebre de Ti.

La voz inició un nuevo ataque: *Toma tu herencia. Haz tu ministerio*. Pero yo me opuse. Nada de mi vida me decía lo que aseguraba el anciano. Allí había una tumba. ¿Los huesos de Habacuc? Centurias de tiempo, de muerte, pesaban sobre ellos, y aun así esos huesos se bañaban de presente e inflamaban a los hombres. Pensé en Cafarnaúm, en Magdala, en una vida de simple carpintero.

Detrás de mí, el anciano entonó un salmo.

—Tómame la mano —dijo luego.

Fui hasta sus ojos, mientras se la tomaba. Lo vi joven en Hebrón, y en la llanura costera de Judea, y en Mispá, al norte de Jerusalén, y a los pies del Gran Templo, siempre ahogado por el sueño de Dios. Me inundó la tristeza. En el último espejo de su mirada vi mi rostro, y le pregunté al silencio quién, y por qué, arrojaba esos sueños sobre las vidas de los hombres.

La mañana se declaró, de cumbre en cumbre, a lo largo de los montes.

Él me soltó la mano sin abandonar la sonrisa. Tenía los ojos abiertos pero ya no me veía.

Llegó a susurrar algo incomprensible antes de morir.

X. Canaá

No supe de dónde saqué la fuerza para correr la piedra del sepulcro. Dejé al anciano adentro, junto a unos pocos huesos que, como él, se habían ido de este mundo sin que se recordara su nombre. Nada me indicó que fueran restos de un profeta. Pero, aunque fui incapaz de murmurar una plegaria, me despedí del anciano llamándolo “Habacuc”. Me pareció que ambos eran iguales en la firmeza de la fe, y supuse que a ninguno de ellos lo habría ofendido mi bautismo. Supe, también, que así habría sepultado a José, si hubiera estado junto a él cuando expiró. Sentí el desolado estupor que se siente frente a la imagen de la muerte: la conciencia de presenciar el fin de todo lo que alguien ha sido y, al mismo tiempo, la de asistir al comienzo de todo lo que ese alguien ya no será. Y fue misterioso para mí, para mi sed de una vida sencilla de hombre, pensar que el anciano había tenido esa vida junto a una mujer y la había abandonado siguiendo el designio de un oscuro sueño. Pensé en el Paraíso y en el Campo de Juncos de Filotea. Sellé el sepulcro y retomé el camino hacia Galilea con la voz remarcando: *La tierra de Zabulón y la tierra de Neftalí*, y el resto de esos versos de Isaías, como un martilleo, un golpe de tambor para cada paso.

Luego de un mes de marcha bajé a la llanura de Esdrelón. A medida que avanzaba un aire de leve bienaventuranza me iba llenando los pulmones y me quitaba la pena por la muerte de Habacuc. Toda la llanura exaltaba la vida. Los campos ondeaban con la brisa, había segadores, bueyes y carros por todas partes, y mujeres con odres saciando la sed de los que se fatigaban bajo el sol. Los vi bellos en su esfuerzo y nobles en su sudor, y al tomar el camino del este hallé que muchos marchaban cargados de bártulos y ramas, con espíritu alegre. “Es el mes de Tisrí”, dijeron. “Vamos a Canaá, a la fiesta de las tiendas”. Me sorprendió hallarme tan cerca de mi pueblo. Canaá bullía cada mes de Tisrí, con la fiesta que conmemoraba la estancia del pueblo de Israel en el desierto. De todas las aldeas y ciudades vecinas llegaban los peregrinos. En las afueras ya había una segunda ciudad hecha de tiendas, toldos y chozas recubiertas de ramas. También una guarnición de soldados, vigilando. “Las revueltas en los valles del sur terminaron”, dijo alguien, “pero Herodes desconfía y no quiere que los romanos vuelvan a meter tanto ejército en su reino”. “No será por buen judío”, dijo otro, “sino porque debe gastar de su tesoro para alimentarlos”.

A pesar de Herodes, nada impedía la fiesta. En el centro del campamento había una feria donde vendían vinos, aves, aceitunas y corderos. Se observaba la costumbre del pan sin levadura, pero corrían los olores de las ollas al fuego, entre voces y pregones y un enredo de risas. Pensé

que a dos o tres horas de marcha estaban mi casa, mi madre y mis hermanos, y el espíritu de perdón me brotó desde el pecho. Imaginé que subía la cuesta y los hallaba, los abrazaba y besaba a uno por uno, bañados en concordia. “¡He vuelto!”, les diría, “¡vayamos juntos, como familia, a la fiesta de las tiendas!”. Con esa determinación crucé la multitud en busca del camino hacia el sur. La algarabía era contagiosa. Había varones jóvenes reunidos en algunos claros, buscando ver a las muchachas, y también otros tomados de los brazos, bailando en amplias rondas, al ritmo de címbalos y flautas. Allí, en uno de esos grupos, me sorprendió ver a mi hermano Jacobo, el que había atado el pie de mi madre a la estaca, bailando con asombrosa apostura. Estaba en sus mejores ropas. Tenía los ojos cerrados y una sonrisa blanda, como escapada de los labios; los pómulos encendidos de viril alegría y un gozo que le ensanchaba el pecho y le arqueaba con gracia la cintura. Me conmovió su belleza. Yo lo había visto así pocas veces, y solo en su infancia. Sus compañeros dejaron de bailar para observarlo, batiendo palmas a un ritmo cada vez más acelerado. Mi hermano se lanzó en un remolino de giros frenéticos y gritos de entusiasmo, hasta que la música cesó y solo quedaron las risas y la agitación de los pechos. Lo seguí cuando se alejó hacia las tiendas. Y allí vi el resto de lo que no habría querido ver. Ante una pequeña choza de ramas, en esteras sencillas, mis otros hermanos, mis hermanas y mi madre disfrutaban de la fiesta. Con una tela ancha habían improvisado un dosel para protegerse del sol. Tenían la comida dispuesta en varios cuencos y dos jarras donde hacía espuma el vino. Comían y hablaban con animación. Mis hermanas reían tapándose las bocas, y observaban con ojos excitados a unos muchachos que hacían competencias de saltos y piruetas. La cara de mi madre dibujaba la misma sonrisa blanda, como escapada de los labios, que había visto en mi hermano. De vez en cuando alzaba un cuenco y lo ofrecía a alguno de sus hijos. La vi hablar, y, sobre todo, la vi reír. Nunca, en todos mis años, había sorprendido esa expresión en ella. Los encontré tan unidos, tan en armonía, que el dolor comenzó a amasarse sobre mí aceleradamente. ¿Cuántas fiestas habían evitado en mi infancia para no sufrir por mi causa las miradas del pueblo? Me habían llevado al templo en Jerusalén, como manda la Ley, pero embozado en un manto oscuro, cuidando de mantenerme siempre lejos de otros peregrinos, al punto de que muchos en el trayecto imaginaron que era un niño leproso. Y en el templo mismo, luego del baño de purificación, sus prevenciones habían llegado a tales extremos que decidí escaparme para sentirme independiente al menos una vez en la casa del Señor. Corrí por un laberinto de gradas y portales hasta perderlos, y dialogué libremente con unos ancianos acerca del holocausto a Dios y de otras cosas que olvidé con el tiempo, antes de entrar solo al patio de los sacrificios. La imagen desentrañó otro recuerdo que me causó aún más dolor. El niño muerto había caído desde una azotea donde estábamos jugando. Su padre, ese hombre con ojos amarillos, me gritaba: “¡Mataste a mi hijo!”, entre los llantos de los adultos, en una lengua que yo apenas conocía. Había convocado a un juez, y ya varias personas tenían piedras en las manos. Y mi madre me abrazaba y gemía, partida por la angustia, pero no salió de ella ni de José ninguna palabra de defensa, como si en lo profundo me hubieran

creído capaz de ese acto. Y fue el niño, que no había muerto aún, quien despertó para hacerme una caricia y dejar probado que yo era inocente.

La voz del silencio pronunció con tono grave: *Tus espinas siempre brotarán*, y esa afirmación fue un puñado de sal en lo más hondo de mi herida. Mi madre me había cargado un destino terrible sobre la espalda. Había llorado de felicidad y pavor ante sus visiones, y ahora ella disfrutaba alegremente de la fiesta de la vida mientras yo erraba solo por la tierra, agobiado con su peso.

¿Era cierto, entonces? ¿Yo llevaba una marca, una señal, que a ella le arrasaba la cordura como un tornado arrasa un pequeño brote de olivo? ¿O más bien era la defensa de una pobre mujer ante la realidad de un primogénito que era prueba de conducta reprochable, de una debilidad de su juventud? Ninguna de estas dos posibilidades mitigaba el dolor. Me había alejado de José, de mis hermanos y de ella misma. Me había hecho crecer como extranjero en el poblado y dentro de mi propia casa.

Volví a mirar la escena familiar bajo la tienda.

Pensé que mi ausencia era su felicidad.

Busqué el camino que salía de Canaá.

Mi hermano podría decir que algo por fin les había dado.

Caminé hacia las afueras, pero me crucé con gente que aún se dirigía a la fiesta, y a duras penas logré vencer la angustia. Habría preferido la soledad de una caverna a escuchar sus voces de alegría. Iba a contracorriente, de todos ellos y también de mi familia, y logré cierta serenidad cuando lo único audible fue el crujido de mis sandalias sobre el pedregullo. Estar nuevamente en el camino, hacer de él un hogar hasta que lograra cambiar por fin mi vida, fue de algún modo un consuelo. Volví a pensar en Efrona, y mis piernas se impacientaron por llegar a Magdala. Cruzaría el puerto y la plaza y me instalaría allí o en cualquier otro pueblo con ella. La imaginé dando a luz un hijo o criando a niños huérfanos junto a mí, y con ese anhelo llegué al camino del mar. Mi paso por allí, y mi vida en Cafarnaúm, me parecieron un incidente preparatorio de lo que vendría a partir de ahora. Me esperaba, sencillamente, una vida de hombre. Haría con mis manos un lecho y la cuna de mi hijo, y también los juguetes con que lo vería solazarse.

Marché rumbo al sur. Galilea de los gentiles pareció latir dulcemente debajo de mis suelas, pero tras media hora de andar un pelotón de soldados romanos me detuvo y, a punta de lanzas, me obligó a tomar el sentido que llevaba a Tiberíades. Durante la marcha me vigilaron como si se hubiera tratado de un criminal peligroso en lugar de un pacífico galileo. Cada una de las caras que vi fue sencillamente una amenaza. Volví a sentir culebras en las piernas. Por toda la tierra de

Israel se sabía de las terribles desdichas que provocaban. Solían matar y violar en bandas, incendiar, robar, apalear y flagelar por una mirada que les resultara irritante, y sus tremendas borracheras tenían consecuencias pavorosas en cualquier sitio que se asentaran. Ahora me encontraba a merced de ellos, sin una explicación, marchando al ritmo metálico que hacían sus grebas y armaduras. Y allí, en medio de los campos, donde nada había que no fuera hierba o árboles. ¿Qué buscaban? ¿Adónde me llevaban? Recordé los terrores de mi madre cuando los veía. Su modo descontrolado de llorar era el preludio de visiones donde abundaba la sangre. Rogué que esas visiones no penetraran la coraza de la realidad. Mi mente dibujó el tormento y la muerte de los padres de Joram; sentí el miedo ablandándose los huesos y caminé tratando de no perder el alma en cada paso. Luego de una curva me ordenaron detenerme. Había alrededor de cuarenta hombres, detenidos como yo, esperando junto a un gran carro cargado de troncos. El miedo y la angustia ya habían tallado sus caras. El carro tenía roto un eje, y escuché que pondrían algunos troncos sobre los bueyes y nos harían cargar el resto. Hubo gritos extraños entre los soldados y órdenes lanzadas en un latín difícil de comprender. De inmediato, desde lo alto del carro la mitad de los hombres entregó los troncos a la otra mitad. Algunos eran tan largos y pesados que los llevaban entre tres. A mí me tocó un madero de acacia, apenas más grande que el largo de mis brazos extendidos. El hacha le había dibujado una letra griega, una alfa, en uno de sus extremos. Cuando el carro terminó de ser vaciado, examiné el eje.

—Puedo reemplazarlo —le dije a un romano— si me das una hachuela.

El soldado lo meditó, se acercó a quien parecía al mando. Volvió a mí.

—¿Cuánto tardarás?

—No más de medio día —contesté.

El romano arrugó la boca.

—Debemos estar en Tiberíades antes del amanecer. Carga tu tronco y ponte en marcha.

Pensé que esa madera terminaría ardiendo en los baños de Herodes. Alcé el tronco y me incorporé a la caravana. Fui una vez más José, cuando se encaminaba a su trabajo en lo del saduceo. Y el tronco de acacia, a poco de andar, se me hizo dolor sobre la espalda y latido en la cabeza. *La tierra de Zabulón y la tierra de Neftalí*, recité con amargura. Me vi arrojando pedazos de Galilea en los baños calientes de Magdala. Ahora lo haría en Tiberíades, como otros iban a hacerlo en Séforis, en Jerusalén y en el resto de las ciudades donde se asentaban los romanos. Nada nos salvaría de trabajar a la par de los bueyes. Como ellos, fuimos bestias judías en un camino romano, bajo un cielo que no tenía idioma ni patria. No había gente por los alrededores en ese atardecer. Solo nosotros cargábamos el alimento de esa araña devoradora de pueblos llamada Roma. Algunos hombres lo hacían rezando. Otros protestaban de dolor, cambiando la posición de los troncos sobre sus cuerpos. El que era alto se quejaba del bajo, porque el mal reparto del tronco le hacía más pesada la carga. El bajo se quejaba del alto, diciendo exactamente lo mismo. Las subidas provocaban dolor lento; los descensos, dolor arrebatado. Pero ni los

viejos, que los había, ni los débiles, que los había también, dejaban caer el tronco, porque se exponían a los azotes de los soldados. El horizonte, herido en occidente, goteaba su sangre impasible bajo la luz declinante, y los romanos parecían apurados por llegar. Todo fue sudor y piedras, insultos murmurados para Herodes, para Pilatos, para Tiberio. Como si se moviera, como si diera los mismos pasos que nosotros a fin de conservar la distancia, la ciudad de Herodes estaba siempre lejos. El último atardecer desató la frescura de sus vientos y, tras una breve vacilación de la luz, la noche borró los contornos y marchamos bajo un cielo negado por la luna. Después de un tiempo interminable nos permitieron un descanso. La tierra retumbó con los golpes de los troncos. La previsión romana desplegó una larga cadena, surtida de grillos, con la que nos sujetaron de un solo pie. Cuarenta hombres, o más, enhebrados como huesos en el collar de un guerrero gigante. Durante ese descanso fui mi madre, cuando mi hermano la sujetaba a la estaca. Como ella, me eché de cara a las estrellas y fui invadido por las voces.

—¿Nos matarán?

—¿Por qué habrían de hacerlo?

—Yo iba a la fiesta de las tiendas.

—Yo a Naim, donde me espera mi esposa.

—Yo soy de Cirene. Ni siquiera soy judío.

—Seguro que al llegar a Tiberíades nos dejarán en paz.

—Sí. Nos tomaron por la rotura del carro.

—Dicen que los romanos te toman prisionero hasta llegar a un pueblo. Allí te matan y toman nuevos prisioneros, y así avanzan hasta el siguiente.

—No quiero que me maten.

—Yo salí a buscar a mi hijo, que enfermó en Arimatea.

—Yo solo iba a la fiesta de las tiendas.

—Ya ni al templo se puede ir en paz.

—Nosotros partimos hace meses —escuché—, siguiendo al que fue profetizado.

La voz me estremeció. Era el pescador. Lo busqué entre los hombres pero no logré ubicarlo.

—¿De quién hablas?

—Del que fue anunciado.

—¿Dónde está?

—¿Está aquí? ¿Con nosotros?

La voz del pescador enmudeció. Yo me cubrí la cara.

—Dejé mi casa —continuó luego—. Dejé a mi mujer y a mis hijos pequeños. Me desgarré el pecho con sus llantos, con sus acusaciones de crueldad y falta de amor. Sin embargo lo hice arrebatado por un amor más grande, un amor que quiere el Reino de Dios para ellos, la vida eterna.

—¿Hablas del que hace ver a los ciegos y caminar a los paralíticos?

—¿El que expulsa demonios por toda Galilea?

—¿El que anuncia Juan el del Jordán?

—¿Hablas del Mesías?

—Hablo —dijo el pescador— del que me quitó la vida muerta para darme la vida verdadera.

—Yo no quiero que me maten.

—Yo solo iba a la fiesta de las tiendas.

—¿Y dónde está?

—¿No dices que estabas con él, que lo seguías?

—Una noche se alejó —dijo el pescador—. Somos gente ignorante, y quizá no comprendimos. Lo vimos en Cafarnaúm, imponiendo sus manos a los enfermos, y creímos que el Reino ya estaba aquí, que solo debíamos anunciarlo. Pero el plan viene de Dios, y cada fruto madura a su tiempo —hizo una pausa, durante la cual se oyeron carcajadas entre los soldados—. Aun así seguimos sus señales. Fuimos al monte Tabor, porque yo tuve una visión. Y estuvimos en Magdala, donde redimió a una mujer pecadora, y donde el llanto de Raquel se hizo realidad, como profetizó Jeremías, porque su llegada se anunció con niños mártires. Y recorrimos el poblado en el que creció, donde conocimos a la que lo concibió sin pecado, y donde sus hermanos viven sin imaginar quién es él en realidad.

Me costaba creerlo, pero eran las mismas frases de los seguidores del Ungido.

—Quisiera Dios que estuviera entre nosotros —dijo uno— para librarnos de estos troncos.

—Para hacer que no nos maten.

—Yo solo iba a la fiesta de las tiendas.

—Yo a Arimatea, porque tengo a mi hijo enfermo.

—Cuéntales cuando se nos apareció en el lago —dijo otro de los pescadores.

En un lugar, entre sombras, los cuerpos se agruparon.

—Pescábamos no lejos de aquí cuando lo vimos —dijo el pescador, y su voz tembló, como con fiebre—. Caminaba sobre el agua. Su túnica resplandecía en la tarde. Parecía llamarnos. Me arrojé del bote creyendo que caminaría como él, pero me hundí totalmente y estuve a punto de ahogarme.

—Debimos sacarlo con una red.

—Salí sabiendo que había estado sumergido desde siempre allí, en la oscuridad.

No hay un solo centro, había dicho Filotea. Quizá no hubiera una verdad, sino infinitas miradas. Quizá el pescador había modificado los recuerdos porque no hablaba tanto de mí como de sí mismo. Volví a preguntarme quién era yo, quién debía ser. ¿El que creía o, sencillamente, el que veían los demás? Me descubrí y contemplé las estrellas. Eran tantas y tan próximas entre sí que mis ojos saltaron de una a otra indefinidamente, sin poder concentrarse en ninguna, de modo tan errático que me habría sido imposible volver con la vista hacia atrás, respetando el orden de lo visto. Me aterrorizó la idea de que, así como ellas eran incontables, hubiera en la tierra

incontables seres similares a mí.

Un soldado me quitó el grillo del pie.

Otro gritó que el descanso había acabado.

XI. Tiberíades

La noche fue de sed. Las horas y la fatiga se hicieron gemelas doblando nuestra espalda. Forzados, cubrimos treinta estadios de marcha con rumbo sur, para entrar a Tiberíades por donde estaban los cuarteles de la guardia romana. Los troncos retumbaron al caer en el patio central, ante la vista de la guarnición. Cayeron también los cuerpos agotados y, al cabo de minutos, volvieron a surgir las voces: “¿Nos matarán?”. “¿Nos dejarán ir?”. Alguno preguntó a la guardia qué planes tenían con nosotros, pero los soldados estaban allí para vigilarnos, no para responder. Un sol empañado asomó tras las murallas. Trajeron agua y trajeron sierras. Buscaron a los que parecían menos exhaustos. Marcaron las maderas.

—¡A cortar! —gritó uno.

El pescador pasó junto a mí. Al descubrirme se detuvo, giró a medias el cuerpo como con intención de hablarme, pero un soldado lo empujó hacia la pila de troncos. Desde allí alzó los brazos al cielo e inició una plegaria. Volví a ver el fuego húmedo en sus ojos cuando aserraba con energía, sin dejar de mirarme. Dio la noticia a sus compañeros. Los escuché cantar mientras los romanos, incrédulos, reían.

—¡Alégrate, hija de Sion! ¡Tu rey viene hacia ti! ¡Justo, salvador y humilde!

—¡Estos judíos están locos! —exclamó un soldado, aplaudiendo.

Cuando ya les faltaba poco para terminar, abrieron las puertas de la guarnición y entró un carro tanto o más grande que el que se había roto en el camino.

—¡Carguen! —gritó un soldado.

Caminé hasta los maderos. Elegí uno, pero no pude alzarlo.

—Me han dicho quién eres —dijo el hombre de Cirene, interponiéndose—. Déjame cargarlo a mí.

Busqué otro, pero también me lo arrebataron.

—Mi hijo está enfermo —murmuró el hombre, mientras lo levantaba—. Piensa en él. Cuando llegue a Arimatea, sé que habrá sanado.

—Si es cierto lo que dicen —rogó el temeroso—, haz por Dios que nos suelten.

Uno a uno, los más de cuarenta hombres me impidieron el trabajo.

El carro salió crujiendo de la guarnición. Los soldados volvieron a ordenar que nos sentáramos en el centro del patio.

—¡Que no nos maten! —repitió el temeroso.

El pescador se sentó junto a mí.

—Te he buscado —murmuró.

—Yo también me he buscado —dije.

—Te he visto en sueños —agregó, sin dominio de sus labios, que temblaban.

—Los sueños son ánforas vacías —dije—. Cada soñador las llena con los vinos que trae de su viña.

Él me miró de frente, dispuesto a hacer una revelación.

—Te soñé multiplicando peces y panes.

Me sentí agotado.

—Soñaste los sueños de mi madre.

—¿Yo, un simple pescador, sueño palabras de vírgenes, visiones de profetas? —bajó la cabeza, agobiado—. No los entiendo. Mis sueños no son ánforas vacías, son catapultas arrojando sombra en la tiniebla.

¿Mi madre, virgen? La pena me impulsó a decir:

—Dejaste una buena vida. ¿No dudaste?

—No. Salté del bote, ¿recuerdas? —acompañó esas palabras con una sonrisa, pero de pronto se le deshizo y sus ojos se apagaron—. Sí, sí dudé —confesó a continuación—. Dudé muchas veces.

Me zambullí en su mirada.

—Regresa a tu mujer —dije con dulzura—. Regresa a tus hijos.

—Dudé —repitió, mientras el fuego volvía a humedecerle las pupilas—. Pero ya no dudo.

La voz del silencio, muda hasta entonces, dijo: *Desde el aire, desde el agua, desde el polvo.*

—No dejarás de dudar. Eso te hace humano.

Él calló.

Los soldados abrieron las puertas de la guarnición.

—¡Fuera! —gritó uno.

—¡Alabado sea el Señor! —exclamó el temeroso, y luego a mí—: ¡Atendiste mi súplica!
¡Bendito seas!

—¿Ahora no cantan, judíos locos?! —gritó un soldado, viéndonos salir—. ¡Roma les ha devuelto sus vidas, ¿y no cantan?!

—¡Corran! —gritó otro—. ¡Antes que Pilatos se arrepienta!

Fuera de la guarnición, la ciudad era un recorte de mármol que imitaba a Roma en cada detalle. Vi la muralla que protegía el palacio de Herodes. Busqué el humo de los baños, pero no lo hallé.

—No es ciudad para hombres justos —dijo el pescador—. Herodes la fundó sobre un cementerio. Debió traer albañiles de Abilene y de Sarepta para alzarla, porque los hijos de Israel no construyen ni viven sobre los campos de muerte.

Le pregunté al silencio si el mundo, en toda su extensión, no era de por sí un inmenso campo

de muerte. La voz repitió la frase dicha en el desierto: *El cielo baja a lavar las piedras de la tierra*, y puso otra vez una bandada de cigüeñas volando hacia el norte.

El pescador rozó mi túnica.

—Hay un santo en el Jordán, en Perea, que anuncia tu llegada.

—¿Lo has visto?

—Lo he visto.

—¿Le hablaste?

—No hizo falta. Él te vio en mis ojos, y también en los de mis compañeros. Nos narró su encuentro contigo.

—Nunca estuve en Perea.

—Nos bautizó en aguas de arrepentimiento.

Iba a repetir *Nunca estuve en Perea*, pero el pescador se me adelantó.

—Dijo que tu bautismo sería con aguas de perdón.

—¿Le creíste?

Él anegó los ojos.

—Gentes de Egipto, de Éfeso, de Siria, de todas partes se arrojaban al agua, implorando el bautismo. ¿Por qué niegas lo innegable?

En ese instante el pescador fue la cara de mi madre. Apenas a unos codos de nosotros, sus compañeros parecieron mis hermanos.

—No me sigas —dije—. Vuelve a Cafarnaúm.

Él secó sus ojos con la manga de la túnica.

—Me pides lo peor. ¿Qué haré allí, sin ti?

—Haz tu vida —dije, y, por decir algo consolador, agregué—: Conozco tu casa. Podré encontrarte allí cuando te busque.

Él entró en mis palabras.

—¿Qué harás? —preguntó después.

Mi lengua se fatigó con la respuesta.

Vi al pescador y a sus compañeros perderse por el camino del norte. Fui al mercado. Como en Magdala, la gente me tomó por mendigo. Pensé en el pobre Joram. Me vi, igual que él, observando las dos caras de un denario. Recordé que en el templo de Jerusalén, muchos años atrás, una moneda similar se había reducido sobre las mesas de los cambistas, y apenas alcanzó para comprar una tórtola diminuta.

—Barato te ha salido quedar bien con Dios —me había dicho el vendedor.

La paloma fue un débil temblor entre mis manos, en el patio de los sacrificios. La sentí estremecerse cuando ocupé mi lugar en la fila de los devotos. Sus ojos aterrados, del color de la

sangre que derramaría, observaron la escena. El sacerdote impuso las manos sobre las víctimas como José sobre sus hijos y, como él, murmuró palabras incomprensibles antes de hundir el cuchillo. La paloma lo vio degollar un cordero, angustió su pecho con los balidos de muerte, vio correr la sangre por los canales y luego destazar el cuerpo para echar la grasa a las llamas. Presenció también el revuelo de plumas de sus hermanas y la conmoción de picos y alas impotentes antes de desvanecerse desangradas. Yo seguí el humo del sacrificio. Ascendía, con su olor de muerte, hasta hacerse vacío en el vacío. Una nube de moscas aturdía el aire. Me estremecí.

—¿Cómo te complace todo esto? —pregunté al cielo—. ¿Cómo no te duele?

El sacerdote estalló en un alarido:

—¡Niño! ¡¿Una pluma en el viento?! ¡¿Un ruido en el aire?! ¡¿Esa es tu piedad?!

—Sí —le dije.

—¡Sean santos como yo soy santo, ordenó Jehová!

¿Cómo esperar que un crimen pueda expiar otro crimen? Había hablado de eso mismo con los ancianos, en el otro patio. Pero recién entonces comprendí. La pequeña tórtola volvió tiernas mis manos, llenó de misericordia mi aliento.

—No temas —susurré, acercándola a mis labios—. No morirás.

El sacerdote enfureció:

—¡Alaba al Padre! ¡Sométete!

Pero yo me negué. Llevé mi pie hasta la puerta de salida. La paloma fue un jirón de miedo cortando en dos el cielo. Algo de mí también se hizo vuelo con sus alas.

Ahora, tantos años después, repetí, lleno de piedad: “No temas”. “No morirás”. Pensé que eso le habría dicho a José si hubiera estado presente en su agonía. Pero ahora no supe a quién iba dirigido. Y desde sus fondos volvió hasta mí el sueño de la vertiente en el desierto. ¿Había que educar a Dios?, me pregunté. ¿Sacrificarse, si era necesario, para educar a Dios? Me sentí otra vez, como mi madre, en la maduración de la gracia. Solo que ahora era simplemente el ansia de dejarme vivir, el confiar en que la carne y las venas se ocuparan de sí mismas y me llevaran de una vez por todas, como hombre, a la tierra del Padre. Recorrí el mercado, me perdí entre los pórticos y las columnatas sombrías. A diferencia de Cafarnaúm, allí nadie se movía en el bullicio, nadie me deseaba la paz. Había aflicción en los rostros. Vi la escolta de Herodes dejando el palacio, vi su carro rodeado de lanzas y escuché el estruendo de caballos y ruedas cuando tomaban la salida hacia el sur. Detrás de ellos, un río de ancianos, de mujeres y niños invadió las calles en la misma dirección. Llevaban grandes paños plegados en las manos, cuya blancura contrastaba con la oscuridad de sus mantos.

—¿Adónde van? —pregunté.

Un viejo de extraño perfil giró la cabeza.

—¿En qué mundo vives? —dijo.

Yo me repetí la pregunta.

—Vengo de lejos —respondí.

—Todas las entradas de la ciudad están sembradas de rebeldes. Vamos a buscarlos.

El viejo dejó de mirarme y volvió a ser un perfil que se alejaba. Yo me sumé a la multitud. Salimos de Tiberíades por la puerta sur, después de pasar un puesto de vigilancia romano. El camino se alargaba en una doble hilera de acacias a cuyo fondo podía verse el enorme carro que había salido de la fortaleza. Las acacias estaban podadas, desnudas enteramente de follaje, de manera que solo se veían sus largos brazos mutilados. Entre una y otra habían clavado postes de un cuerpo y medio de altura. No fue difícil reconocer los troncos y maderos cargados desde la salida de Canaá. Y allí vi lo que nadie en este mundo habría querido ver. Porque en las acacias, y en los postes que había entre ellas, los soldados romanos estaban crucificando a los rebeldes. Tomaban a un prisionero, lo colocaban contra el tronco, cerca de una horqueta, le extendían los brazos sobre las ramas y uno de ellos, con presteza de carpintero, hundía los clavos en la carne y descargaba el mazo hasta que solo quedaba a la vista la cabeza de hierro ensangrentada. Por último le recogían las piernas y las clavaban juntas, los pies atravesados con un solo clavo largo. Los que estaban frente a un poste acostaban al condenado sobre un madero que había al pie, lo clavaban y luego lo izaban hasta encajarlo con precisión en una muesca superior del poste. De un lado y del otro del camino toda la milicia romana trabajaba con frenesí, con urgencia, y los árboles de mayor tamaño tenían a más de un hombre entre sus ramas. Un horrendo clamor de mujeres y niños rompía el aire y se sumaba a los gemidos de los que estaban en las cruces.

¿Qué hizo que me mantuviera de pie, frente a todo eso, con los ojos abiertos? No lo sé. El espanto me mordía las entrañas, pero, por encima de él, un paso se fue dando lentamente detrás de otro, un horror tras el siguiente. Vi al viejo de extraño perfil. Se había detenido, como si no lo soportaran las piernas.

—Sostente en mí —murmuré.

Puso una mano en mi hombro. Me miró de frente. Titubeó. Algo de él me llevó al ciego de Betsaida y también al sumo sacerdote. Pensé que así se habría apoyado sobre mi hombro José si hubiera terminado de envejecer junto a mí. Pero en los ojos del viejo, como emergiendo de aguas oscuras, vi a José llorando de hinojos al pie de una cruz incandescente. La mano del viejo se me hizo dolor en el hombro. Y recordé al sacerdote en el templo, imponiendo la suya sobre las víctimas. El viejo sacó los ojos de mí y los extravió en el horizonte. Con un hilo de voz maldijo al que había iniciado la revuelta.

Dijo que había provocado un levantamiento tal que todo el valle se alzó en armas contra los sacerdotes. Que habían logrado dos o tres victorias modestas, primero contra los hombres de Herodes, luego contra una reducida guarnición romana. Y eso había engrosado las filas de guerreros hasta conformar un pequeño ejército, con sus varios generales y sus varios campamentos, sedientos, no solo por justicia en el pueblo del Santuario sino por restablecer un

reino libre en Israel. A Josué, su líder, lo compararon con el Josué de antaño, pero este, amén de no detener el sol, tampoco pudo detener su desgracia. Pronto la respuesta de Roma los obligó a refugiarse en las montañas. Allí entendieron por fin lo que es la guerra. Tuvieron hambre, sed, parásitos y pestes. Y desertiones. Al cabo de unos meses quedaron reducidos a unos pocos centenares de desesperados. Josué fue de los primeros en ser crucificado, porque se negó a huir de una batalla en la que estaban masacrando a su gente. Dicen que los verdugos se disputaron a los dados sus ropas de gran sacerdote y que lo clavarón desnudo, cabeza abajo, y orinaron en su cara desfigurada por el flagelo. Dicen que una flecha piadosa, salida de entre la multitud, le atravesó la garganta poco antes de que la cohorte que había bajado desde Siria aplastara al resto del ejército.

—Fue en el sur, donde Galilea se confunde con Samaria.

Imaginé a Josué ahogándose en su cruz.

—Vi los fuegos —dije, casi sin aire.

El anciano estudió mis ojos.

—Tú te le pareces.

Me quedé en silencio.

—Muchos no creen que haya muerto —agregó, repasando en detalle mis rasgos—, y llegan rumores de que prepara un ataque en el sur de Naim, o de que arma un nuevo ejército escondido en Siria. Pero aquí hoy sus hombres mueren como alimañas. Y el único ganador, gracias a Roma, es Herodes.

—Parece que el Dios de Israel solo habita en los libros —dije.

El anciano balbuceó algo incomprensible, como el hombre con dos voces.

—No te entiendo —dije.

—Digo —aclaró con cansancio— que quizá los hombres lo dejaron allí.

—Muchos piensan que Él nos expulsó de su reino para siempre.

—¿Para siempre? Dios en un cielo de muerte. Eso sí es para siempre —murmuró.

—¿No crees que abandonó a sus hijos? Por qué no maldices al que provocó que Josué fuera lo que fue, y luego al que lo produjo a ese, y al anterior, y fíjate dónde puede terminar tu maldición.

—Soy viejo para esto, demasiado viejo para esto.

—¿No crees que es cruel? ¿Que es el Devorador de Corazones, El que Baila en Sangre?

Sus piernas se doblaron como ramas.

—Siéntate —dije.

—No —respondió—, debo moverme.

—¿A quién viniste a buscar?

El anciano volvió a mostrarme su extraño perfil, irguió el cuerpo y se soltó de mi hombro.

—He venido a ver cómo se muere la vida mientras yo sigo viviendo.

Con un hueco en el pecho, pregunté:

—¿Quién eres?

La voz del silencio exclamó: *¡Lo sabes, lo has sabido siempre!*, pero yo no le creí.

El anciano se alejó sin responder.

Hacia el fin de la tarde los hombres colgaban como frutos sangrientos. Ansiosos por volver a sus cuarteles, los soldados se apresuraron a quebrarles las piernas con barras de hierro. A los primeros en ser clavados, una lanza impaciente los sacó de la agonía. Los deudos que habían recibido el permiso de bajarlos luchaban para extraer los clavos, mientras las mujeres desplegaban los sudarios donde los envolverían. Yo perdí de vista al anciano. Avancé por la calle. A medida que me alejaba de la ciudad, las crucifixiones eran más recientes, y los lamentos y los llantos renovaban su desgarró. Roma exhibía su poder de manera elocuente. Había hombres clavados de costado y de cabeza; de frente, de perfil y de espaldas al camino. Vi a un jovencito, de trece o catorce años, retorcido brutalmente para copiar las deformidades de un tronco; vi una cruz incompleta, porque al crucificado le faltaba un brazo. Cientos de judíos, de samaritanos y galileos elevaban sus gritos al cielo.

—¡Alabado! —escuché detrás de mí—. ¡Tú, Tú, Tú, que eres el que eres!

Me di vuelta. Sobre una pequeña loma, desnudo, clavado y sangrando, con las piernas recogidas y rotas, estaba el hombre. Por un instante creí que era Josué. Sin embargo, era el Ungido. Su cara era una máscara de dolor; su cuerpo, un mapa de tormentos.

—¡Te esperaba! ¡Te esperaba! —dijo entre lágrimas.

A su derecha, en una cruz más pequeña, un hombre aullaba al cielo como un chacal.

—¡Ya no penes! —exclamó hacia él el Ungido—. ¡Míralo! ¡Vino a abrirnos las puertas! ¡Esta noche cenaremos en la mesa de su Padre!

El hombre inclinó la cabeza hacia mí.

—Sé quién eres —dijo.

Detrás de la sangre, de los pómulos heridos, reconocí el único ojo con el que me observaba. Era el tuerto del desierto.

—Por un momento creí que eras el otro, y también este —murmuró, señalando con la cabeza la cruz a su lado—, pero sé quién eres.

—¡Tus culpas te serán perdonadas! —dijo el Ungido.

El tuerto negó débilmente.

—Nadie me quitará lo que me he ganado —dijo, jadeando—. Hasta para hacer el bien debí hacer uso del mal. Estuve a punto de matarte, y sin embargo maté a mi compañero —soltó una carcajada, y dejó caer de su boca un coágulo violeta—. Él te defendió al principio, pero luego enfureció y quiso matarte. No sé por qué, pero se lo impedí.

Le toqué con suavidad una pierna, le impuse una mano de consuelo, como hacía José, aunque

más pareció la imposición del sacerdote en el patio del sacrificio. Le dije que su dolor, que su agonía, eran mi dolor y mi agonía.

—Yo no entiendo de puertas ni de reinos —dijo—. Si tanto te duelen mis dolores llama a un soldado y dile que me baje, que quieres esta maderita para ti.

—¡No blasfemes! —gimió el Ungido—. ¡Fuiste ladrón, pero también soldado! ¡Encomiéndale tu alma, porque en su mano está tu salvación!

El miedo me corrió como un veneno por el cuerpo.

—¡Ya no digas más! —exclamé.

El bandido trató de sonreír.

—Mi alma también es tuerta —murmuró—. Ahora vendería su salvación por un poco de agua.

Cerró los ojos y dejó caer la cabeza.

—¡Perdónalo, no sabe lo que dice!

Bajé la mirada. Mi cuerpo se bañó en sudor ante la idea de que esa cruz fuera para mí. Temblé de pánico otra vez, como en Magdala, y tuve náuseas. ¿Qué clase de deseo era el que no podía sostenerse con la propia carne? ¿Dónde estaba el poder de mi mano? Me desprecié desde lo más profundo de mis huesos. El Ungido miraba el cielo en éxtasis. Lo recordé entre las dos hayas. Pregunté:

—¿Cómo terminaste aquí?

Él hizo esfuerzos para ubicarme.

—Después de aquella noche, cuando vi la verdad —murmuró—, me derramé sobre el mundo. Escapé de mis discípulos, rapté a una mujer, me uní a Josué creyendo que eras tú. Y aunque no era, el parecido y lo que habló de ti me resultó un misterio irresistible. Eras tú, y no eras. También a mí sus tropas me confundían con él... Hasta creyeron luego de la noticia de su muerte que yo era Josué resucitado. Los tres... Como caminos que se abrían o que se unían... Y la profecía de Daniel... el Hijo del Hombre... estuvo en mí... y también estuvo allí, en ese rebelde, y ahora aquí, ante mis ojos.

Josué, el Ungido, yo. ¿Estábamos allí cada uno de nosotros para nunca ser lo que los otros dos? ¿Siendo para no ser? ¿Un centro particular para cada uno? ¿Una, dos cruces, y una tercera que aún no se manifestaba? ¿O esos centros giraban entre sí como planetas dentro de un centro mayor, que nos resultaba inabarcable? Lo escuché murmurar “Dios es insondable” y me cubrí el rostro, con un súbito pavor de que me confundieran con Josué. Pero eso acrecentó la culpa que me ahogaba por no querer morir en una cruz. Sentí que cada gesto mío, cada palabra o acción, los había empujado a sus finales. Si hubiera permanecido en el Santuario quizá no se habría desatado la guerra. Quizá mi pie no habría provocado que el sueño de una simple vertiente se convirtiera en ese mar de sangre.

—Me esforcé —dijo el Ungido a continuación—. Juzgué que, aun no siendo yo su hijo amado, el Señor era mi roca. Me hice padre de mí mismo. Clavé mi lanza, hundí mi espada en Roma y

gané batallas. Pero ¿qué es el hombre, qué soy yo, para que de mí Dios tenga memoria? En un abrir y cerrar de párpados fui derrotado. Era mi estrella.

Los ojos se me nublaron.

—¿El martirio?

—No, el martirio no, la vida. Una vida de hombre. Vi el barro desde el barro, la miseria desde la miseria. Si no era mi destino llevar a mis hermanos hasta el cielo, intenté traer el cielo hasta ellos.

Pregunté con horror:

—¿El cielo es este tormento?

—¿Es que aún dudas de todo? —exclamó—. ¿Justamente tú?

Justamente yo. Murmuré:

—Solo creo en el perdón.

Él reclinó la cabeza.

—El único cielo de este mundo —logró decir— es la justicia. Y solo la justicia trae perdón.

Se miró las manos y luego extravió la mirada, cerca de mis ojos.

—¡A tus pies deposité mis congojas! —exclamó—. De mi vida y del resto, dejaré que juzgues tú.

Cerró los ojos. Pensé que entraba en agonía, pero del borde de sus párpados siguieron brotando lágrimas.

Sobre el madero, junto a su mano derecha, vi la letra griega del travesaño que yo había cargado hasta la guarnición. Me pregunté si también habría un madero con la omega, y sentí ardor en las muñecas y los tobillos. Bajé la cabeza. La crueldad de la vida no parecía ideada en este mundo. Recité: *¿Morará verdaderamente Dios con los hombres en la tierra?* Cuando volví a mirar hacia adelante, una mujer con los vestidos rasgados se había echado al pie de la cruz. La vi estremecerse en un llanto silencioso. Tenía un sudario entre las manos.

—Míralo, el capitán de Josué —dijo una voz.

Era el anciano. Mi angustia reprodujo su perfil.

—Al hombre se lo llevaban los vientos —agregó—. No tenía temor de Dios. Se hizo temerario frente al peligro, generoso con sus soldados, semental con las mujeres. Tomó para sí todo lo que quiso. Lo repartió con esplendor, derrochó la riqueza y la sangre y hoy solloza en la desesperación.

—Calla —dije.

El anciano irguió la cabeza.

—Mira a su mujer. No imaginas cuánto sufrió. De milagro los romanos no la mataron —su voz resonó como la del hombre de los ojos amarillos—. Todos se entusiasman. Empuñan las espadas con el coraje de David, pero terminan sin cabeza como Goliat.

—Apiádate —dije, temblando—. Podría ser tu hijo.

Fui hasta la mujer. La alcé. Le ofrecí mi pecho para que descargara su llanto. Le vi los ojos anegados de congoja y le impuse una mano de consuelo. Ella alzó la mirada a la cruz.

—Dios nos ha abandonado —murmuró.

La voz me devolvió a la noche en el monte Tabor. Era la hija de Adad.

—Quizá —dije, titubeando— no sepa que existimos.

La mujer señaló a su hombre.

—Me aseguró que quitarás los pecados del mundo.

Dije:

—Él ya ha quitado muchos.

—Yo también he pecado —agregó, secándose las lágrimas—. Te desprecié una vez. Escapé de mi esposo. Dishonré a mi padre. Yo también necesito tu perdón.

Sentí pena por ella. Volví a tomar en mi mente el rollo del Santuario.

—Aquí el verdadero pecado lo ha cometido Dios. A Él habrá que perdonar.

XII. Revelación

El Ungido murió con las primeras sombras de la noche. El tuerto lo hizo poco después, al cabo de un largo grito de pánico. Aturdido, ayudé con mi oficio en la tarea de desclavarlos. Su sangre se mezcló en mi ropa durante los descendimientos y, a falta de sudario, mi manto cubrió el cadáver del bandido. Antes de irme vi una última vez al viejo deambulando entre las cruces. Se movía con la lentitud de un animal desfalleciente bajo la luz demacrada de la luna. Me miró, quizá esperando mi socorro. Le di la espalda y me lancé a caminar.

El peso del dolor era tan grande que arrastré con esfuerzo los pies, como si hubiera cargado sobre la espalda los cientos de cruces que había visto. Otra vez tenía la lengua hervida de amargura, otra vez sentí la niebla de veneno rodeándome. Habría querido volver a las montañas. Salir de una vez de ese valle de sangre. Me soñé con Efrona. Me imaginé concediéndome una vida de hombre junto a ella, como había hecho el Ungido. Marché toda la noche, me alejé del horror por la tierra de Neftalí hacia la tierra de Zabulón. Crucé los campos hasta encontrar el camino del mar. Piedras judías, pasaje de romanos. La Galilea de los gentiles, de cualquier lado del Jordán que se mirara, era región y sombra de muerte. Mi propia voz murmuró: “Cuánta soledad, cuánta tierra labrada para cosechar dolor”. Escuché un aullido estridente y creí ver a lo lejos la silueta del viejo chacal. “Hermano de Job”, murmuré, “hermano mío”. El alma me dolió en el cuerpo. Tuve temblores en las piernas y confusión en mis ojos. Me sentí muy débil. Al borde de un barranco me rodeó una piara de cerdos. Por un instante creí que sus guarridos me gritaban “¡Aquí estamos, Legión!”. Comenzaron a saltar y me arrastraron con ellos hasta el fondo. Quedé boca arriba junto a un zarzal, golpeado y lleno de barro, con decenas de espinas clavadas en la frente. Recordé la visión del ciego de Betsaida. “¿Cómo será mi muerte?”, me pregunté. Cuando logré ponerme de pie, vi que el sitio en el que había caído era un charco repleto de ranas muertas. La pestilencia ardía en la nariz. Nubes de mosquitos y de tábanos me mordieron la piel. Avancé por una vereda. A ambos lados había cráneos, pechos partidos, cuencas y bocas descarnadas. La voz del silencio clamó: *¡Alza tu vara y rompe estos castigos!*, pero yo no era Moisés, y apenas tuve fuerza para seguir caminando. Vi montículos de prepucios multiplicándose en las sombras. Crucé charcas de grasa y columnas de humo con hedor a carne quemada. Sentí que la fiebre me volcaba ollas hirvientes en el cuerpo. Mi frente estaba sangrando. Volví a desplomarme y me imaginé como casa de demonios; las ratas anidando en mi estómago y alimentando a sus crías con los jugos de mi descomposición. Pensé en el anciano Habacuc y pensé que me habría gustado descansar junto a los huesos de José, pero al menos

morir en ese yermo le ahorra a mi familia el tener que sepultarme. En tono paternal, la voz del silencio susurró: *Es tu fondo, tu absoluta soledad*, y nunca como esa vez me sonó tan triste. Miré a mi alrededor. Mi fondo, mi absoluta soledad. Un estanque como el del sueño de Habacuc, donde yo ya no tenía voz y donde solo flotaba la nada como un pez moribundo a la deriva. Sin embargo, en mi confusión, supe que no estaba solo, vi venir hacia mí a un niño pastor. Era hermoso. Caminaba lentamente. Llevaba un cordero sobre los hombros.

—Bienvenido —dijo.

Tenía una voz delicada y dulce.

—¿Quién eres? —le pregunté.

Él inició una sonrisa. Me señaló con un dedo.

—¿Dónde estoy?

El niño dio una lenta mirada a su alrededor.

—En el Reino de Dios.

No sé cuánto tiempo transcurrió. Parpadeé y aparecieron libélulas brillando a mi alrededor. Temí que fueran ángeles. Pero el cielo no se abrió ni dio señales. Sí la tierra, que pareció moverse debajo de mi cuerpo haciéndome sentir que era una boca que se agrietaba para devorarme. Vi alarma en los ojos del niño. Escuché que corría. La voz preguntó: *¿Por qué te niegas?* En lugar de responder, formulé yo mis preguntas. “¿Eres Tú? ¿Eres la voz de mi Padre? ¿La voz del Dios de los Cielos que profetizó mi madre, a la que no supe reconocer?”. La voz no respondió. Permanecí boca arriba, en silencio, sin miedo. Estaba dispuesto para morir. Nunca como esa noche me parecieron tan hermosas las estrellas. Las vi en las aguas negras del espacio, flotando como diminutos seres luminiscentes. Cada una era una y solo una entre millones, como las almas en la tierra, y me emocionó su soledad. Sentí la belleza estremecedora de lo que se ve y no se ve, de lo que es de un modo tan ajeno, tan inasible, que se hunde en lo hondo del no ser. Al mismo tiempo me llegó en oleadas un rumor de campanillas y cencerros. Era música. A cada movimiento de mis ojos le correspondió una vibración cristalina, un metal tensándose en mi oído, como si mis pupilas hubieran pellizcado las cuerdas invisibles del arpa de los cielos y las esferas hubieran desplegado para mí su música infinita. Permanecí inmóvil y conmovido, diciéndome: “Mi madre me lo dijo. Es la voz de mi Padre, que por fin escucho”. La voz lejanísima, que llegaba hasta mí como un pulso desde las honduras siderales, a lo largo de miles o millones de años, miles o millones de eras, desde el remoto instante en que condescendió al lenguaje, profirió su HÁGASE y todo se desenvolvió, y su pronunciación comenzó a dar forma, hizo el cielo y separó la tierra de las aguas y los montes y el vuelo de las aves y el inacabable mundo de lo vivo, y por último el alma de los hombres, ciega pero henchida de belleza; sorda pero llena del recuerdo de su amor. Y en ese momento entendí a mi madre, a José, a todos los que había conocido desde mi infancia. Me sentí listo para verlo, para que se abrieran los cielos y encontrara su rostro venerable, y su voz por fin dijera:

*Ya no sufras. Eres mi hijo amado,
en quien me complazco.*

No puedo decir cuánto duró aquello.

El cielo baja a lavar las piedras de la tierra, murmuré.

Alguien dijo:

—¿Quién es?

—Si no fuera adulto, diría por la cara que es un hermoso niño dios.

—Está todo ensangrentado.

—Tiene sangre, pero no parece herido.

—Lleva espinas en la frente.

—¿Ya está muerto?

—No, aún respira.

Me alzaron. Vi un desorden de chozas miserables, una fogata, un corral de palos.

—Tu joven dios es piel y huesos.

Esos seres se movían como sombras, con las caras y los cuerpos cubiertos de harapos. “Son los albañiles de la muerte”, pensé, y sin dolor les dije:

—Estoy vivo en el reino de los muertos.

—Como nosotros —escuché.

Después de que me quitaran las espinas y me dieran agua, las estrellas fueron varios candiles de mano, los cuerpos fueron seres humanos, y los cencerros y campanillas, una advertencia.

—No nos mires —dijo uno de ellos—. Somos leprosos.

Vi una lágrima saliendo como una supuración de un ojo enfermo, una boca descarnada, una mano sin dedos, como en Cafarnaúm.

—Yo también estoy enfermo —murmuré.

—¿Te han herido? —preguntó una voz de mujer.

Respondí que no.

—¿Y esa sangre en tu túnica?

Dije:

—Bajé a dos hombres de sus cruces.

Ellos hicieron silencio. La aldea se desdibujaba en la oscuridad, pero pude ver techos apuntalados con troncos, adobes y rollos de paja, un mortero y un tinajón de arcilla. Reviví las noches junto a los consagrados. De aquellas viviendas de barro salieron unos hombres. Se acercaron hasta mí.

—Sé quién eres —dijo uno.

—Yo también —agregó otro.

—Curaste a muchos en Cafarnaúm.

—Muchos de aquí fueron a verte.

—Mis plegarias no fueron en vano.

—¿Has venido a sanarnos?

—¡Alabado sea el Señor!

Sin esperar mi palabra, comenzaron a desnudarse. Se despojaron de harapos y de túnicas, y, a la luz de las lámparas, en un silencio pudoroso, mostraron sus llagas.

—Volveré a mi casa —dijo uno.

—Veré a mis hijos.

—Abrazaré a mi madre.

Volvieron a ser hombres, mujeres, niños. Y los vi en toda su verdad. La fealdad y el horror de los cuerpos habían colmado de hermosura las vasijas de sus almas. No eran el Gran Santo. Escarados, mutilados, cercenados de labios, de dedos, de narices, ardidos por pústulas, deformados por hinchazones y erupciones, separados para siempre de sus hogares, de sus seres bienamados, obligados a la lejanía y a la distancia, uno a uno fueron pasando ante mí, ante la mano de consuelo que les impuse, como hacía el hombre al que le había dicho padre. Llevaban consigo el deseo imperioso de vivir, y en los pozos y acequias de sus almas hervían la sed, la fiebre y la esperanza de un milagro. Y volví a sentir aquel dolor de hueso mordido en mis dedos, y la necesidad de salirme de mí que había tenido frente al sufrimiento de mi madre. Los lavé con vino, los bauticé con saliva y con besos, los vi alejarse de mí hacia donde la felicidad recibe el nombre de fe. Le dije a cada uno:

—Mañana serás un ser nuevo. Porque todos pecamos. Pero todos somos puros. Todos estamos consagrados. Todos lloramos nuestras muertes. Todos necesitamos consuelo. Todos somos soplos de perdón.

Aun con las mismas llagas, la noche armó una orquesta de cencerros y campanas arrojados a la tierra.

Allí se edificó el resto de mi vida. El amanecer abrió la puerta de la llanura y encontré que no había música en los cielos y tampoco voz de silencio. Solo estaba yo. Con un mar de seres sufrientes ante mí; una humanidad que esperaba hundida en pozos de amargura. Pensé en los necesitados de esta tierra y comprendí que estaba dispuesto a morir en una cruz por todos ellos. Esa fue la verdadera revelación. Recordé al pescador diciendo que se había convertido en pescador de hombres. Supe que lo buscaría y le diría esa misma frase en algún momento, y soñé mi viaje hacia el sur, hasta Perea, hasta el recodo del Jordán donde haría que el hombre del desierto, el que viste pieles y come insectos, me lavara las culpas. Y entonces me dije: “He llegado a los treinta años, que mi vida sea lo que deba ser”.

Y fue esa mañana en la llanura, ante la solemne claridad del cielo, que por primera vez, desde lo más remoto de mí, desde allí donde solo existe la verdad, me brotó el llanto. Subió como la vertiente de mi sueño y anegó todo mi espíritu, anegó mis ojos y mi boca y las manos que aún tenían sangre de los sacrificados.

Y mi llanto fue el mar de Galilea.

Agradecimientos

A este libro lo enriquecieron las lecturas de Alejandra Laurencich, Romina Doval, Claudia Solans, Sylvia Iparraguirre, Ernestina Perrens, mi editora Julieta Obedman, Alejandro Frascara y Lucio Yudicello.

A todos ellos mi gratitud.



«¿Debía creerlo? ¿Yo era la Luz del Mundo? ¿Había dejado de ser el huérfano para ser el Hijo? ¿Ese Hijo?».

En los primeros años de nuestra era, Galilea es un territorio martirizado por el Imperio romano, enrarecido por la magia y cruzado por las voces de los que se proclaman elegidos y anuncian la llegada del Mesías.

En un polvoriento pueblo de pastores, un joven de veinticuatro años sabe que no es hijo del padre de sus hermanos. Su madre no alcanza a responder su pregunta o no puede hacerlo. Atendiendo al llamado de *la voz del silencio*, Jesús abandona su casa y toma el camino del desierto. Su partida es un viaje de autoconocimiento y de tentaciones, de voces que le hablan y de señales confusas. Conoce pescadores, ladrones, sacerdotes, mujeres y hombres sufrientes, sin encontrar la única respuesta que necesita: ¿quién es su padre? Y en su búsqueda, recibirá la verdadera y definitiva revelación que signará su vida y cambiará el mundo.

Los años perdidos es la nueva e imponente novela de Marcelo Caruso, ganador del Premio Clarín 2019. Al margen del canon, con un profundo conocimiento de la época, Caruso aborda los años perdidos, aquellos en los que Jesús es todavía un hombre en busca de su destino.

«Marcelo Caruso da muestras de un oficio al que el tiempo parece haberle añadido una poderosa naturalidad. Su prosa parece alejarse de todo artificio y, en esa búsqueda, encuentra tanto su concentración poética como su espesura».

JOSÉ MARÍA BRINDISI, *La Nación*

Dijo el Jurado del Premio Clarín de Novela:

«Una novela tan inesperada como fascinante que recrea los entresijos del poder y la persistencia de la discriminación en nuestro tiempo. Con una escritura sinuosa, por momentos deslumbrante,

nos pone de frente a un mundo que, por lejano que pudiese parecer, se convierte en un espejo del nuestro».

JORGE VOLPI

«Recreación admirable de un período, el siglo XVIII, y un conflicto, la esclavitud, casi inéditos en nuestra literatura, esta novela nos lleva a sumergirnos como en un vértigo en la lectura y a ir descubriendo que nos encontramos ante una obra excepcional».

LILIANA HEKER

«Un mágico y peligroso viaje a la Buenos Aires colonial y al universo ignorado de la esclavitud. Una aventura llena de situaciones límites, con un protagonista inolvidable y un gran pulso narrativo».

JORGE FERNÁNDEZ DÍAZ



MARCELO CARUSO

Nació en Buenos Aires en 1958. Estudió Letras e Historia de las Artes. En 1988 recibió el Primer Premio del Concurso Hispanoamericano de Cuento de Puebla, México, y también el Primer Premio *ex aequo* de Cuento en la Bienal de Arte Joven de la Municipalidad de Buenos Aires.

Ha publicado el libro de cuentos *Un pez en la inmensa noche* (1988), y *Brüll* (1996), su primera novela, obtuvo el Primer Premio de Novela Fortabat, fue finalista del Premio Planeta Biblioteca del Sur en 1995 y fue distinguida con el Primer Premio Municipal de la Ciudad de Buenos Aires en la categoría novela en 1996. En 2019 ganó el Premio Clarín de Novela con *Negro el dolor del mundo*, editada por el sello Clarín-Alfaguara. *Los años perdidos* es su nueva obra.

Foto del autor: © Alejandra López



Otro título del autor en penguinlibros.com

Caruso, Marcelo

Los años perdidos / Marcelo Caruso. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Alfaguara, 2023.

(Hispanica)

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-631-301-002-8

1. Narrativa Argentina. I. Título

CDD A863



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Diseño de tapa: Penguin Random House Grupo Editorial inspirado en un diseño original de Enric Satué

© 2023, Marcelo Caruso

Edición en formato digital: agosto de 2023

© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.

Humberto I 555, Buenos Aires

penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-631-301-002-8

Conversión a formato digital: Estudio eBook

Facebook: [penguinlibrosar](https://www.facebook.com/penguinlibrosar)

Twitter: [penguinlibrosar](https://twitter.com/penguinlibrosar)

Instagram: [penguinlibrosar](https://www.instagram.com/penguinlibrosar)

Índice

Los años perdidos

Dedicatoria

Epígrafe

I. Éxodo

II. Cafarnaúm

III. Magdala

IV. Nazareth

V. El desierto

VI. El Santuario

VII. El Ungido

VIII. El milagro de la natividad

IX. La tumba del profeta

X. Canaá

XI. Tiberíades

XII. Revelación

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre el autor

Otro título del autor

Créditos